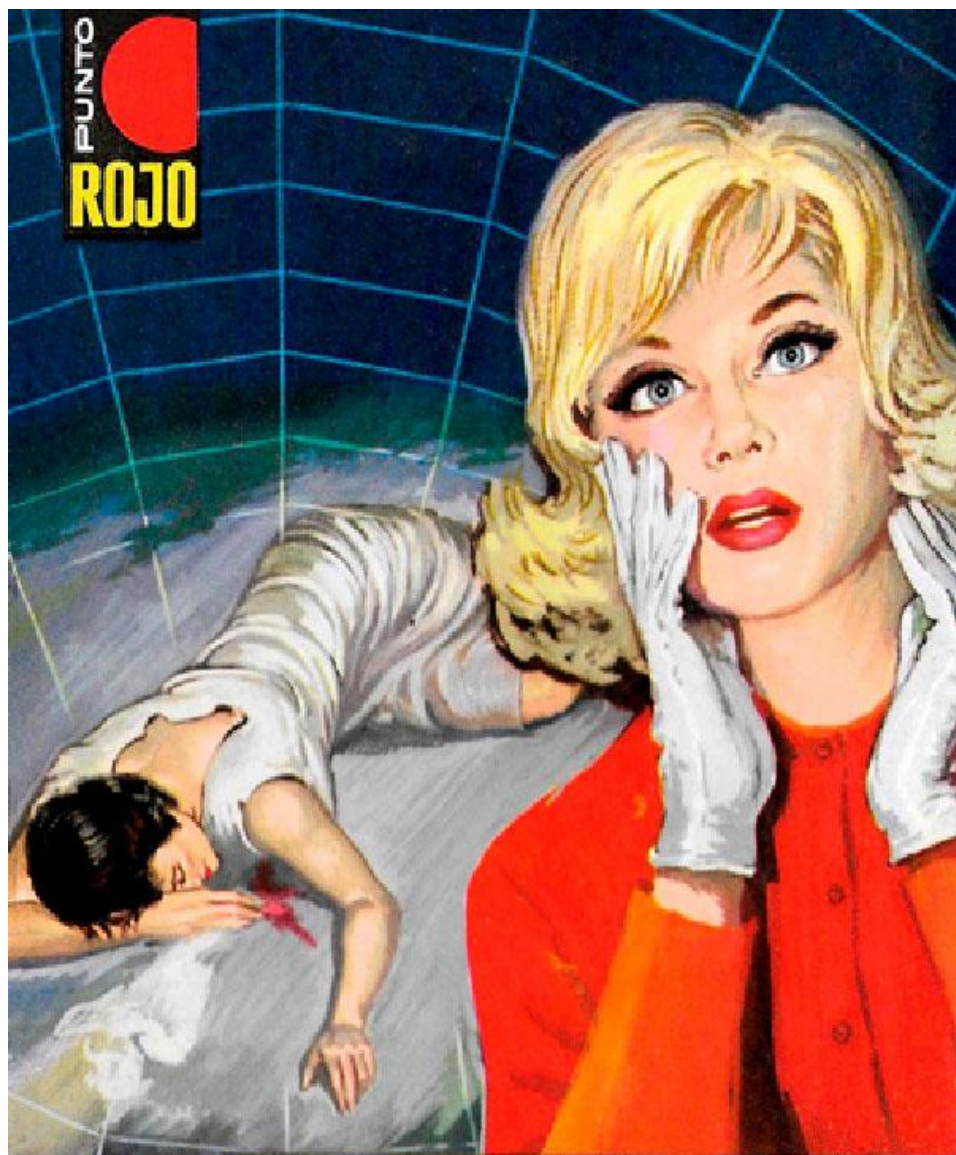


PUNTO
ROJO



BB

LA ARAÑA

joe mogar

LA ARAÑA

JOE MOGAR

LA ARAÑA

Colección PUNTO ROJO n.º 88

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22.724 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: DICIEMBRE - 1963

© JOE MOGAR - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5845/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

827 — ¡Saca, Joe!

En Colección BUFALO:

393 — Alias "Pistol Kendall"

En Colección SERVICIO SECRETO:

892 — La muchacha de Birmania.

En Colección CALIFORNIA:

345 — Un garito en Cuervo.

En Colección TEXAS:

364 — Una cabaña en el lago.

En Colección COLORADO:

284 — Se llamaba "Bronco Cassidy".

En Colección KANSAS:

278 — ¡No vuelvas a Cheyenne!

En Colección BRAVO OESTE:

88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

82 — Chantaje para mi esposa.

En Colección METRALLA:

10 — Alias "CZ-333"

La ARAÑA

por **JOE MOCAR**



CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó con la muerte de Larry M. Mac Person, de un ataque cardíaco, y con la enfermedad de Jim O'Hara,

Jim O'Hara, no conocía a Mac Person, ni había tenido trato alguno con su familia.

Ni siquiera sabía quién era ni había oído hablar de él. La primera noticia de que existía la tuvo de una manera sencilla, si sirve la expresión de la palabra.

Él tampoco tuvo la culpa de ello, sino su médico.

Jim O'Hara, estaba perdiendo peso a ojos vista. Había perdido el apetito y en términos generales, y desde hacía una temporada, se encontraba como si sobre él hubiera pasado una apisonadora.

Hasta que se decidió consultar con su médico y amigo, el joven y eficiente doctor Al Cumnims.

Lo hizo aquella mañana y sin pedir previamente hora para la consulta. Pero Jim sabía que tratándose de él y Cumnims, aquello no hacía falta. Por lo tanto, abandonó su casa, tomó su coche, y una hora más tarde descendió de él en plena Quinta Avenida.

Una bella y blanca enfermera le abrió la puerta, y tan pronto como supo de quién se trataba le hizo pasar al consultorio.

Cumnims se puso en pie al verle, rodeó la mesa detrás de la cual se sentaba y avanzó hacia él llevando la mano extendida, que Jim estrechó casi alegremente.

—Hola, viejo —dijo después del apretón de manos—. ¿Consulta profesional o vienes por el simple gusto de ver a un amigo?

Jim sonrió antes de replicar:

Por las dos cosas, Al —dijo después—. Hace algún tiempo que debí haber venido, pero ya sabes: el trabajo...

Jim

O'Hara,

contaba en aquel entonces veintisiete años, y era moreno, de ojos negros y fríos, y tez bronceada. Su estatura sobrepasaba los seis pies y tenía toda la apariencia, en líneas generales, de un campeón olímpico.

Al Cumnims era el polo opuesto.

Joven también, ya que rondaría los treinta años. Rubio como el oro, y de ojos intensamente azules. Aunque fuerte, Al no era ni mucho menos un atleta.

Después de las palabras de

O'Hara,

, siguió un pequeño silencio entre los dos, silencio que rompió Cumnims con una pregunta.

—Bien, Jim, ¿qué es lo que te ocurre?

Con palabras precisas,

O'Hara,

se lo explicó rápidamente.

—De acuerdo, Jim —replicó Cumnims—. Quítate la chaqueta y la camisa.

O'Hara,

lo hizo así, y acto seguido empezó el reconocimiento médico más concienzudo que había sufrido en su vida.

Luego volvió a ponerse la camisa, la corbata y la chaqueta mientras que Cumnims retrocedía de nuevo hacia el sillón que había detrás de la mesa, donde se sentó.

Durante unos cuantos minutos

O'Hara,

esperó a que dijera algo, con los ojos fijos en la estilográfica que Cumnims hacía correr velozmente sobre un trozo, de papel.

Luego, cuando terminó, la pregunta surgió en su boca casi sin pensar.

—Bueno, Al, ¿qué diablos es lo que tengo?

—Nada grave si te cuidas durante un poco de tiempo, Jim.

—¿Qué es?

—Un enorme cansancio físico. Trabajas demasiado y debes descansar una temporada. Eso es todo, Jim.

—¿Todo?

—Todo, si se exceptúan unas cuantas cosas que voy a recetarte.

O'Hara,

quedó pensativo unos cuantos segundos y luego dijo:

—¿Cómo diablos quieres que deje mi trabajo, Al? En cuanto al descanso, ¿qué hago? ¿Me encierro en mi apartamento, me llevo allí a mí secretaria para que me cuide, o pongo en la puerta un par de policías para que no me molesten?

Cumnims soltó una corta y alegre carcajada.

—¡No, hombre, no! —replicó—. Simplemente puedes irte al campo una temporada. Pongamos un par de meses como mínimo.

—Síiii... ¿eh? ¿Y quieres decirme dónde? ¿Miami? ¿Honolulú? ¿La Costa Azul?

Cumnims rió de nuevo y luego replicó:

—Nada de eso, Jim —dijo—. Mucho más cerca y sin que tengas que llevar contigo un saco de dólares: Puedes ir a Yonkers. Allí tengo un buen amigo. Un viejo médico rural. Él te presentará a la familia H. Mac Person. No creo que tengan inconveniente alguno en admitirte, ya que yo conozco personalmente a Diana y a Eva. Por otra, parte, lo pasarás bien, ya que la finca casi siempre está vacía. Sobre todo después de la muerte del viejo Larry H.

—¿Murió?

Cumnims le miró atentamente antes de replicar:

Cuando lo hizo sonreía.

—Sí, Jim. El viejo y murió, pero de muerte natural. De un ataque al corazón. Por lo tanto, desecha cualquiera de tus raras ideas.

O'Hara,

sonrió levemente. Después preguntó, dando un nuevo giro a la conversación:

—¿Qué puede ocurrir si no hago lo que me dices, Al?

—Simplemente, que lo que ahora puede ser cuestión de un par de meses, más adelante sea de muchos más. De años tal vez.

O'Hara,

frunció el ceño ante aquella perspectiva y durante algún tiempo permaneció en el más completo silencio, hasta que lo rompió con una nueva pregunta.

—Háblame de los Person, Al, ¿quieres?

—¿Qué deseas saber?

—Pues... No lo sé, Al. Pero si voy a convivir con ella un par de meses, es conveniente que empiece a conocerlos antes de llegar, ¿no?

Cumnims sonrió abiertamente y luego replicó:

—Por lo pronto creo que sólo te vas a enfrentar con Diana M. Mac Person. El resto de la familia está viajando por el extranjero.

—¿Son muchos?

Ni siquiera se le ocurrió preguntar quién y cómo es Diana M. Mac Person. Para él, era un miembro de aquella familia, y por lo tanto nada significaba en el presente.

—Seis, Cuatro mujeres y dos hombres, Jim.

—¿Hermanos?

—De tres en tres.

—Explícate mejor, ¿quieras?

Cumnims sonrió de nuevo.

—Diana, Eva y Joel M. Mac Person son hermano e hijos del difunto M. Person. Luego están Joe, Ally Ruth Keisler Mac Person. Las cuatro jóvenes y muy hermosas —le miró suspicaz y añadió—: Debes dejarlas en paz, Jim.

—¡Cuernos!

Cumnims soltó una risotada antes de replicar.

—Endiabladamente hermosas, Jim, y yo te conozco bien. Si no quieres que una de ellas te cace, mantente alejado. ¿Algo más? O'Hara, hizo una mueca.

—No, ¿para qué? —replicó después.

Pero al instante, como cambiando de parecer, O'Hara, preguntó de nuevo:

—Son ricos, ¿verdad?

Ellos no lo eran hasta que murió el viejo M. Mac Person. Dejó unos cuantos millones repartidos entre sus hijos y sobrinos.

—¿A partes iguales?

—¡Oh, no! —replicó Cumnims.

Se interrumpió para mirarle atentamente y acto seguido preguntó:

—¿De nuevo una de tus brillantes ideas, Jim? Si es así, sácatela de encima. El viejo murió porque tenía que morir y nada más.

—¿Pero quién te ha dicho que yo...? —Intentó protestar O'Hara,

Pero Cumnims le atajó.

—Te conozco bien y por eso voy a darte un consejo, Jim. Apártate de ellas. Sobre todo de Ally y Diana, o de Eva y Ruth. En fin, de las cuatro. La que más y la que menos tiene cosas como para volver loco a cualquier hombre. Por otra parte, si quieres descansar, deja que la única parte de tu cuerpo, la única que debe descansar del todo, sea tu cabeza. ¿Comprendes? En la casa de los Person hay una importante biblioteca. Lee lo que puedas, distráete como te de la gana, caza y pesca si te gusta, pero deja de pensar. ¿Lo harás? O'Hara,

esbozó una sonrisa y replicó:

—Por lo menos lo intentaré, Al.

—Con eso me basta, Jim.

Ambos se pusieron en pie al mismo tiempo. Al instante Cumnims le dio la receta y luego le acompañó a la puerta.

Ya en ella, indicó:

—Esta noche te enviaré una carta de presentación para el doctor Murray. En ella le explicaré lo que deseo. Por lo tanto, estoy seguro de que él mismo te acompañará a casa de los Person, Jim. Ahora sólo me resta que desearte unas buenas vacaciones, muchacho.

Sin más, Cumnims le tendió la mano, y después de estrechársela, Jim

O'Hara,

salid a la calle.

Unos segundos más tarde conducía hacia la calle 17, donde tenía su apartamento, donde le esperaba Mavis Lear, su secretaria. Entré los dos prepararían todo lo referente a aquel viaje.

Pero por mucha prisa que se dieron,

O'Hara,

no pudo emprender el camino hasta una semana más tarde, ya que

varías de sus ocupaciones se lo interrumpieron.

CAPÍTULO II

Trente al primer bar que le vino al paso
O'Hara,
detuvo el coche, descendió de él y entró.

En la barra pidió un *whisky* con hielo y empezó a bebérselo a pequeños sorbos. Mientras lo hacía, pensaba.

En cuatro mujeres.

En Diana, Ally, Eva y Ruth.

—Hermosas según le dijera su amigo Al. También dio a entender que no se fiara de las cuatro, pero principalmente de Ally y Diana. ¿Por qué?

Jóvenes y hermosas. Aquello era la mejor. Para él era y siempre había sido lo mejor. Su secretaria, Mavis, tampoco tenía que envidiarle nada a ninguna mujer.

Repentinamente dejó de pensar. Según las palabras de Cumnims, debía dejar descansar la cabeza todo lo que pudiera.

Por lo tanto, suspiró levemente, pagó la consumición y salió a la calle. Media hora más tarde detuvo el coche frente a la puerta de la casa del doctor Murray.

Se apeó de él, atravesó la acera y pulsó el botón del zumbador. Esperó un par de minutos, y cuando alargaba el brazo para llamar de nuevo, al otro lado de la puerta se oyó un vivo y rápido taconeó.

Esperó.

Fue muy poco, ya que la puerta se abrió casi inmediatamente después.

Una escotada blusa, el nacimiento de unos senos erectos y firmes, y unas magníficas piernas, desnudas en su totalidad, desde el borde de los cortísimos *shorts* hasta los zapatitos de alto tacón.

Una mujer.

Una gran figura de mujer.

O'Hara,
parpadeó al verla, y no era precisamente por sus largas y magníficas piernas, sino por todo lo demás, que era mucho. Incluso demasiado.

Rubia y alta, y de rasgados y grandes ojos, verdes, brillantes.

Esto fue lo segundo que vio. Después,

O'Hara,
continuó mirando, ya que ella tenía mucho que ver desde cualquier ángulo en el que se la mirara.

La frente amplia, la nariz recta y fina, dos hoyuelos en las mejillas, la boca de labios gruesos y rojos, y el redondito mentón partido por el centro.

El resto de ella, como se ha dicho, era aún mejor.

Tanto es así que

O'Hara,
ya no parpadeaba. Ahora estaba haciendo esfuerzos por recuperar la respiración que le empezaba a faltar.

Por lo tanto, para recobrarla del todo, apartó los ojos de aquellas magníficas piernas, tragó saliva y preguntó con la voz un tanto ronca:

—¿Está míster Murray?

—Sí.

La respuesta fue hecha en tono seco, pero

O'Hara,
no se impresionó por ello.

Replicó:

—Me llamo Jim

O'Hara,
, ricura —dijo por toda respuesta—. Si no me equivoco, creo que míster Murray me está esperando.

—Pase, míster

O'Hara,
—replicó ella—. Efectivamente, el doctor Murray le está esperando a usted.

Se apartó de la puerta para dejarle pasar y

O'Hara,
lo hizo de inmediato.

—Gracias —dijo—. ¿Puede indicarme dónde?

Por primera vez la vio sonreír y le gustó su sonrisa.

—Acompáñeme, por favor.

Preguntándose quién sería ella,

O'Hara,

camino detrás con los brillantes ojos fijos en aquellas magníficas y desnudas piernas, hasta una espaciosa estancia que hacía las veces de despacho, situada en el extremo opuesto de la casa.

Con los ojos fijos ahora en la figura de un hombre que se levantaba del sillón que ocupaba,

O'Hara,

la oyó decir:

—Míster Murray; míster

O'Hara,

, de Nueva York, acaba de llegar.

Avanzando hacia él,

O'Hara,

le estudió. Ante sí tenía a un hombre de sesenta años, todavía fuerte, de rostro arrugado y de vivaces ojillos pardos, vestido de gris con un traje de magnífico corte.

—Bienvenido a Yonkers, míster

O'Hara,

—dijo tendiéndole la mano—. Mi colega, el doctor Al Cumnims me telefoneó esta mañana para decirme que usted ya estaba en camino. Siéntese, ¿quiere?

Se estrecharon las manos y

O'Hara,

se sentó. Fue entonces cuando la rubia avanzó unos pasos hasta enfrentarle.

—Por lo visto, también tengo yo que darle la bienvenida, ¿no?

—preguntó con una tenue sonrisa en sus rojos y adorables labios.

O'Hara,

la miró atentamente y fue a contestar, pero Murray se le adelantó.

—Perdone si no se la presenté, míster

O'Hara,

—dijo—. Mi visitante de hoy es *miss* Diana M. Mac Person.

O'Hara,

se puso en pie de inmediato y estrechó la mano que ella le tendía, mientras que Murray añadía:

—Les invito a comer aquí, Diana. Después, puedes ir hasta tu casa en compañía de míster

O'Hara,

, ¿no?

Ambos asintieron en silencio. Acto seguido Diana se sentó y la conversación se generalizó entre los tres hasta la hora de la comida.

Luego ambos, acompañados de Murray, salieron a la calle,

O'Hara,

señaló entonces su coche con la mano.

—¿Sube, *miss* Mac Person?

Y se adelantó para abrir la portezuela cuando ella asintió con un mudo gesto de cabeza.

O'Hara,

subió detrás y se acomodó frente al volante y acto seguido se despidieron de Murray. Después embragó, y segundos más tarde el «Ford» empezó a deslizarse por el asfalto.

—Usted guía, *miss*, Mac Person.

Casi en el acto tuvo la respuesta. Pero una respuesta que ciertamente no esperaba.

—Casi sería preferible que lo hiciera yo, míster

O'Hara,

Él le lanzó una rápida ojeada, ya que no era eso lo que había querido decir. Después, de nuevo con los ojos clavados al frente, preguntó:

—¿Por qué?

—Porque temo que tengamos una colisión. En todo el rato que hemos estado en compañía del doctor Murray, usted no ha dejado de mirarme las piernas. ¿Tanto le gustan?

O'Hara,

no replicó. Sabía con qué y cómo hacerlo, pero prefirió pasarlo por alto. Estaba recordando las palabras de Cumnims y por eso lo hizo.

Continuó conduciendo sin replicar, y Diana, en vista de que callaba, empezó a indicarle por dónde tenía que ir, que eso era lo que deseaba

O'Hara,

, y ya no volvió a hablar hasta que alcanzaron la carretera.

Fue entonces cuando ella dejó de mirar por la ventanilla para

acto seguido clavar sus hermosos ojos verdes en el perfil de él.

Después preguntó:

—¿Por qué ha venido aquí, míster

O'Hara,

?

Volvió un poco el rostro para mirarla, y acto seguido los desvió de nuevo hacia la carretera, mientras que la pregunta quedaba dotando en el interior del coche como algo extraño e indefinible.

Mientras pensaba una respuesta adecuada a su pregunta,

O'Hara,

notaba fijos en él los ojos de ella, fríos e insistentes.

—¿No quiere contestar?

Ahora sí replicó, y cuando lo hizo, Diana pudo notar que había un sutil cambio en su voz:

—El doctor Cumnims, de Nueva York, me envió fuera de la capital para que me repusiera un poco, preciosa. Creí que usted ya lo sa...

—Pero ¿es ésa la verdad, míster

O'Hara,

—interrumpió ella—, o hay otra?

O'Hara,

tomó una curva a bastante buena velocidad. A continuación enfiló la recta y acto seguido replicó:

—Escuche, *miss* Mac Person; si cree que miento, ¿por qué me admite en su casa?

La respuesta de Diana sonó demasiada rápida a gusto de O'Hara,

.

—Porque el doctor Murray me lo pidió, y no puedo negarle nada.

Por unos segundos

O'Hara,

estuvo a punto de dar media vuelta y encaminarse a Yonkers, pero no lo hizo.

—¿Qué quería decir Diana? ¿Qué ocultaban sus preguntad y por qué esas sospechas tan estúpidas, y fuera de Jugar?

Estas tres preguntas, que brotaron en el interior de su cerebro con rapidez relampagueante, fueron las que le hicieron desistir de

ello. Por lo tanto, no replicó.

Silenciosamente, continuó conduciendo, y esperando a que ella dijera algo más.

—Desvíese por el camino de la derecha, míster

O'Hara,

—fue lo que dijo Diana tres minutos más tarde.

Lo hizo así, adentrándose por una ancha, y bien pavimentada carretera.

Media milla más allá, ésta empezó a subir entre curvas y más curvas, bordeando a la derecha un precipicio que cada vez se iba haciendo más profundo.

Y debajo del mismo, el mar y los acantilados con sus agudas aristas de roca.

Sin poderse contener,

O'Hara,

comentó:

—Es un bonito lugar para despeñarse, *miss Mac Person*, ¿no?

—Sí.

El monosílabo surgió seco y preciso por entre los apretados labios, de Diana, y

O'Hara,

hizo un esfuerzo para no apartar sus ojos de la peligrosa carretera.

Sin saber por qué, le hubiera gustado ver en aquel entonces la expresión de sus verdes ojos.

Pero no podía a causa de la carretera. Por lo tanto, preguntó, a pesar, del tono seco de ella:

—¿Palta mucho, *miss Mac Person*?

—Estarnos llegando —replicó Diana—. Una milla más abajo después de doblar esa curva. A partir de entonces la carretera se desliza por el llano hasta la quinta.

—Gracias por la explicación, ricura.

En aquel momento, Diana estaba mirando por la ventanilla, y al oír sus palabras volvió la cabeza para encararle.

Pero el rostro impenetrable de

O'Hara,

no le dijo si su dueño se burlaba de ella o no. Y no obstante, Diana preguntó:

—¿Se está burlando de mí, míster

O'Hara,
?

La respuesta de él la desconcertó aún más.

—Si usted lo piensa así —replicó—, yo no tengo ningún inconveniente en dejárselo creer.

Ella no replicó. Volvió de nuevo el rostro y miró por la ventanilla.

El coche se deslizaba ahora por terreno llano. La carretera, tal y como dijera Diana, estaba bordeada de altos y copudos árboles.

O'Hara,
miró rápidamente a ambos lados de la misma y después clavó los ojos al frente, y ya no los apartó de allí hasta que vio la casa.

Más que una casa era una enorme casona de tres plantas. Muy antigua. Al mirarla,

O'Hara,
recordó el castillo de la célebre novela «Rebeca».

Sin decir palabra, sin volver la cabeza hacia ella, sin preguntar, continuó conduciendo hasta el pie de la casa y aparcó frente a la puerta principal.

Fue entonces cuando se miraron a los ojos, y entonces ella habló con la sonrisa en los labios.

—Bienvenido a mí casa, míster

O'Hara,
. Espero que le guste y que su estancia aquí le sea agradable.

O'Hara,
ocultó el asombro que sentía ante aquellas palabras que tampoco rimaban con su actitud anterior para con él, y replicó:

—Gracias a usted, *miss* Mac Person.

Entraron el uno detrás del otro. Alcanzaron el enorme *hall* rectamente hacia una escalera situada al fondo del mismo.

Con los pies en el primer peldaño, se volvió para mirarle, notando claramente cómo

O'Hara,
no apartaba la vista de ella. Notando que sus ojos estaban brillantes y le agradó.

—Voy a acompañarle a su habitación para que se cambie —dijo—. Después, si quiere, puedo enseñarle el resto de la casa.

O'Hara,

dio de nuevo las gracias y después añadió:

—Míster Cumnims me dijo en Nueva York que ustedes tienen una buena biblioteca, ¿no?

Por segunda vez desde que estaban juntos, Diana sonrió.

—El doctor Cumnims no le engañó a usted, míster

O'Hara,

—dijo—. Si le gusta leer, estoy segura que pasará ratos muy agradables. ¿Vamos?

O'Hara,

asintió en silencio y así alcanzaron el piso superior.

CAPÍTULO III

Por el largo y mal alumbrado pasillo caminaron durante unos cuantos minutos hasta que Diana se detuvo frente a una de las puertas.

—Ésta es su habitación, míster

O'Hara,

—dijo—. Es pero que le guste.

O'Hara,

la miró a los ojos antes de replicar.

—No tardaré, *miss* Mac Person, y de nuevo, gracia por todo.

—¡Oh! No me las dé, El doctor, Murray...

—¡Sí, ya lo sé! —atajó él—. Pero eso no quita que la casa sea de usted.

—No se preocupe de...

—Bueno, *miss* Mac Person; ¿dónde la veré a usted?

—Le estaré esperando en la biblioteca.

Y acto seguido le indicó dónde estaba.

Media hora más tarde,

O'Hara,

abandonó el dormitorio y avanzó hacia la escalera y luego empezó a bajarla.

Miraba en torno, estudiando, grabándose en la mente los mil y un detalles que aparecían ante sus ojos.

Al alcanzar el *hall* se dio cuenta de que había anochecido, y permaneció inmóvil junto a la escalera, escudriñando la vasta pieza, hasta los más recónditos rincones de la misma.

De nuevo avanzó atravesando todo el *hall* y después vaciló un poco al final del mismo. Luego torció a la izquierda.

Miró las cuatro puertas que había en la pieza contigua, y se dijo

que allí todo era enorme. Con este pensamiento en la mente, O'Hara, caminó ahora rectamente hacia la que dejaba filtrar un rayo de luz por debajo.

La empujó.

Luego se quedó quieto, mirando. Una mujer, silenciosa como un felino, vuelta de espaldas a él, estaba registrando una de las estanterías cuajadas de libros.

Durante unos segundos

O'Hara,

vaciló entre entrar o quedarse en el umbral. Luego se movió un poco. Tuvo que hacer algún ruido porque la mano de la mujer se inmovilizó encima de mío de los libros. Después la apartó y acto seguido abandonó la estantería.

En la semioscuridad de la biblioteca,

O'Hara,

la vio cruzar hacia la parte opuesta a donde él se encontraba.

Entonces, movido por la curiosidad, la siguió.

Pero no logró alcanzarla.

O'Hara,

lo supo apenas cruzar la biblioteca cuando una gran puerta acristalada le cerró el paso.

Tardó escasos segundos en abrirla, pero fueron suficientes para que ella se perdiera entre las sombras del enorme y magnífico jardín que rodeaba la finca.

Junto a una de las columnas de mármol. Odiara se detuvo, pensando que le hubiera gustado saber quién era.

¿Diana Person?

Podía ser, pero

O'Hara,

creía que no.

—¿Una criada o doncella? Eso era aún menos probable, ya que él no había visto ninguna al llegar. Al parecer, se encontraba solo en compañía de la bella Diana, dentro de aquella inmensa casona.

Sin dejar de pensar,

O'Hara,

sacó la pitillera y de ella un cigarrillo.

Lo encendió.

Luego dio media vuelta, atravesó la puerta acristalada y entró nuevamente en la biblioteca, ahora iluminada con entera profusión.

Diana Mac Person estaba frente a él, en el centro de la misma, y se había cambiado de ropa.

Llevaba un vestido de «lamée», ceñido a su cuerpo como una segunda piel y sus curvas mareantes resaltaban aún más bajo las luces de la lámpara. Sin querer mirarla mucho, prestó atención a sus palabras, ya que aquello era mucho peor que cuando la vio con los cortísimos *shorts*.

—Creí que no había bajado aún —dijo.

Y

O'Hara,

no quiso decirle lo que había visto, pero sí preguntó:

—¿Hace mucho que se encuentra aquí, *miss* Mac Person?

—No mucho. Se puede decir que acabo de llegar. ¿Por qué?

O'Hara,

esbozó una ligera sonrisa.

—Verá —empezó a explicarse—; cuando bajé éste estaba completamente solitario. Eché un vistazo y después salí al jardín por esa puerta vidriera. Lamentan haberla hecho esperar, *miss* Mac Person.

Por espacio de unos cuantos segundos, Diana le miró con gesto dubitativo, y después preguntó:

—¿Quiere que le enseñe esta vieja casona, *míster*

O'Hara,

?

Y mientras sonreía antes de dar la respuesta,

O'Hara,

se preguntó si había logrado engañarla. Si no era así ¿por qué?

¿Acaso porque Diana Mac Person sabía la identidad de la persona que entró en la biblioteca y lo que buscaba en ella?

—Cuando usted quiera, *miss* Mac Person —fue lo que replicó.

En el acto ella, con entera familiaridad, le prendió por un brazo. Así, de esta manera, ambos le recorrieron de cabo a rabo, casi en el más completo silencio, hasta que Diana se detuvo frente a una de las puertas del pasillo que cruzaba el piso segundo de parte a parte.

Entonces se desprendió de su brazo y la abrió. Encendió la luz y con un amplio ademán la abarcó, mientras

O'Hara,
miraba al interior.

—Como dueña de la casa, éste será mi dormitorio el del hombre con quién me case —dijo.

Aun a disgusto del propio

O'Hara,
, la pregunta brotó de su boca con demasiada rapidez:

—¿Está usted prometida?

Diana volvió sus ojos hacia él y le miró de frente.

Sonrió al hacerlo.

—No. Y si usted me besa, también será el primer hombre que lo haga, míster

O'Hara,

.
O'Hara,
la miró atentamente. Vio sus ojos brillantes, la agitación que había en sus senos y los labios incitantes y rojos, entreabiertos, como invitándole.

Avanzó un paso, pero ella retrocedió rápidamente y luego estalló en una alegre carcajada.

—¡Oh, no! Nada de eso, míster

O'Hara,

. Es... Es demasiado pronto, ¿no?

O'Hara,

no replicó. Pensaba.

¿Peligrosa?

Sí, lo era. Cumnims se lo había dicho en Nueva York.

Mientras lo hacía, Diana rompió de nuevo el silencio, cerrando de paso aquella puerta.

—Si quiere, puede cenar conmigo, míster

O'Hara,

.
Así, de aquella manera, con entera tranquilidad, como si se hubiera estado burlando de él.

No obstante, aceptó y se separaron. Dos, horas más tarde, estaban de nuevo, frente a frente, en el comedor, cenando tranquilamente.

Fue entonces cuando

O'Hara,
vio a la doncella.

Morena y de ojos negros, con todo lo que tenía que tener, y tan hermoso como la... propia Diana, amén de unas piernas fantásticas.

¿La mujer que estuvo en la biblioteca?

Aunque fuera así,

O'Hara,
se dijo que la doncella, de no más de veinte años, tenía sobre sí misma una hermosa carrocería. Tal vez demasiada.

Apenas se retiró después de servirles,

O'Hara,
la Siguió con los ojos, y después de que ella desapareció por la puerta, permaneció con estos ojos en la puerta que acababa de cerrar a su espalda.

Hasta que Diana, que le miraba a su vez, rompió sus pensamientos:

—Se llama Madge y es muy hermosa. ¿No, míster

O'Hara,
?

El apartó sus ojos de la puerta y la miró.

—No estaba pensando en su fachada, ricura —dijo secamente.

—¿No? ¿Entonces, en qué? —preguntó ella, al parecer sin sentirse molesta por el piropo.

O'Hara,
vaciló ahora unos segundos pensando en lo debía decir o no la verdad de lo que pensaba.

No estando aún seguro de ello, pero sabiendo que debía dar una respuesta, replicó con una pregunta:

—Aparte de usted, y Madge, ¿hay alguna otra mujer en la casa, miss Mac Person?

Diana sonrió levemente, y acto seguido replicó:

—No. ¿Por qué?

O'Hara,
vaciló de nuevo, pero ahora contestó con la verdad.

—Había una mujer en la biblioteca cuando yo llegué. Una mujer que se fue en cuanto me oyó, utilizando para ello la puerta encristalada. Y me gustaría saber si fue usted, ya que no logré reconocerla.

Habían terminado de cenar cuando

O'Hara,

formuló la frase. Diana fue a contestar, pero se interrumpió cuando Madge apareció por la puerta llevando en las manos una bandeja con las tazas de café.

No habló, ni ninguno de los dos formuló pregunta alguna, pero Diana rompió el silencio tan pronto como Madge hubo desaparecido por la lejana puerta del comedor.

—¿Una mujer? —preguntó—. ¿Y está seguro de no haberla reconocido?

—Creí que era, usted —replicó él tercamente.

—No,

O'Hara,

dijo ella, apeando repentinamente todo tratamiento. —No era yo. ¿Y qué hacía allí?

—Hojeaba libros. Eso es todo.

—¿Todo?

—Sí.

Diana quedó pensativa y él respetó su silencio, que duró más de un minuto. Después, dijo:

—Madge puede entrar en la biblioteca,

O'Hara,

—súbitamente rió, para añadir en el acto—: Usted siempre piensa mal de los demás, ¿no,

O'Hara,

?

—Es mi oficio, *miss Mac Person*. —Consultó el reloj y añadió—: Me gustarla leer un poco si no la molesto.

—Sí, claro...

Aquello era una descortesía, pero eran más de las diez de la noche y por el momento,

O'Hara,

no deseaba prolongar más aquella conversación que a nada conducía.

A nada como no fuera a acrecentar aún más la sospecha que Diana tenía sobre él, hasta convertirla en certeza.

Ella creía que había ido a la casa con objeto de averiguar algo, y nadie se lo quitaría de la cabeza.

Pero ¿por qué?

La voz de Diana no tenía cordialidad alguna cuando replicó, interrumpiendo sus pensamientos:

—Puede ir si lo desea, ya que yo voy a acostarme. Por lo tanto, buenas noches,
O'Hara,

Se puso en pie.

—Buenas noches, *miss Mac Person* —replicó él, girando ya hacia la puerta del comedor.

Atravesaba el umbral cuando ella dijo a su espalda:

—Y llámeme Diana. Me gusta más que ese seco y protocolario «*Miss Mac Person*» que usted usa.

O'Hara,

, sin replicar, pero pensando en lo extrañas que son las mujeres, atravesó la puerta y se alejó. Pero no fue directamente a la biblioteca.

Su destino era la cocina.

Deseaba ver a Madge, y no precisamente por sus hermosas piernas. Por otra parte, desconocía completamente la topografía de la casona, y si se tropezaba de nuevo con Diana, tenía una bonita excusa que dar.

Pero Madge no estaba allí. Posiblemente se había acostado.

O'Hara,

retrocedió entonces y empezó a buscar la biblioteca. Durante un buen rato deambuló de un lado para otro hasta que, súbitamente, se echó a reír.

Porque la excusa que pensaba darle a Diana en caso de tropezársela, se había convertido en una realidad. Se encontraba perdido en el interior de aquella grandiosa y desconocida casona.

O'Hara,

se detuvo ahora y de la pitillera tomó un cigarrillo. Lo encendió y acto seguido intentó orientarse.

Lo consiguió un cuarto de hora más tarde, y suspiró cuando se vio frente a la puerta de la biblioteca.

A media luz, lo mismo que la vez anterior.

O'Hara,

permaneció en el umbral más de un largo minuto y, después, cerró

la puerta a su espalda.

CAPÍTULO IV

Tanteó junto al marco buscando el interruptor de la luz y lo encendió.

Miró en torno.

Después clavó los ojos en la estancia. Nuevamente se dio cuenta de que los libros no estaban en la misma posición en que los dejó la desconocida visitante.

O'Hara,

se acercó y los examinó. Después tomó uno, pensando en que aquella mujer había vuelto de nuevo a la biblioteca.

¿Por qué? ¿Tendría razón Cumnims cuando le dijo que él siempre vela cosas raras en todas partes?

A pesar de esta última pregunta,

O'Hara,

continuó haciéndoselas como si tal cosa.

¿Acaso lo hizo cuando él estaba cenando con Diana, o fue después?

Si fue después, Diana podía muy bien haberle mentado. Pero ¿por qué?

Soltó el libro y tomó otro mientras su cabeza continuaba haciéndose más y más preguntas. Después otro más, y, finalmente, cuando menos lo esperaba, surgió la respuesta a alguna de ellas.

Era un trozo de papel, y en él una lista.

Una lista de venenos.

O'Hara,

frunció el ceño y sus ojos negros brillaron más que nunca. Por unos segundos la muerte del viejo M. Mac Person, su recuerdo, pasó por su cerebro.

¿Un ataque cardíaco?

Sin contestar a esa pregunta, ya que no podía,
O'Hara,
continuó examinando la lista.

Había seis nombres.

Seis venenos que podían producir la muerte. Pero una muerte que cualquier médico rural certificaría como producida por un ataque cardíaco, sobre todo, si la víctima padecía del corazón.

¿Era aquél el caso de M. Mac Person?

O'Hara,
se guardó la lista en el bolsillo y acto seguido depositó el libro donde lo había encontrado. Entonces giró hacia la puerta mirando de manera instintiva su reloj de pulsera.

¿No encontró nada para leer, Jim?

Se inmovilizó y luego levantó los ojos de la esfera del reloj para mirarla.

Diana Mac Person estaba allí, recostada contra el marco de la puerta, apenas cubiertas sus maravillosas y audaces curvas con una especie de mosquitera da transparente nylon, color azul.

Pero

O'Hara,
no la miró mucho, ya que en su mente se fraguaban miles de preguntas, entre las cuales predominaba una sola. ¿Desde cuándo estaba ella allí?

Repentinamente se dio cuenta de que tenía que contestar algo, y lo hizo:

—No he tenido tiempo para nada, Diana —replicó—. Es bastante tarde, y si estuviera aquí mi médico...

Avanzó hacia la puerta y ella le rozó al pasar mientras sus ojos chispeaban. Después, muy juntos, subieron al piso superior.

Frente a la puerta de su dormitorio, Diana, dijo levantando su rostro hacia él:

—Éste es mi dormitorio, Jim. Si necesita algo...

No pudo terminar. Tampoco lo deseaba.

O'Hara,
tampoco supo después por qué lo había hecho, pero repentinamente se encontró inclinándose sobre ella, abrazándola por la cintura, y besándola.

Fueron unos labios fríos los que besó, que le hicieron

estremecer. Labios que luego se volvieron de fuego cuándo Diana se abandonó a sus brazos.

¿Una asesina?

O'Hara,

ya no pudo contestarse a la pregunta si es que verdaderamente sabía la respuesta, porque sus ideas se ofuscaban.

También porque ella se lo impedía. Primero, Diana, y luego, el bocinazo de un automóvil.

Antes de que se separaran, la bocina del coche dejó oírse de nuevo.

Entonces,

O'Hara,

la soltó.

Se miraron a los ojos, en silencio, y al cabo de unos cuantos segundos,

O'Hara,

lo rompió:

—¿Qué es eso, Diana?

Ella estaba intentando recobrar el aliento, con los erectos senos alentando, y tardó en replicar. Cuando pudo hacerlo, su voz era un tanto alterada.

—No lo sé, Jim —dijo—. No espero visita.

La bocina del coche se dejó oír nuevamente.

—Baja tú, Jim —añadió ella—. Yo voy a arreglarme un poco.

Le hacía falta.

O'Hara,

pensó en esto cuando ya descendía por la escalera hacia la planta baja.

Una vez en ella cruzó el vestíbulo y fue a la puerta.

La abrió.

Unos segundos más tarde se enfrentaba con el resto de los familiares de Diana.

Al día siguiente apareció, el cadáver.

O'Hara,

estaba durmiendo aun cuando un alarido, procedente, según juzgó después, de una de las habitaciones contiguas a la suya, le despertó.

Escuchó atentamente, creyendo que era víctima de una pesadilla, hasta que el grito se repitió de nuevo. Entonces saltó de la

cama y abrió la puerta, llevando el pijama puesto.

Miró a ambos lados del pasillo dándose cuenta de que todas las puertas permanecían cerradas. Todas menos una.

O'Hara,

no llegó a ella, ya que Ally Keisler surgió por la puerta y empezó a correr hacia él, pero con el rostro vuelto hacia atrás.

Gritando.

Gritando como una loca, con un grito infrahumano que le taladró los tímpanos hasta el mismo cerebro.

O'Hara,

alargó la mano y la sujetó. Ally le miró con sus ojos brillantes y negros y se estrechó contra él, temblando.

Después volvió los ojos hacia atrás.

—Está allí dentro... Muerta... ¡La han matado, mis ter

O'Hara,

!

En el acto empezó a gritar de nuevo; y

O'Hara,

tuvo que golpearla sabiendo que estaba a punto de estallar en un ataque de nervios, y cuando ya las puertas se estaban abriendo a ambos lados del pasillo.

Pero él no se dio cuenta hasta que la soltó. Y lo hizo tan pronto como Ally dejó de forcejear y se quedó quieta entre sus brazos, sollozando mansamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Quién gritaba de esa manera?

—¿Pero qué...?

Ally gritó de nuevo y corrió a refugiarse entre los brazos de Joe Keisler. A partir de entonces el silencio en el interior del pasillo se hizo espeso, mientras sus miradas iban de Ally a

O'Hara,

.

Ally Keisler era un monumento. Un verdadero monumento de dieciocho años, con más cosas encima que las que tenía Diana Mac Person. También era rubia, pero como se ha dicho, en contraste con el color de su pelo, sus ojos eran negros.

Algo más alta de lo normal, labios rojos, senos altos y firmes, prietos, y que amenazaban ahora, en aquel momento, con romper la

estrecha tela que apenas los cubría.

Las piernas eran algo difícil de definir.

O'Hara,

, desde la noche anterior, cuando la vio, cuando Diana se presentó, supo que nunca había visto nada parecido y que nunca lo vería tampoco.

Joe Keisler era pelirrojo y de ojos pardos. Su edad oscilaría entre los treinta y treinta y cinco años. Vestía de oscuro con un traje de impecable corte. Eso la noche anterior, ya que como Joel Mac Person, llevaba el pijama puesto.

Por su parte, Joel era el más alto de todos. Tenía rubio pelo ensortijado y toda la apariencia de un atleta. Su edad era la de treinta años, y el color de los ojos gris oscuro.

En cuanto a Eva era otra cosa. Eva era un bombón. Un verdadero bombón de mujer. Casi tan alta como Diana, y tanto o más hermosa que ella, aunque no tan joven, ya que Eva rondaba en aquel entonces los veintidós años.

Pelirroja de ojos azules. Las piernas largas e inmejorables. Pensándolo bien, en cuanto a belleza se refiere, ninguna podía tener envidia de la otra.

Pensando en todo esto,

O'Hara,

dio media vuelta y se acercó al dormitorio que Ally acababa de abandonar.

Pero no entró.

No hacía falta.

Por lo tanto, permaneció en el umbral, mirando hacia el interior. Hacia el centro del mismo.

Cuatro mujeres y dos hombres. Eso fue lo que le dijo Cumnims en Nueva York. Continuaban estando los mismos en el interior de la casona, aunque una mujer había muerto violentamente.

Una mujer que estaba ahora caída sobre el piso, bañada en un enorme charco de sangre.

Asesinada.

O'Hara,

giró en redondo y les encaró.

Primero miró a las mujeres y después a los hombres.

Luego, muy lentamente, tomó la llave que estaba dentro de la

habitación, la colocó por fuera y cerró la puerta. Hecho esto, la guardó en su bolsillo.

Les miró de nuevo, en silencio, y después dijo secamente:

—Les ruego que me acompañen a la biblioteca.

Fue Diana la que dio un paso hacia él mientras que Eva y Ruth se consultaban con los ojos, y Ally continuaba en los brazos de Keisler, con el hermoso rostro escondido en su pecho.

O'Hara,

no quiso mirarla, ya que ella se cubría apenas con aquella especie de mosquitera transparente que usó la noche anterior.

—¿Qué ha ocurrido? Estaba...

O'Hara,

la atajó con un seco ademán y replicó con la misma frialdad que había en sus ojos:

—Lo explicaré en la biblioteca, *miss* Mac Person replicó.

Con lo que ella supo que en aquel momento, lo ocurrido entre los dos aquella noche no tenía significado alguno, por lo menos para él.

—¿Dónde está Madge? ¡Apártese de esa puerta, míster

O'Hara,

!

O'Hara miró a Joe Keisler, procurando no desviar los ojos, hacia Ally, y replicó heladamente:

—He dicho que en la biblioteca, míster Keisler.

Sin esperar respuesta,

O'Hara,

giró en redondo y se alejó, lentamente.

Pasó por el lado de Eva, Buth y Ally y dijo, sin mirarlas:

—Será mejor que atiendan un poco a *miss* Keisler y luego vengan a la biblioteca. Allí las esperaré. Y usted míster Keisler, venga, también conmigo. Su hermana está en buenas manos.

Continuó alejándose sin volver la cabeza ni esperar la respuesta de nadie.

No quería hacerlo.

Ally y Ruth Keisler, y Diana y Eva Mac Person.

Primos y primas, pero demasiadas mujeres. Demasiadas curvas peligrosas. Demasiada juventud, y también demasiadas complicaciones. ¿Quién dijo que dejara de pensar? Al Cumnims,

¿no?

¡Al diablo con él!

Sí, desde luego, muchas mujeres, y vistiendo con poco menos que nada.

Sin abandonar estos pensamientos,

O'Hara,

alcanzó la biblioteca, llevando detrás a Diana y a Joe y Joel, pisándole los talones.

Entró, preguntándose qué significado podía darle al interés que parecía demostrar Joe Keisler por la bella doncella asesinada.

Entonces se volvió a mirarles.

Sus ojos, duros y fríos, se clavaron en los de Joel Mac Person, y después los desvió hacia Joe Keisler.

—Madge, su doncella ha muerto, mistar Keisler —dijo fríamente.

Joe avanzó hacia él, pero

O'Hara,

le atajó con un seco además.

Después añadió:

—Le ruego que no pierda los estribos ni los nervios. Ambas cosas le van a hacer falta cuando llegue la poli cía. Por lo tanto, puede ir ensayando desde ahora.

—¿La policía...? ¿Entonces...?

O'Hara,

interrumpió a Diana en medio de la segunda pregunta de ella y declaró con la misma frialdad anterior:

—Su doncella ha sido asesinada, *miss* Mac Person Por lo tanto, le ruego que se siente y espere a los demás.

Joel aún no había abierto la boca, pero su rostro estaba tan pálido como el de su primo. Tan blanco como el de Diana.



Ahora tampoco dijo nada. Se limitó a dar media vuelta, y O'Hara, , adivinando lo que iba a hacerse le adelantó y le cerró el paso.

Durante unos segundos ambos se miraron fijamente. Después, O'Hara, preguntó:

—¿Dónde va usted?

—Voy a ver a Madge. Y le prevengo que usted no es quién para impedírmelo. ¡Vamos, apártese de delante!

O'Hara,

no se movió, y replicó secamente:

—Sé que no puedo hacerlo... aún. Pero le aconsejo que no se vaya.

Por toda respuesta, Joel Mac Per son soltó una maldición y luego dio un paso al frente...

O'Hara,

dio otro paso y entonces intervino Joe Keisler:

—Es mejor que te estés quieto, Joel —dijo—. Míster

O'Hara,

tiene razón por ahora.

—¡Un cuerno! Madge...

Otro que también parecía tener un desusado interés por la bella y juvenil doncella.

Mientras

O'Hara,

se hacía esta observación, Diana se interpuso entre los dos.

—Por favor, Joe... —empezó.

Pero se interrumpió. Algo que vio en los ojos de su primo Joel la obligó a callar. Acto seguido se miró de pies a cabeza y soltó una exclamación:

—¡Oh!

Dio media vuelta y giró hacia la puerta, corriendo, envuelta en gasas de transparente nylon.

O'Hara,

quiso seguirla con los ojos, pero cuando se volvió solo alcanzó a ver su hermosa silueta desapareciendo por la puerta inmediata.

Suspiró levemente mientras la puerta se abría ahora dando paso a las tres mujeres.

Nada más que verlas,

O'Hara,

comprendió que las tres habían estado en sus respectivas habitaciones para arreglarse un poco. Respiró más a gusto hasta que miró a Ally. Entonces tuvo dificultades hasta para hablar, ya que, aun vestida, Ally no lo estaba tanto como Ruth y Eva.

CAPÍTULO V

Una simple, escotada y ceñida blusa, que dejaba entrever el nacimiento de sus erectos senos, y unos cortísimos «*shorts*».

Entonces supo de una vez para siempre, que jama vería otras piernas tan hermosas y perfectas como aquéllas.

Y tampoco pudo sustraerse al encanto que emanaba de ella, a pesar de Diana. A pesar de la hermosura de Diana.

Sin dejar de mirarla, de pies a cabeza, habló, y su voz sonó levemente alterada cuando dijo:

—Siéntense por ahí, ¿quieren?

Las tres obedecieron en silencio. Entonces,
O'Hara,
encaró a los dos primos.

Joel se había sentado también, pero Keisler permanecía en pie, sin apartar sus ojos de él.

Mirándoles,
O'Hara,
añadió lentamente:

—Voy a llamar a la policía. Por lo tanto, lo repito una vez más, creo que lo mejor será que permanezcamos todos aquí hasta que lleguen. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Ciertamente que no soy quién, por el momento, para obligarles a que me obedezcan.

Y les miró esperando una respuesta que no llegó.

Estudiando sus semblantes, en la creencia de que entre ellos estaba el asesino. Pensando en el viejo Mac Person. ¿Asesinado también? Si era así, ¿por qué y por quién?

O'Hara,
recordó al viejo médico de Yonkers. Él había certificado aquella muerte. Pero ¿se equivocó en el diagnóstico?

Recordó también aquella lista de venenos, lista que aún continuaba en su bolsillo. ¿Por qué? ¿Quién?

Sus pensamientos los rompió la entrada de Diana, ya vestida, casi lo mismo que Ally, con una sencilla blusa y unos cortísimos «shorts».

La miró de pies a cabeza, y lo mismo que le ocurrió al mira a Ally, sus pensamientos se embrollaron un tanto.

Ally y Diana. Dos hermosas mujeres, y las dos vestidas casi de idéntica manera. Como para poder pensar con claridad.

O'Hara,

sacudió la cabeza, como para espantar aquellos pensamientos de su mente. Luego, sin mirar a ninguno de ellos avanzó hacia Diana.

—¿Dónde está el teléfono, *miss* Mac Person? —preguntó.

Ella, arqueó sus finas cejas, miró a sus primos y hermano y entonces replicó:

—Venga conmigo, míster

O'Hara,

Sin replicar fue detrás, de nuevo llevando frente a él a aquel magnífico par de piernas y el suave balanceo de sus caderas.

Siempre detrás de ella atravesó unas cuantas estancias hasta que Diana se detuvo frente a lo que parecía ser una pequeña alacena adosada a la pared.

Entendió su moreno y bien torneado brazo.

—Ahí lo tienes, Jim —le tuteó.

O'Hara,

se acercó, abrió la pequeña puerta de madera y tomó el auricular.

Unos segundos más tarde estaba, en contacto con la policía de Yonkers... Dio cuenta de lo sucedido, colgó, y a continuación encaró a Diana.

Ella se le acercó, felina y peligrosa.

—Cuando usted quiera podemos regresar, *miss* Mac Person —dijo fríamente.

Diana se detuvo y entornó los ojos.

—Anoche me llamabas Diana, Jim —dijo en un susurro.

—Anoche no sabía que en la familia Mac Person había un asesino. Ahora, para mí, incluso tú puedes ser lo. ¿Vamos?

—¡Jim! Nosotros no...

—Vosotros o los Keisler. Ambos sois una misma familia, tal vez un poco chapada a la antigua. Una familia que vive en un mismo e inmenso caserón, odiándose entre sí.

Diana le miró y por unos segundos el miedo, apareció en sus ojos.

Pero
O'Hara,
no lo vio.

Apenas terminar de hablar, giró sobre sus pies y avanzó hacia la biblioteca. Diana fue tras él con los verdes ojos brillantes, y mordiendo los labios.

Cuando entraron el uno detrás del otro, el más completo silencio reinaba entre los miembros de la familia.

Silencio que rompió Joe al preguntar secamente:

—¿Les ha llamado ya, míster
O'Hara,
?

—Sí. Dentro de un poco estarán aquí.

Y ya no se habló más hasta que llegó la policía.

O'Hara,
mismo les abrió la puerta.

Eran cinco.

Entre ellos un sargento ya de alguna edad, con hebras de plata en las sienes, y fuerte como un toro.

Su rostro parecía el de un halcón, y sus ojos eran fríos cuando se enfrentó con

O'Hara,

—Usted no es uno de los miembros de este clan ¿no?

Más que una pregunta era una afirmación, y así lo entendió

O'Hara,

, aunque replicó:

—No, sargento. Me llamo Jim

O'Hara,

y vine aquí mediante una invitación.

El sargento le miró de pies a cabeza y a continuación preguntó:

—¿Dónde está el fiambre?

O'Hara,

hizo una mueca.

—En el piso de arriba —replicó—. Le acompañaré.

La sonrisa del sargento era dura cuando le atajó:

—Nada de eso, míster

O'Hara,

—dijo—. Se va a quedar aquí hasta que terminemos. Después quiero hablar con usted, ¿comprende?

—No.

Sin hacer caso de su seña negativa, hizo una seña a sus hombres, indicándoles la escalera del fondo del vestíbulo.

—Vamos, muchachos —luego enfrentó a

O'Hara,

y añadió—: Los miembros del clan están arriba, ¿verdad?

La respuesta de

O'Hara,

fue tan seca como la anterior.

—Sí —replicó.

—De acuerdo. ¿Vio usted el cadáver?

—Si quiere decir si lo examiné o lo toqué, mi respuesta es, ¡no!

Sin replicar, el sargento se alejó hacia la escalera.

Con un frunce en su ceño,

O'Hara,

le vio subir por ella. Cuando desapareció de su vista, encendió un cigarrillo y se sentó.

Esperando.

Una hora más tarde llegó el forense y la ambulancia. Después se la llevaron, pero el interrogatorio aún duró otra hora y media, al cabo de la cual el sargento regresó al lado de

O'Hara,

.

Su sonrisa era cachazuda cuando le enfrentó.

—Y bien, míster

O'Hara,

, ¿qué tiene usted que contarme?

O'Hara,

se encogió burdamente de hombros.

—Nada —replicó.

—¿No?

—Ya lo ha oído, sargento.

—Me llamo Phil Morgan, míster

O'Hara,

Y puede llamarme Morgan, a secas, si lo prefiere. —Hizo una pausa sin que él le interrumpiera y después agregó—. ¿Por qué no quiere cooperar conmigo?

O'Hara,

sacó un cigarrillo, le prendió, fuego, retrepóse contra el respaldo del sillón y replicó.

—He venido a descansar, sargento. Algo así como una cura de reposo. Por lo tanto, voy a desentenderme de todo eso. Si no me cree, mi médico, en Nueva York, puede confirmar mi declaración.

—¡Un cuerno, míster

O'Hara,

!

Se puso en pie, pero Morgan hizo un ademán para que se sentara. No lo hizo. Permaneció frente a él, con las piernas ligeramente abiertas y mirándole duramente.

—Le estoy diciendo la verdad, sargento Morgan.

—Ya lo sé —replicó aquél—. Lo que ocurre es que no me ha entendido. Al decirle que un cuerno, me refiero naturalmente, a que usted no dejará de meter las narices en este asunto. No se llamaría Jim

O'Hara,

si no fuera así.

O'Hara,

se sentó. De nuevo retrepado contra el respaldo del sillón replicó:

—Le repito que no deseo complicarme el descanso Morgan. Por lo tanto, si usted no sospecha de que sea yo el que haya cometido el asesinato, pienso marcharme mañana mismo.

Morgan le miró en silencio durante largo espacio de tiempo. Luego clavó pensativamente los ojos en el suelo más allá de donde estaba sentado

O'Hara,

, y, al fin, replicó:

—Lo siento. Usted es un buen investigador. Sé que tiene la conciencia limpia y que es uno de los pocos privados decentes que hay en Nueva York. Por eso me gustaría que trabajáramos juntos en

esto. ¿Por qué no se queda unos días, míster O'Hara,
?

—Ya se lo he dicho a usted.

La respuesta fue seca y tajante. Morgan, al oírle frunció el ceño, y también sin mirarle replicó:

—Entonces, ¿por qué no me cuenta a mí todo lo que usted sepa de este asesinato?

O'Hara,

le miró atentamente, como intuyendo algo fuera de lugar, y entonces aventuró la respuesta:

—Porque no sé nada. Ya se lo dije a usted.

La pregunta fue la misma, pero Morgan le dio otra entonación bien diferente a la anterior:

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me habla de la mujer que estuvo en la biblioteca, manoseando los libros?

O'Hara,

replicó con otra pregunta:

—¿Quiere decir que por el mero hecho de entrar en la biblioteca sin que nadie lo supiera, esa mujer se hace acreedora de una sospecha por asesinato?

Morgan lanzó una maldición y

O'Hara,

supo sin lugar a dudas que estaba a punto de perder los nervios.

—No es ésa, y usted lo sabe, míster

O'Hara,

. Por lo tanto, le pido que me responda. ¿La reconoció usted?

—No.

—Miss Diana Mac Person me dijo que usted había encontrado aquel hecho un tanto sospechoso. ¿Por qué?

O'Hara,

pensó rápidamente.

—¿Sospechoso...? No, no era eso. Simplemente extraño, porque la mujer se marchó tan pronto como me oyó. Eso es todo lo que puedo decirle al respecto.

Calló, esperando la respuesta de Morgan, pensando en la lista

que llevaba en el bolsillo. Una lista que podía darle, pero que no iba a hacerlo. Morgan tampoco se había comportado muy correctamente con él al no dejarle presenciar el interrogatorio.

Entretanto, Morgan se puso en pie.

O'Hara,
le imitó, y entonces el sargento preguntó:

—¿Qué buscaría entre los libros,

O'Hara,
?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Morgan esbozó una sonrisa.

—Si usted se quedara se lo diría yo —replicó.

—¿Usted lo sabe?

—Por lo menos, tengo una idea da ello.

—¿Cuál, si puede saberse?

Morgan sonrió.

—Le dejo, míster

O'Hara,

—replicó por toda respuesta—. Si cambia de opinión venga y cambiaremos impresiones.

Le tendió la mano, y después avanzó hacia la puerta.

O'Hara,

se dejó caer de nuevo en el sillón, pensando en la lista de los venenos.

De nuevo sospechaba qué la muerte de Mac Person padre no era natural a pesar de lo que había certificado el doctor Murray. No tenía nada en que basarse, no sabía nada, pero dentro de sí mismo tenía aquella corazonada.

Finalmente, después de fumarse otro cigarrillo,

O'Hara,

se puso en pie y avanzó hacia la escalera. Antes de llegar a ella consultó el reloj. Era la una de la tarde.

Entonces cambió de pensamiento y retrocedió hacia la cocina. Pensaba que Madge cuando la alcanzó con ánimo de comer algo.

Sabía que no debía pedir nada ni hacer mención a la comida por el momento. Estaba seguro de que ninguno de los miembros de la familia se acordaría de ello, hasta que no se les pasara la impresión recibida.

Pero se equivocó de medio a medio.

O'Hara,
lo comprendió al entrar en la cocina.

Eva estaba allí, con un blanco delantal encima de su ceñido vestido, y se volvió a mirarle con una leve sonrisa en sus gordezuelos y rojos labios.

—Usted también tiene hambre, míster

O'Hara,
—afirmó apenas verle—. Y me alegro de ello, ya que así no comeré sola. Una... —vaciló un segundo y después añadió—: Una llega a experimentar cierto miedo después de lo ocurrido.

—¿Miedo? ¿De qué?

Pero ella denegó con la cabeza.

—Perdone, míster

O'Hara,
—replicó—. Perdone que no se lo diga, pero ya hemos tenido bastante con el interrogatorio de la policía.

O'Hara,
no insistió. Recostado contra el marco de la puerta, con un nuevo cigarrillo en los dedos, esperó.

Fue poco, ya que Eva preparó algo de fiambre valiéndose de las latas de conserva que había en el frigorífico.

Ya sentados frente a frente fue cuando

O'Hara,
preguntó:

—¿Y los demás?

Eva le miró fijamente durante unos segundos.

—No lo sé —replicó después—. Cuando ese sargento dejó de dar la lata, abandonamos la biblioteca y cada uno se fue, por un lado distinto. Pero será mejor no hablar más de esto, míster

O'Hara,

—Entonces, ¿de qué vamos a hablar, *miss Person*?

Ella sonrió.

—De usted —replicó.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Porque es un tipo interesante. Ande, míster

O'Hara,

, sea bueno y cuénteles a Eva cosas de su vida.

¿Deseos de entretenerle? ¿Deseos de hacerle olvidar algo que no podía ser, o simplemente el deseo de averiguar cuáles eran sus verdaderos pensamientos sobre todo lo ocurrido?

O'Hara,

no lo sabía. Ya no estaba seguro de nada. De nada como no fuera la certeza de que allí se habían cometido, posiblemente, dos asesinatos.

Replicó con lo que ella quería, y a partir de aquel entonces la conversación entre los dos versó por diferentes derroteros hasta que terminaron la frugal comida.

Pero cada vez que

O'Hara,

intentó sacar a colación el asesinato recientemente cometido, Eva le replicaba con evasivas, o, por el contrario, se hacía la desentendida.

Después, y a pesar de todo, ambos se separaron como amigos. El resto de la tarde, hasta la noche,

O'Hara,

lo pasó yendo de un lado para otro, recorriendo el jardín, pensando en un hombre llamado Murray, doctor en Medicina, hasta que llegó la hora de la cena.

Entonces se reunió con todos ellos en el comedor. Pero mientras cenaban, la poca conversación que hubo fue tirante, llena de monosílabos, en vista de lo cual,

O'Hara,

abandonó el comedor tan pronto como pudo.

Atravesó casi toda la planta baja y entró en la biblioteca. Se dejó caer en uno de los sillones, frente a la estantería donde encontró la lista de venenos, y con el ceño fruncido dejó vagar la fantasía.

¿Madge o Diana?

¿Cuál de las dos fue la que entró en la biblioteca?

O'Hara,

no lo podía precisar, pero tenía el convencimiento, la seguridad, de que la desconocida buscaba precisamente aquella lista.

¿Madge, que lo sabía y por eso la mataron?

Si era así, Diana, la de los besos y caricias de fuego, tenía muchas cosas que explicar.

Un rato después,

O'Hara,
se puso en pie. Lentamente abandonó la biblioteca, y con el pensamiento puesto de nuevo en Murray, empezó a subir la escalera camino de su habitación.

Toda la casa parecía dormir cuando pisó los primeros escalones, pero había algo de extraño en aquella quietud y en aquella calma. En aquel silencio.

O'Hara,
alcanzó la puerta y la abrió empujándola suavemente. Entonces se inmovilizó, con los ojos fijos en la ventana que tenía frente a él, al lado derecho de la cama.

CAPÍTULO VI

Ally con sus cosas.

Ally con sus magníficas piernas. Ally, que se volvía ahora hacia él casi tapando el recuadro de luz de la ventana por dónde había estado mirando al jardín.

Ally, cuyos senos alentaban bajo la liviana tela de la blusa, y, finalmente, Ally que avanzó unos pasos hacia él, despacio.

Pero no avanzó mucho. Repentinamente se detuvo, acto seguido se dejó caer sobre uno de los sillones, y luego cabalgó una de las desnudas piernas sobre la otra, frente a los ojos de O'Hara,

Después, mirándole con los ojos brillantes como los de un felino, Ally susurró:

—Cierre la puerta, Jim, ¿quiere?

Lentamente, sin replicar,

O'Hara,

la cerró suavemente a su espalda, pero no se movió de la puerta. Sabía que no debía hacerlo. Estaba seguro de que si lo hacía, si daba un paso hacia ella, ya no se podría detener.

Súbitamente la oyó decir:

—Encienda la luz, ¿quiere?

Tanteó el marco hasta que encontró el interruptor. Encendió la luz, parpadeó un tanto deslumbrado y después dijo, mirándola fijamente:

—Si su hermano entrara en estos momentos, no le gustaría encontrarla aquí, *miss* Keisler.

Ella frunció los labios, descruzó las piernas y las volvió a cruzar a la inversa.

—Eso no me importa, Jim, Soy mayor de edad. Pero dejemos eso, ya que no es precisamente de esto de lo que quiero hablarle.

—¿No...?

—No. Pero, siéntese, ¿quiere?

O'Hara,

quería, pero muy cerca de ella. No obstante no lo hizo. Por lo tanto, para evitarse complicaciones se alejó un poco más y se dejó caer sobre un sillón.

—Usted dirá, *miss Keis*...

—Llámeme Ally, Jim —le interrumpió ella—. Suena mejor. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Tiene un cigarrillo? Yo acabé los míos.

O'Hara,

se puso en pie mientras sacaba la pitillera del bolsillo. Se acercó para dársela. Ella la tomó, abriéndola, y ya con el cigarrillo en los labios susurró quedamente:

—Deme fuego, Jim.

O'Hara,

, siempre silenciosamente, obedeció también.

Se volvía ya hacia el sillón cuando ella dijo, después de quitarse el cigarrillo de la boca:

—Deme un beso, Jim. Lo necesito.

O'Hara,

giró en redondo, la miró en silencio y entonces Ally añadió:

—¿Tiene miedo de mí, Jim?

—¡Cuernos, no!

Ella no se movió cuando se acercó, ni tampoco cuando se inclinó sobre sus rojos labios para besarla suavemente:

Después fue a retroceder, pero Ally le enlazó el cuello con sus bien torneados brazos.

—No, Jim —dijo—. Así no. Yo deseo un beso... así...

Y le besó llena de un fuego que amenazaba consumirlo.

Cuando la soltó,

O'Hara,

había perdido la respiración, lo mismo que ella. Después, sin pronunciar una sola palabra retrocedió unos pasos y de nuevo se sentó en el sillón.

La miró.

Los senos de Ally se aquietaban poco a poco. Tenía el cigarrillo en los labios, el rostro un tanto enrojecido, y sus rasgados hermosos ojos chispeaban.

Pero no decía nada. Simplemente se limitaba a mirarle.

Fue

O'Hara,

el primero en romper el silencio.

—¿Y bien, *miss* Keisler? —preguntó.

—Me llamo Ally, Jim —replicó rápidamente, para añadir en el acto, sin transición alguna—: Tengo miedo. Por eso le he llamado a usted.

—¿Miedo? ¿De quién y de qué?

Ally quedó silenciosa durante unos cuantos segundos y cuando habló lo hizo con una nueva pregunta:

—¿A qué ha venido aquí, Jim? ¿Quién le contrató?

Las palabras de Ally eran chino para

O'Hara,

. Lo mismo que lo fueron las que pronunció Diana en su día.

—Replicó, pues con la verdad:

—Nadie me contrató, Ally. Si vine aquí fue por las causas que ya expliqué en el momento oportuno.

Ally le miró fijamente. Acto seguido se llevó el cigarrillo a los labios, expulsó una bocanada de humo y después preguntó:

—¿Me está diciendo la verdad, Jim?

—¿Por qué tenía que engañarla?

—¿Lo sé yo, acaso, querido?

Después de las palabras de Ally, entre ellos reinaron unos cuantos segundos de silencio, hasta que

O'Hara,

preguntó:

—Usted dijo que tenía miedo, Ally; ¿por qué?

—Sí porque no lo sé, Jim. Pero tengo miedo a morir. A morir como murió la pobre Madge —se estremeció—. Por eso quiero pagarle para que me proteja. ¿Qué le parecen cincuenta mil dólares de prima por protegerme y por descubrir al asesino de Madge? —Hizo una pausa, sin que.

O'Hara,

la interrumpiera, y luego añadió—: Le ofrezco la posibilidad de

ganar un buen montón de dólares y... la de casarse conmigo si lo desea.

—¿Casarme con usted? ¿Por qué?

Ally se permitió una leve sonrisa antes de replicar:

—Una mujer siempre sabe cuándo gusta a un hombre, y yo le gusto a usted.

¿Peligrosa?

—Sí, lo era. Tanto o más que Diana Mac Person.

—¿Por eso me besó?

—Sólo en parte, Jim —sonrió de nuevo—. Por eso y porque lo necesitaba. Estaba asustada, y aún lo estoy.

—¿De qué?

Ally fumó en silencio y durante un intervalo bastante largo de tiempo sólo se oyó en la habitación la respiración de los dos. Luego, Ally tiró la punta del cigarrillo al suelo, descruzó las magníficas piernas y lo aplastó con la punta del zapato.

—Es algo difícil de explicar, Jim —empezó—. Es como si una repugnante y gran araña estuviera tejiendo en torno nuestro su tela, envolviéndonos a todos en ella, para después devorarnos. Es algo horrible experimentar esta sensación, Jim. Es horrible esperar la muerte de un momento a otro sin saber de dónde vendrá, ni cómo ni cuándo.

Se estremeció de nuevo y calló, con los ojos fijos en los de O'Hara,

—¿Acepta, Jim? —preguntó unos segundos más tarde.

—¿Por qué no me lo explica todo y así nos entenderemos, Ally?

Ella, por toda respuesta consultó su reloj de pulsera, y acto seguido se puso en pie.

—Creo que nos entenderemos, Jim —dijo—. Ahora es muy tarde. Por lo tanto, continuaremos esta conversación mañana, tan pronto, como usted regrese de Yonkers, Le estaré esperando, Jim. En el jardín o en mi dormitorio.

Avanzó hacia la puerta, y desde ella se volvió para mirarle, Entonces repitió una vez más:

—Tengo miedo, Jim. ¿Quiere acompañarme a mí dormitorio? Bastará que eche una mirada para que yo quede tranquila. Después, cuando usted se vaya, me encerraré por dentro.

Sin replicar,
O'Hara,
abandonó el sillón y fue tras ella hasta casi el final del largó pasillo.

Empujó la puerta que Ally le indicó y penetró dentro de la habitación, mientras que a su espalda, ella encendía la luz.

O'Hara,
lanzó en torno una rápida, pero eficaz mirada, y luego se volvió a mirarla. Ally estaba cerrando la puerta. Cuando terminó de hacerlo le encaró con una leve sonrisa en los labios.

—Mi gusto sería que se quedara,

O'Hara,
, pero no puede ser. No obstante, le agradezco lo que ha hecho por mí.

Se acercó a él, pero

O'Hara,
la atajó con una pregunta:

—¿Por qué no me lo cuenta todo, Ally?

Ella se acercó más, y no se detuvo hasta que él notó el suave calor de su cuerpo.

—Lo haré mañana, Jim.

—Mañana puede ser demasiado tarde, tanto para usted como para mí.

Ally palideció, pero aun así se negó a ello.

—Mañana, Jim —repitió—. Ahora es muy tarde.

O'Hara,
no insistió. Dio media vuelta con ánimo de encaminarse hacia la puerta, pero ella le sujetó por un brazo. Unos segundos después la tenía entre sus brazos, besándola y acariciándola. Y mientras lo hacía,

O'Hara,
no recordó para nada las recomendaciones de su amigo Al Cumnims.

Una hora más tarde abandonó el dormitorio, con la mente hecha un caos, pensando en los caprichos del destino, y preguntándose por qué las cosas tenían que ocurrir así y no de otro modo.

Pero sus pensamientos se esfumaron por ensalmo cuando apenas si alcanzó el pasillo descubrió a Eva Mac Person.

Eva, que con los ojos brillantes; le contemplaba de pies a cabeza,

para luego desviarlos hacia la puerta tras la cual se encontraba Ally. Luego le miró de nuevo, y sin pronunciar palabra retrocedió de espaldas.

Lo último que vio

O'Hara,
de ella fueron sus piernas, casi en toda su profusión, cubiertas de fino nylon.

Lentamente,

O'Hara,
se encaminó a su dormitorio. Abrió la puerta, encendió la luz, entró, y acto seguido, después de lanzar una maldición, la cerró rápidamente a su espalda...

Y al hacerlo ya no pensaba ni en Diana, ni en Ally, y mucho menos en lo que había podido pensar Eva.

Porque frente a sus ojos, encima de la cama, estaban todas sus pertenencias en el más completo desorden. La ropa interior tirada encima de la misma y en el suelo.

Papeles, infinidad de cosas heterogéneas, habían sufrido el mismo destino que la ropa. Las cerraduras de las dos maletas habían sido forzadas, destrozadas completamente.

O'Hara,
se acercó lentamente y echó una mirada a aquel caos que se le presentaba, y casi en el acto notó a faltar su pistola. La funda para la axila y las correíllas estaban allí, pero la automática había desaparecido.

Maldijo secamente.

Maldijo una y otra vez a Ally Keisler, y sus besos y caricias de fuego. Maldijo a Diana, a Eva y a Ruth. Las maldijo a todas por igual. A todas menos a Ally.

A Ally la maldijo más, ya que ésta había sido la que le entretuvo mientras posiblemente su hermano se entre tenía en registrar su dormitorio.

¿Qué buscaban?

Durante unos segundos vaciló hasta que encontró respuesta. Entonces introdujo, la mano en el bolsillo interior derecho de la americana y extrajo el papel.

De nuevo vio ante sus ojos la lista de venenos, y una vez más pensó en un médico de Yonkers llamado Murray.

Pensando en él,
O'Hara,
acabó, de tirar las cosas al suelo, se desvistió, cerró la puerta con
llave y se dejó caer encima de la cama.

Pensaba.

Y continuó pensando por espacio de algunas horas hasta que se
quedó durmiendo cuando ya de nuevo empezaba a maldecir a Ally
Keisler.

CAPÍTULO VII

En contraste con el pelo negro de Ally, Ruth Keisler era pelirroja, y tan hermosa como ella. Ruth tenía diecinueve años y muchas cosas dignas de verse encima de su cuerpo juvenil y elástico como el de una pantera, desde su preciosa cabera hasta sus zapatos de alto tacón.

Sólo en una cosa eran igual Ally y Ruth. En el color de los ojos, ya que ambas los tenían negros.

Ruth se encontraba en la puerta de la casa. Llevaba una sencilla blusa, muy escotada, y una falda de amplio vuelo, de las llamadas de campana, muy corta, que dejaba al descubierto buena parte de sus magníficas piernas envueltas en fino nylon.

Guantes blancos hasta el codo que se estaba poniendo en aquel entonces.

Ruth también iba aquella mañana a Yonkers.

O'Hara,

lo intuyó apenas verla, cuando ella acababa de colocarse el guante izquierdo.

Se acercó admirándola, pero a pesar de ello se dijo de nuevo que en aquella casa había demasiadas curvas hermosas.

—Buenos días, *miss* Keisler —saludó al llegar a su lado.

Ruth ladeó ligeramente la cabeza para mirarle, y acto seguido empezó a andar hacia el garaje.

Mientras lo hacía replicó fríamente:

—Buenos días, *míster*

O'Hara,

.

A pesar de su frialdad,

O'Hara,

emparejó con ella. Sonriendo preguntó:

—¿Va a Yonkers, *miss* Keisler?

La réplica de Ruth fue violentamente rápida.

—Sí. Voy a Yonkers, pero no con usted, míster

O'Hara,

.

Continuó andando mientras

O'Hara,

soltaba un respingo. Luego éste la alcanzó.

—¿Por qué conmigo no?

Ruth se detuvo mirándole de frente, y dijo mientras él se decía que en cuanto a carrocería, ella tampoco tenía que envidiar a mujer alguna:

—No quiero que crea que soy tan complaciente como Ally, míster

O'Hara,

.

Y él supo entonces que o bien le había visto la noche anterior, o Eva le había dado a la lengua.

No obstante, replicó:

—Francamente no la entiendo a usted, *miss* Keisler.

La risa de ella le cortó en seco.

—Mejor entonces —replicó después—. Pero aun así voy a ir sola. Por lo tanto, si usa su coche como cosa lógica, le ruego no me moleste en el camino, ni me siga una vez en la ciudad. ¿Está claro, míster

O'Hara,

?

Estaban llegando a la puerta del garaje cuando

O'Hara,

dio la respuesta.

—Francamente, Ruth, de haber sabido que iba tener celos de su propia hermana, la hubiera besado a usted primero.

Ruth se detuvo en seco y giró en redondo. De nuevo, O'Hara,

se vio frente a frente de aquella hermosa carrocería encima de la cual brillaban unos malignos y brillantes ojos negros.

—Encima de ser un grosero, es usted un cínico y un imbécil,

pesquisa. Y para que lo sepa de una vez Ally no es mi hermana. No es una Keisler, Ni siquiera una Mac Person. Ande, después de lo ocurrido, es mejor que se case con ella. Así le dará a Ally una coartada irrefutable. ¿O no sabe que en este país la mujer no puede declarar contra el marido y viceversa?

O'Hara,

tragó saliva:

—¿Qué cuento trata de endosarme, Ruth?

—¿Cuento...? Ya lo verá cuando llegue la ocasión. —Miró en torno y luego añadió mascando las palabras—: Odio todo esto,

O'Hara,

. Odio a mis primos; a mis hermanos. Si pudiera les mataría a todos. Le odio también a usted como no he odiado jamás a nadie.

Calló ahogándose por su propia furia, y entonces

O'Hara,

dio un paso al frente pero Ruth retrocedió otro, sin dejar de mirarle a los ojos mientras

O'Hara,

sufría por la tela de la blusa a la altura de sus senos.

—¿Qué quiere decir, muchacha? —preguntó no dando crédito a lo que había oído.

—Nada que le importe, fisgón. Nada, ¿entiende? Simplemente quiero que me deje en paz. Por lo tanto, váyase usted primero que yo iré detrás. Si no es así, si viene detrás de mí, soy capaz de abofetearle.

O'Hara,

se inclinó ante ella de modo burlón.

—De acuerdo, preciosa —dijo—. Me iré, pero después de usted. Las damas son primero en todas partes.

Antes de que ella pudiera decir nada más,

O'Hara,

dio media vuelta y empezó a alejarse. Por eso ella no vio la expresión de su rostro en aquel entonces.

Giró en redondo apartando sus ojos de él, y diez minutos más tarde

O'Hara,

oyó el rugido del poderoso motor del bolido rojo de Ruth.

A pesar de ella aún esperó cosa de tres o cuatro minutos, y

entonces, rumiando aún las palabras de ella,
O'Hara,
se encaminó nuevamente hacia el garaje.

Abrió la portezuela del coche, subió a él, y siempre con el pensamiento puesto en Ruth, embragó.

Alcanzó la carretera sin ver a nadie de los de la casa, cosa que no le preocupó en absoluto.

¿Había mentido Ruth? Si era así, ¿por qué?

Repentinamente,

O'Hara,
decidió no calentarse más la cabeza, pero unas millas más abajo, cuando ya los árboles que bordeaban la carretera iban desapareciendo, volvió a pensar.

En Ally.

En Ally, que se había convertido en un problema para él, debido a las palabras de Ruth. Ella le había dado a entender que Ally era una asesina. ¿De quién? ¿Del viejo Mac Person o de Madge?

Tal vez de ninguno de los dos.

Entonces, ¿por qué mentía Ruth? ¿Le había mentido también al decirle que Ally no era su hermana? Si no era así, ¿cómo llevaba el apellido Keisler?

Repentinamente,

O'Hara,
recordó el registro sufrido en su dormitorio y el robo de la pistola y lo encontró completamente lógico.

El asesino sabía que él tenía aquella lista de venenos. Sabía también cuáles eran sus sospechas y decidió llevársela suprimiendo de este modo una prueba que podía ser valiosa.

¿Cómo lo había sabido?

Esto aún estaba más claro para

O'Hara,
. El interrogatorio del sargento Morgan había sido hecho en presencia de todos los miembros de la familia. Diana había dicho que él vio entrar a una mujer en la biblioteca. Que el hecho le resultó sospechoso porque en vez de coger un libro se limitó a removerlos todos, buscando algo entre sus hojas.

Y ese algo lo tenía él en el bolsillo.

¿Quién era la mujer? ¿Madge? Posiblemente sí. Eso justificaba el

asesinato de la misma. Ella se había enterado de que Mac Person padre había muerto envenenado, tal vez poco a poco, y decidió llevarse la lista de venenos que también pudo ver en alguna ocasión, con ánimo de hacer un chantaje.

¿Ally?

O'Hara,

no podía creerlo, y mucho menos teniendo en cuenta, como tenía, el interés que los dos primos habían tenido por la asesinada.

Tanto Joe como Joel lo habían demostrado con creces. ¿Complicidad en el asesinato del viejo, o un «*affaire*» con uno de los dos?

A

O'Hara,

le gustaba más la primera parte de la pregunta.

Madge podía muy bien haber sido cómplice del asesinato, y ahora el asesino, por cualquier causa desconocida, había tenido miedo de ella y la suprimió, tal vez para que no hablara, £ tal vez porque pedía mucho por su silencio.

¿Estaba haciendo Madge un chantaje al asesino?

O'Hara,

dejó de pensar. El «Ford» ocho plazas, descapotable, modelo actual, estaba ahora entrando en la pendiente y empezaba a acelerar sin que él hiciera nada al respecto.

Miró el cuenta-millas.

Sesenta.

Era una buena marcha. La mejor.

O'Hara,

sabía que con los frenos que tenía el «Ford» a aquella velocidad podía dominarlo en cuestión de segundos.

Miró de nuevo.

Sesenta y cinco.

Soltó el pedal del acelerador levantándolo lentamente y empezó a frenar con el pie cuando llegó a la próxima curva. Ante su estupor, el cuenta-millas alcanzó las setenta antes de rebasarla por completo, y entró en la recta a setenta y cinco.

Por tercera vez,

O'Hara,

miró el cuenta-millas: Éste seguía subiendo rápidamente.

La pendiente, la fuerza de la inercia, estaba llevando al «Ford» cuesta abajo, lo mismo que si fuera una bala.

Pisó de nuevo el freno, a fondo. Esta vez intuyendo algo...

Volvió a pisarlo una y otra vez hasta que se convenció de que éste no servía para nada. Hasta que se convenció de que había sido estropeado. Él había anunciado en presencia de todos su deseo de ir a Yonkers, y el asesino había aprovechado las horas de la noche para estropearlo, llevándole a una muerte segura.

El cuenta-millas marcaba ochenta millas cuando O'Hara,

se dio cuenta de que estaba llegando a la siguiente curva.

Manipuló frenéticamente en el coche, pero lo único que obedecía de él era el volante.

Con los ojos fijos en la carretera, sudando por todos los poros de su cuerpo,

O'Hara,

entró en la curva a noventa por hora.

El coche dio un bandazo, patinó, pero

O'Hara,

logró hacerse con él dejando a su espalda el espeluznante alarido de las cubiertas al rozar contra el asfalto.

Enfrente vio al bólico rojo de Ruth que se iba acercando rápidamente a él a pesar de ir también hacia Yonkers.

Palideció cuando se dio cuenta de que ya corría a cien millas y que a cada segundo que pasaba las vueltas de las ruedas del «Ford» aceleraban aún más su marcha.

Empezó a distinguir la rojiza cabellera de Ruth y en toncas empezó a tocar el claxon pidiendo paso desesperadamente.

Ella miró por el retrovisor. Durante unos segundos vaciló al reconocer el coche que venía detrás, pero luego con una sonrisa despectiva en su hermoso semblante se pegó al borde de la carretera, en el momento justo en que

O'Hara,

empezaba a rebasarla.

Fue cuestión de segundos, pero los suficientes para que ella viera el sudor que perlaba su frente y su rostro blanco como un sudario.

Entonces aceleró.

La siguiente curva estaba a la vista.

O'Hara,

la vio venir hacia él a velocidad infernal, pero el precipicio que daba al mar había quedado una o dos millas más atrás.

Vio también el talud de tierra desprovista de árboles que había enfrente de la misma. Pensó en que más allá del borde de la carretera estaba el desnivel de la cuneta.

Era una posibilidad. La única que se le presentaba. Por lo tanto, no quiso mirar el cuenta-millas. ¿Para qué?

Unos segundos más tarde, las ruedas delanteras de «Ford» pisaron la curva, pero

O'Hara,

no inclinó el volante a ningún lado. Después todo pasó en unos segundos.

Repentinamente la carretera desapareció de su vista entonces se lanzó al fondo del coche, protegiéndose la cabeza con las manos.

El «Ford» dio un enorme salto al atravesar la cuneta dejándose las dos ruedas traseras, luego dio un bote de costado, y cayó a plomo en el centro del talud.

Se arrastró unas cuantas yardas envuelto en una densa polvareda que lo ocultó completamente a los ojos de Ruth, que le seguía de cerca, y finalmente volcó de costado.

Pero de nada de esto se enteró

O'Hara,

; hasta mucho después.

Cuando despertó de su forzado sueño se encontraba en una habitación completamente desconocida para él. Intentó moverse, consiguiéndolo a duras penas.

Gimió cuando todos sus huesos protestaron conjuntamente e hizo otro esfuerzo intentando sentarse en la cama donde permanecía tendido.

—¿Por qué no se está quieto, míster

O'Hara,

?

Volvió la cabeza y entonces la vio.

Ruth Keisler estaba allí, junto a él, pero no sola. El sargento Morgan, de la Brigada de Homicidios, estaba a su lado, mirándole con una expresión divertida en su rostro.

—Creo que voy a multarle por exceso de velocidad,

O'Hara,

—dijo—. ¿A quién se le ocurre correr de esa forma en una carretera como aquélla?

O'Hara,

hizo una mueca y de nuevo intentó sentarse en la cama, cosa que consiguió al tercer intento.

Entonces les miró a los dos, pero luego sus ojos se quedaron fijos en el rostro de Morgan.

—¿Cómo quedó mi coche, sargento?

Murray arrugó el entrecejo.

—Completamente destrozado,

O'Hara,

. ¿Tanta prisa tenía?

—De eso quiero hablarle, sargento. Quiero que sus hombres recojan esos restos y que un técnico del Departamento de Homicidios lo examine.

—¿Qué quiere decir?

O'Hara,

miró a Ruth y ella se puso en pie, comprendiendo la indirecta.

—Puede hablar cuando quiera, míster

O'Hara,

—dijo fríamente—. Yo me voy ahora mismo.

—Nadie le ha dicho eso, Ruth.

—No, Pero me lo ha dado a entender —hizo una pausa y añadió—: No crea que no le comprendo a usted, míster

O'Hara,

. No crea que soy tan tonta como para no saber lo que va a decirle al sargento Morgan.

Calló sin que

O'Hara,

replicara, y entonces miró al sargento y agregó:

—Míster

O'Hara,

sospecha que alguien de mí familia tocó su coche, estropeándolo para que se matara con él.

Antes de que Morgan pudiera dar la respuesta,

O'Hara,

replico:

—¿Y no es así, Ruth?

Ella le miró fijamente mientras se acercaba a la puerta. Se detuvo junto al marco de la misma sin dejar de mirarle, y entonces dio la respuesta.

—Puede que lo hiciera yo, ¿no? Usted me dijo que me traería a Yonkers y yo rehusé. Eso es suficiente motivo para sospechar de mí, ¿verdad?

O'Hara,
sonrió fríamente.

—Mirándolo así, ésa es la verdad, Ruth.

—¡Es... es usted sencillamente odioso, míster
O'Hara,
!

Dio media vuelta y desapareció por la puerta. Antes de que Morgan pudiera impedirlo,

O'Hara,
fue detrás.

—¡Esperé...!

Ruth se detuvo, pero no volvió la cabera. Él llegó al lado, y entonces ella preguntó:

—¿Qué quiere ahora?

—Sencillamente, que no puedo regresar a la casa Ruth. No, si no me lleva usted en su coche. ¿Lo hará? Ruth se volvió para mirarle.

—Podría decirle que alquilara un coche, míster

O'Hara,
, pero no se lo diré —dijo secamente—. A las seis de la tarde estaré en el «Chester». Pregunte a cualquiera dónde está, o tome un taxi. Buenos días, míster

O'Hara,
.

Dejándole con la palabra en la boca, Ruth dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

O'Hara,
regresó a la Habitación donde le esperaba Morgan, y apenas entrar se dejó caer sobre la cama.

—¿Cómo se encuentra,

O'Hara,
?

—Como si acabara de salir del infierno, sargento. —Le creo— hizo una pausa y añadió a continuación. —Estropearon los frenos, ¿no?

—Sí, El coche estaba perfectamente cuando yo de Nueva York, sargento. Alguien, alguno de los Mac Person o los Keisler, lo hizo.

—¿De quién sospecha usted?

Después de la pregunta del sargento Morgan, un largo silencio reinó entre los dos.

CAPÍTULO VIII

O'Hara,

pensaba rápidamente. De nuevo todo lo ocurrido desde que tuvo la para él malhadada idea de presentarse ante su médico, pasó por su mente con extraordinaria rapidez.

—No lo sé. Es muy prematuro aún, sargento —dijo al cabo de unos cuantos minutos de pensar—. No lo sé. Pudo ser cualquiera de los dos hombres, o tal vez ninguno, Pero eso podemos dejarlo para más adelante, sargento. Hoy vine a Yonkers por algo fuera de lugar. Vine a hablar primero con el doctor Murray y después con usted.

—¿Por qué Murray precisamente,

O'Hara,

?

—Porque él fue el que certificó la muerte de M. Mac Person y Morgan arrugó el entrecejo. Después hizo una mueca con los labios y luego exclamó:

—¡Cuernos,

O'Hara,

! No sospechará usted que fue asesinado, ¿verdad?

Por toda respuesta,

O'Hara,

, introdujo la mano en el bolsillo de la americana y sacó el papel con la lista de venenos.

—Eche un vistazo a eso, sargento, y después dígame lo que piensa —replicó, entregándoselo.

Sin pronunciar una sola palabra, Morgan tomó el papel, lo desdobló y a continuación lo leyó lentamente. Después levantó los ojos y los clavó en los fríos y grises de

O'Hara,

—¿Dónde encontró esto?

—Entre las hojas de uno de los libros, sargento.

—Entonces...

—Creo que es esto lo que estaba buscando la mujer que sorprendí en la biblioteca. Ella pudo ser muy bien la doncella. Por eso la mataron.

Acto seguido,

O'Hara,

contó cuáles eran sus sospechas, pero calló todo lo relacionada con Ruth y con Ally. Aquello, por el momento era cosa exclusivamente suyo.

También hubiera callado lo concerniente a la lista con venenos, pero para desenterrar el cadáver, del viejo M Mac Person tenía que contar con la Brigada de Homicidios, para pedirlo, también tenía que presentar pruebas de sus sospechas.

Morgan también pensaba.

El brillo peligroso de sus ojos, el frunce que había en su ceño eran claras muestras de ello.

Sin apartar los ojos de

O'Hara,

continuó así, en silencio, durante más de un largo minuto, y después, de una manera repentina, tradujo en palabras parte de sus pensamientos.

—Me ha puesto usted en un compromiso,

O'Hara,

—dijo—. Si esto resulta cierto... Pero si no lo es...

—La responsabilidad será únicamente: mía, sargento.

—¡Y un cuerno! —replicó Morgan violentamente—. Comprenda mi posición,

O'Hara,

. Si mando desenterrar el cadáver del viejo y le practicamos la autopsia, podemos encontrar veneno en él, pero también podemos no encontrarlo, en cuyo caso más vale que acto seguido presente la dimisión.

O'Hara,

sacó la pitillera, le dio un cigarrillo y ambos los encendieron casi al unísono. A continuación replicó con una pregunta:

—Entonces, ¿no va a hacer nada?

—¡Yo no he dicho eso,

O'Hara,

! Pero tengo que pensarlo. —Miró la lista y preguntó—: ¿Puedo quedarme con ella?

—Hágalo si la necesita, sargento.

Morgan la guardó en su bolsillo mientras

O'Hara,

preguntaba:

—¿Qué va a hacer?

El sargento vaciló unos cuantos segundos y después replicó:

—Para nosotros, éste era ya un caso resuelto,

O'Hara,

, El doctor Murray certificó esa muerte...

—Lo sé, sargento. Pero...

—Déjeme terminar, pesquisa. —Hizo una pausa y añadió—: Voy a hacerle caso a usted,

O'Hara,

. Voy a ver al juez y tal vez al fiscal. Expondré el caso y que ellos decidan.

—Creo que debo darle las gracias, ¿no?

Morgan sonrió, pero su sonrisa era dura en extremo.

—Espere a que se le practique la autopsia y entonces hablaremos. ¿Algo más,

O'Hara,

?

—Sí. Deseo que me hable de la familia.

—¿De los Keisler o de los Mac Person?

—De ambas. Usted dijo algo al respecto el día que habló conmigo a raíz del asesinato de Madge. ¿Quiere explicarse ahora? ¿Por qué habló de un clan?

—Debí decir dos clanes,

O'Hara,

. Los Keisler odian a los Mac Person, y éstos a su vez a los Keisler. Cómo ve, una familia de lo mejorcito que hay por aquí.

Soltó una risita que

O'Hara,

interrumpió con una pregunta:

—¿Qué oculta usted, sargento?

Morgan le miró con gesto suspicaz, sonrió, y después dijo:

—Ally, aunque lleva el apellido de los Keisler, no es una Keisler propiamente dicha.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo dijo?

—Responderé con orden, Jim

O'Hara,

. Saberlo oficialmente no lo sé. Simplemente le digo lo que he oído comentar. Por lo tanto, nadie me lo ha dicho tampoco. Por otra parte, tenga en cuenta que esas antiguas familias, tan pagadas de sí mismas, nunca o casi nunca dejan traslucir al público sus pecados ni nada que signifique un deshonor para el apellido que llevan. Si quiere investigar algo por ese punto, yo no le puedo ayudar en nada. Tendrá que averiguarlo por usted mismo.

—Tal vez lo haga —replicó

O'Hara,

evasivamente, para acto seguido preguntar—: ¿Qué sabe del testamento del viejo M. Mac Person, sargento?

—Casi nada. ¿Por qué? ¿Qué desea saber?

Después de soltar estas dos preguntas, con la rapidez de un relámpago, Morgan entrecerró los ojos y le miró fijamente por entre las entornadas pupilas.

Sin apartar los ojos de él,

O'Hara,

replicó:

—Tengo entendido que el viejo repartió su capital entre sus sobrinos e hijos, pero no lo hizo en forma equitativa.

—No. A cada uno, y según los comentarios que he oído, les dejó la parte que quiso él, a su antojo.

O'Hara,

quedó pensativo unos cuantos segundos mientras fumaba lentamente. Después de quitarse el cigarrillo de la boca formuló una nueva pregunta:

—¿Quién se llevó la parte del león?

Morgan, frunció el ceño antes de replicar y abrió los ojos del todo; Sin dejar de mirarle replicó:

—Joe Keisler Mac Person, pesquisa.

Ahora el que frunció el ceño fue

O'Hara,

, pero el sargento Morgan se adelantó a él, añadiendo antes de que pudiera replicar:

—Y eso es lo extraño del caso.

—Sí. Yo también lo veo así, sargento. Muy extraño. Si se hubiera tratado de su...

—No es por ahí, pesquisa —replicó Morgan.

—¿No? Explíquese, ¿quiere?

—A eso iba, O Tiara. M. Mac Person nunca se llevó bien con los dos hombres de la familia. Tanto Joe Keisler como Joel Mac Person estuvieron una temporada fuera de la casa. Luego, al cabo casi de un año de ausencia, regresó Joel. Keisler tardó un poco más, pero lo hizo también. Al parecer, interesó a su tío en un negocio del que no se tienen noticias; Lo cierto es que a, la par de su regreso, se les vio juntos en muchas ocasiones y hay quien dice que se encerraban en su despacho durante horas, para hablar.

—¿Algo más?

—Muy poco,

O'Hara,

. Charlaban y bebían aun en contra los deseos del doctor Murray.

—Tío y sobrino, ¿no?

—Sí.

O'Hara,

frunció el ceño. Después hizo una pregunta que sorprendió a Morgan.

—¿Qué clase de bebidas, sargento?

—*Whisky*.

—¿Solo?

Morgan le miró atentamente preguntándose dónde quería ir a parar, pero no lo consiguió.

Por lo tanto, sin dejar de mirarle, replicó:

—Con agua. *Whisky* con agua,

O'Hara,

. ¿Hay algo de particular en eso?

—No, que yo sepa. Mucha gente bebe *whisky* mezclado con agua o con seltz. Incluso yo mismo lo hago.

Al parecer ya nada, más había que hablar.

O'Hara,

se puso en pie. Repentinamente recordó algo y entonces encaró a Morgan.

—Alguien, en la casa de los Mac Person, registró mi equipaje y se llevó mi automática, sargento —dijo—. Deseo denunciar el caso.

O'Hara,

frunció el ceño como tenía por costumbre cuando algo le preocupaba.

—De acuerdo,

O'Hara,

—replicó—. Deme el número y la marca.

O'Hara,

lo hizo así, mientras que el sargento escribía en un papel impreso. Hecho esto se lo dio a firmar y acto seguido preguntó:

—Sí desea un arma,

O'Hara,

, puedo dejarle una.

—Confieso que no me gusta ir desarmado, tal y como se han puesto las cosas, sargento.

Por toda respuesta, Morgan abrió el cajón central de la mesa tras de la cual se sentaba y sacó una automática «Colt» calibre 38.

—Creo que con esto tendrá suficiente,

O'Hara,

—dijo entregándosela—. Ahora sólo me resta decirle que tenga cuidado al usarla. Me pondría en un compromiso sí...

—Lo sé, sargento —atajó

O'Hara,

—¿Algo más?

—Sí. Que me tenga al corriente de lo que ocurre con el cadáver de M. Mac Person.

—Lo haré. ¿Alguna otra cosa?

—Sólo una, sargento. ¿Cómo murió Madge?

—De una puñalada. No encontramos el arma. —Le miró atentamente y añadió—: Tal vez usted la encuentre,

O'Hara,

. Murió, según las palabras del forense, de una puñalada asestada con un cuchillo. Posiblemente con uno de esos cuchillos de cocina. Si lo encuentra, avísame. Pero tómelo con un pañuelo. Tal vez tenga

algunas huellas digitales.

O'Hara,

sonrió. Al parecer, el sargento Morgan le tomaba por un principiante.

Seguido de él salió a la calle. Ya en la misma, mientras esperaba un taxi, Morgan dijo lentamente:

—Espero que si descubre algo me lo diga,

O'Hara,

. Éste sonrió de nuevo.

—No se preocupe, sargento —replicó. Pero pensaba otra cosa.

El taxi llegó tres minutos después y

O'Hara,

, penetró en su interior.

Tendió la mano al sargento Morgan, y acto seguido dio una dirección.

Ésta fue la de la casona de los Mac Person.

Pero cuando el coche dobló por la primera esquina y el sargento dejó de verse,

O'Hara,

rectificó dando esta vez la del doctor Murray.

Ahora no le recibió Diana. No fue mujer alguna la que le abrió la puerta, sino el mismo, doctor.

Después de estrecharse las manos cordialmente, Murray exclamó:

—Confieso que aún le esperaba por aquí, míster

O'Hara,

. Pase, dentro, ¿quiere?

O'Hara,

fue detrás de él, sin decir palabra, hasta la pieza donde fue recibido la primera vez. A una señal de Murray se sentó.

Durante unos cuantos minutos, ambos se miraron en silencio hasta que Murray preguntó:

—¿A qué se debe su visita, míster

O'Hara,

? Supongo que no se encontrará peor, ¿verdad?

O'Hara,

sonrió.

—No —replicó después—. Se trata de algo más serio que mi

problemática enfermedad. —Hizo una pausa sin que Murray le interrumpiera y después añadió—: Debería hablarle con franqueza, doctor. ¿Puedo hacerlo? Sin saber a dónde quería ir a parar, Murray replicó. —¡Claro que sí, míster

O'Hara,

! ¿En qué puedo servirle?

O'Hara,

quedó pensativo unos cuantos segundos, al cabo de los cuales replicó:

—Deseo preguntarle algo sobre venenos.

—¿Venenos?

—Sí.

Murray quedó pensativo unos breves instantes. Después replicó:

—De acuerdo, míster

O'Hara,

. ¿Qué clase de venenos?

—Estricnina entre otros, doctor.

—Bien. ¿Qué desea saber?

—Qué efectos causa ese veneno en el organismo humano, administrado, digámoslo así, en pequeñas dosis, hasta poco a poco ir consiguiendo un efecto mortal.

Murray arrugó el entrecejo y después replicó:

—Como cosa lógica, vendría la parálisis total del corazón, y como consecuencia la muerte inmediata.

O'Hara,

sacó la pitillera, ofreció un cigarrillo y después que los hubieron encendido preguntó:

—O sea, algo parecido a un ataque cardíaco, ¿no?

—Exactamente, aunque no es eso en términos técnicos, míster

O'Hara,

.
—Lo supongo. ¿Qué otros venenos pueden ocasionar esto mismo?

Mirándole atentamente, sumido en un mar de conjeturas, Murray se enredó en una explicación técnica que duró cerca de un cuarto de hora.

Después terminó diciendo con la sonrisa en los labios:

—Supongo que no se le habrá ocurrido a usted envenenar a

nadie, ¿verdad?

O'Hara,

sonrió también, pero su sonrisa carecía de espontaneidad.

Después, entre ellos reinó un largo silencio.

CAPÍTULO IX

O'Hara,

, entretanto, reflexionaba rápidamente. Hasta que se decidió a formular una nueva pregunta:

—¿Conoce usted algún veneno que no deje huella, doctor Murray?

—No. Todos, absolutamente todos, después de practicada la consiguiente autopsia, dejan residuos de ello. De eso puede usted estar completamente seguro. Pero ¿por qué quiere saberlo?

O'Hara,

no replicó de momento, sabiendo que la siguiente pregunta sorprendería a Murray, y cuando lo hizo, habló lentamente, midiendo cuidadosamente las palabras.

—Escuche, doctor Murray —dijo—; ¿existe alguna posibilidad de que un hombre muerto a consecuencia de un ataque cardíaco haya sido envenenado?

Murray le miró fijamente, y sin apartar los ojos de O'Hara, exclamó:

—No le entiendo a usted.

—Me explicaré. Pongamos por caso al difunto míster M. Mac Person. Usted certificó su muerte, ¿verdad?

Murray frunció el ceño.

—Sí. ¿Por qué? M. Mac Person murió de un ataque cardíaco. ¿Es que ha pensado usted otra cosa?

—No. Le estoy hablando simplemente en sentido figurado. Usted certificó esa muerte como producida por un ataque cardíaco. Ahora bien; yo pregunto. ¿Pudo morir por otra causa? ¿Envenenado, por ejemplo?

Murray se puso en pie de un salto.

—¿Qué es lo que trata de insinuar, míster

O'Hara?

—Nada, doctor. Ha sido una simple conversación. Ha sacado ese nombre como pude sacar otro cualquiera.

Murray soltó una breve y áspera carcajada.

—No me tome por tonto, míster

O'Hara,

. Usted ha venido aquí a preguntarme lisa y llanamente si me había equivocado en mi diagnóstico con respecto a la muerte de míster M. Mac Person, en cuyo caso, debo decirle que no. ¿Algo más?

O'Hara,

se levantó del sillón que ocupaba.

—Lamento que se lo tome así, doctor Murray —dijo fríamente.

—Estoy en mi derecho, míster

O'Hara,

. Nadie, tiene la culpa que usted vea fantasmas por todas partes, aunque en parte comprendo su actitud.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—He leído en los periódicos el asesinato de Madge. Francamente, no creí capaz a los Person o los Keisler de asesinar a nadie. Por eso le voy a hablar claro. Si alguien de la familia lo hizo y usted quiere investigar quién y por qué fue, puede hacerlo. Pero deje en paz a los muertos o se estrellará, míster

O'Hara,

. M. Mac Person murió de un ataque al corazón. Muchas veces le dije lo que le ocurriría si no dejaba de beber. Al principio me hizo caso, pero después, cuando regresó Joe Keisler, empezó de nuevo y ahí tiene el resultado. Apenas si duró tres meses.

—*Whisky* mezclado con agua, ¿no?

—Sí. Al parecer, muy poca cosa, pero que a la larga le ha producido la muerte. ¿Algo más, míster

O'Hara,

?

La pregunta en sí encerraba una despedida y

O'Hara,

se preguntó el porqué de ello.

—No, nada más —fue lo que replicó, girando ya hacia la puerta.

Completamente en silencio, Murray le acompañó al exterior y allí le tendió la mano, que O'Hara, no vaciló en estrechar a pesar de las sospechas que anidaban ahora en su cerebro.

Después caminó lentamente por la escalera, pensando en las palabras de Murray, y pensando también en los motivos que Joe Keisler y Joel Mac Person habían tenido para abandonar al viejo, y mucho más, para regresar después.

Y en la clase de negocio que el primero parecía tener, negocio que ni M. Mac Person ni el propio Keisler habían querido explicar a nadie.

¿Lo sabría Ruth?

O'Hara, consultó su reloj.

Las cinco y cuarenta y cinco minutos. Fue entonces cuando por primera vez se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día.

¿Buscar un *snack bar*?

O'Hara, se dijo que no. Faltaban quince minutos para su cita con Ruth. Por lo tanto tenía que darse prisa.

Tomó el primer taxi que le vino a mano y se hizo conducir.

Faltaban cinco minutos cuando entró en el «Chester».

Tenía de todo. *Snack bar* pista de baile, en el centro de la cual danzaban algunas parejas, y mujeres.

Sobre todo mujeres.

O'Hara, miró a algunas y prefirió encaminarse directamente a la barra, y más si se tiene en cuenta que Ruth Keisler no había llegado aún.

Encaramado en uno de los altos taburetes, pidió un bocadillo de jamen, y cerveza, y esperó con los ojos fijos en las parejas que danzaban en la pista, hasta que la voz de Ruth, sonando a su espalda le hizo volverse hacia ella.

—¿Hace mucho que espera, míster

O'Hara,
?

—Acabo de llegar. Vamos, siéntese a mí lado, ¿quiere?

Con el semblante fosco, como siempre que hablaba con él, Ruth se encaramó sobre el taburete y al instante todo perdió interés para O'Hara,

Todo, como no fuera las puntillas de sus encajes blancos, sus magníficas piernas enfundadas en bien relleno nylon, que ella mostró casi con entera profusión durante unos cuantos segundos.

Luego se bajó un poco la falda, muy poco, encaró la barra y pidió un *whisky*.

Después le miró.

—Cuando acabe con ese bocadillo, si quiere, podemos irnos.

O'Hara,

miró a las parejas que bailaban.

—¿No le gustaría bailar un poco, *miss Keisler*?

Ella le miró atentamente durante un espacio de tiempo que a él se le antojó infinitamente largo.

Después replicó:

—¿Tantas ganas tiene de tenerme entre sus brazos, *míster*

O'Hara,

?

O'Hara,

bebió lentamente un largo sorbo de cerveza y a continuación replicó:

—¿Bailando? No, preciosa. Bailando no interesa. La invité, por si lo deseaba. Pero nada más.

—Me decepciona usted. Créame.

O'Hara,

terminó su bocadillo y su cerveza, pagó el *whisky* de ella y saltó del taburete.

—Cuando usted quiera, Ruth —dijo un tanto fríamente.

Ella abandonó también el taburete, pero ahora,

O'Hara,

no quiso mirar la maravilla de sus piernas de ensueño. Pero sí la miró a ella, sorprendido, cuando Ruth le tomó por un brazo.

Después, cuando las, miradas se encontraron, ella dijo:

—Ande, vamos a bailar.

Como siempre, sin replicar,

O'Hara,

la llevó hasta la pista y luego la enlazó por la cintura.

Ruth no protestó y se dejó llevar.

Así, en el más completo silencio, continuaron bailando por espacio de unos cuantos minutos hasta que ella rompió el silencio que reinaba entre los dos con una pregunta:

—¿No va a besarme, míster

O'Hara,

?

No replicó. Continuó moviéndose al compás hasta que terminó el bailable. Después, de nuevo fueron a la barra, donde tomaron un par de vasos de *whisky* y luego salieron de allí.

Fue ya en el interior del coche de ella cuando

O'Hara,

dijo, encarándola:

—Para odiarme como dijo, Ruth, se está comportando muy bien conmigo.

Sin replicar, Ruth embragó después de poner el coche en marcha.

Ya en medio de la calzada, sorteando el tráfico,

O'Hara,

volvió a la carga:

—A pesar de su odio, debo darle las gracias, Ruth.

—¿Por qué?

—Nadie me lo ha dicho, pero sé que fue usted la que me llevó a la clínica de la policía.

—Era un deber de humanidad, y un acto de conciencia.

—Un acto de conciencia, ¿por qué?

Ruth frunció el ceño y palideció un poco. Después replicó lentamente:

—Un asesino anda suelto dentro de la casona, míster

O'Hara,

. Ha matado a Madge y ahora intenta matarle usted de una forma solapada y cobarde. ¿Quién lo hizo? Hasta que no sepa la respuesta a esta pregunta auxiliarle en todo lo que le ocurra a usted será para mí un deber de conciencia.

Aquello daba pie a

O'Hara,

para formular unas cuantas preguntas, y no desaprovechó la

ocasión.

—Usted podría ayudarme si quisiera, Ruth —dijo.

Ella apartó unos segundos los ojos del tráfico de la calle y le miró fugazmente.

—¿Cómo? —preguntó.

—Contestando a unas cuantas preguntas que debo hacerle. ¿Puedo?

—Sí, si antes me dice qué ha venido a hacer a mí casa.

O'Hara,

masculló una imprecación entre dientes y luego replicó:

—Veo que no nos entenderemos, Ruth, y lo siento. Lo siento tanto por usted como por mí mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha dicho que dentro de la casona hay un asesino suelto, Ruth, y es verdad. Hay que descubrirlo como sea.

—Creo que no podré ayudarle.

—¿Por qué? ¿Porque tiene miedo a que sea su propio hermano de usted el que lo haya hecho?

—¡Míster

O'Hara,

!

Sin hacer caso de la exclamación, él replicó con una pregunta que sonó como un disparo:

—¿Por qué reñía su hermano con el viejo M. Mac Person, Ruth? Usted lo sabe, ¿no?

Ruth contestó a su vez con otra pregunta:

—¿Cuánto quiere por probar que Ally mató a Madge, míster

O'Hara,

?

O'Hara,

soltó un respingo sobre el asiento del coche. Después, cuando la sorpresa le dejó hablar, replicó:

—Ally me ofreció cincuenta mil dólares por protegerla, Ruth. ¿Puede usted dar más?

Ella guardó silencio durante unos cuantos minutos. Replicó cuando ya

O'Hara,

estaba seguro de que no lo haría.

—Eso es muy propio de Ally —dijo—. Cincuenta mil dólares. Una bonita fortuna. Por lo tanto, lo siento, pesquisa, porque yo no puedo llegar a tanto. Pero sé que ella la mató. Nadie pudo hacerlo sino Ally. Es ambiciosa. Mucho más que nosotros juntos. Por otra parte, ella se ha llevado menos parte que ninguno. Esto ha acrecentado su odio hacia toda la familia.

—¿También hacia Joe, Ruth?

—Deje a Joe en paz, míster

O'Hara,

. Mi hermano no la mató. Pero claro, seducido por los encantos de Ally, usted no ve más allá de sus narices. Siga así, cátese con ella, como ya le dije en cierta ocasión, y así ella tendrá una magnífica cortada para cuando la necesite.

—¿Se da cuenta que está lanzando una acusación muy grave contra Ally, Ruth?

—Sí. Lo sé. Pero eso es algo que no me importa ni poco ni mucho.

—¿Tiene pruebas de ello?

—Usted sabe que no. Por eso quería contratarle. Para, qué las buscara. Pero Ally ha sido mucho más lista que yo.

Hizo una pausa sin que

O'Hara,

la interrumpiera, y acto seguido arrimó el coche al bordillo de la acera. Lo detuvo y entonces agregó:

—Dejemos esto para después, míster

O'Hara,

. Ahora vamos a bailar.

Fue entonces cuando

O'Hara,

se dio cuenta de que ella había aparcado frente al «Columbia», uno de los clubs nocturnos más caros y elegantes de Yonkers.

Esbozó una sonrisa mientras se miraba en sus ojos brillantes. Después replicó en tono socarrón:

—¿Sabe una cosa, Ruth? Que para el odio que dicen sentir por mí me está dando toda clase de satisfacciones. ¿Por qué?

Ella golpeó con impaciencia el coche con el pie. Luego, abriendo ya la portezuela, replicó:

—No sé si estoy enamorada de usted o le odio desde el primer

día que le vi, mistar

O'Hara,

. Por lo tanto, vamos a dejar las cosas así. Pero no intente besarme, porque le partiré la cabeza aunque sea con el tacón del zapato.

Antes de que el asombrado

O'Hara,

hubiera podido replicar, ella abandonó el coche y entró en el «Columbia».

Tres minutos después,

O'Hara,

fue detrás.

CAPÍTULO X

Estaba deliciosa.

Como Ally, como Diana o como Eva, a la cual no había podido besar.

Desde la puerta,
O'Hara,
se dijo que era una lástima que una mujer como Ruth Keisler pudiera ser también una asesina.

Avanzó hacia ella.

Mirando de nuevo las puntillas blancas de sus encajes y las piernas, hermosas, enfundadas en caro y fino nylon, por debajo de la mesa en la cual se sentaba.

El escote de su vestido, y el nacimiento de sus senos. Su semblante hermético.

Pensó entonces en su odio o en su amor, y sonrió sin poderlo evitar.

Sin pronunciar una sola palabra,
O'Hara,
se sentó frente a ella. Casi al instante se presentó una camarera con menos ropa que las dos muchachas que en aquel entonces estaban actuando en la pista.

O'Hara,
la miró de pies a cabeza y en el acto pensó que sus piernas, enfundadas en medias de malla negra, eran muy capaces de producir un cataclismo en pleno Broadway neoyorquino.

—¿Qué van a tomar?

Antes de que pudiera decir algo, Ruth replicó:

—Dos «martinis», secos.

La camarera se alejó, y durante unos segundos,

O'Hara,
quedó con los ojos fijos en el suave ondular de sus caderas. Después volvió sus ojos a Ruth.

Ésta, al parecer impasible, se estaba mirando en el espejito del bolso, por lo que

O'Hara,
calló, esperando a que ella dijera algo, si es que verdaderamente lo deseaba.

Pero Ruth no habló hasta que la camarera se hubo ido de nuevo después de servirles los dos «martinis».

—Deseo bailar, Jim —dijo, llamándole por primera vez por su nombre.

O'Hara,
esbozó una sonrisa que ella no entendió hasta que le oyó replicar:

—Al parecer, ahora es usted la que desea que la tenga entre mis brazos, ¿no?

Los ojos negros chispearon bajo las finas cejas.

—Es usted un bruto, Jim —dijo.

Pero a pesar de su aparente enfado, se puso en pie cuando

O'Hara,
lo hizo para sacarla a bailar.

Después del bailable regresaron a la mesa, y fue entonces cuando

O'Hara,
pensó en algo. Y se maldijo en su interior por no habersele ocurrido antes.

—¿Quiere esperarme un poco, Ruth?

Ella arqueó una ceja.

—¿Puede decirme dónde va?

—A usar el teléfono, ricura.

—¿Una mujer?

O'Hara,
sonrió, un tanto divertido.

—No —replicó después—. Se trata de un hombre, monina. De un hombre al que quiero dar un encargo.

—¿Un encargo? ¿De qué se trata, Jim?

—Se lo diré después, querida.

Sin dar tiempo a que ella replicara,

O'Hara,
se aleje entre las mesas. Y ella frunció un tanto el ceño cuando vio cómo él miraba de nuevo las piernas de la camarera.

O'Hara,
regresó diez minutos después, y Ruth vio cómo se tambaleaba un poco. Se dio cuenta también de que su semblante estaba un tanto pálido, palidez que se acentuó cuando le tuvo junto a la mesa.

Pero no dijo nada, ya que apenas llegar,

O'Hara,
tomó el «martini» y lo apuró de un trago.

Después se sentó, mientras Ruth escrutaba su semblante, al parecer con un desusado interés.

—¿Se encuentra mal, Jim? —preguntó.

O'Hara,
hizo una mueca.

—No. No mucho. Siento un ligero malestar. Seguramente será producido a consecuencia del accidente. Estas cosas, que al principio parecen ser de poca monta, luego, un poco más tarde, es cuando verdaderamente le fastidian a uno.

Al parecer, un tanto inquieta, Ruth preguntó:

—¿Nos vamos?

—Francamente, no me gustaría hacerlo. Pero...

Ruth se puso en pie interrumpiéndole.

—Ande, vámonos —dijo.

O'Hara,
la imitó.

Se encontraba mal. Ésa era la verdad. El golpe recibido, al parecer sin consecuencias, ahora en frío, le estaba doliendo como mil demonios, tanto que, según propia opinión, y a pesar de lo que dijeran los médicos, no debía de tener un hueso sano en todo el cuerpo.

Seguido de Ruth, avanzó hacia la salida. Antes de llegar a ella se tambaleó un poco, y Ruth pasó su moreno y bien torneado brazo por su cintura.

Alcanzaron la calle y caminaron hacia el coche de Ruth. Pero no llegaron a él. Por lo menos,

O'Hara,
no llegó por su propio pie. Repentinamente le acometió un vahído y

se vino abajo.

Cuando Ruth se pudo desembarazar de su corpachón de gigante, estaba completamente rodeada de curiosos. Los encaró con una encantadora sonrisa en los labios.

—¿Quieren ayudarme a llevarle al coche? —preguntó—. Se ha dormido —sonrió de nuevo y agregó a guisa de disculpa—: A Ted siempre le sienta mal la bebida, y esta noche ha abusado un poco de ella.

Entre dos le llevaron al interior del coche, acomodándole lo mejor posible en la parte trasera. Ruth dio las gracias, puso el motor en marcha, pisó el embrague, lo soltó poco a poco, y el potente coche se puso suavemente en marcha.

Cuando despertó, en el interior de una habitación que no conocía, habían pasado muchas horas. Todas las de la noche y parte de las del día siguiente.

Ruth estaba allí, casi frente a él, y poniéndose las medias, sin recato alguno.

O'Hara,

la miró, pero ello no hizo caso, en vista de lo cual él comentó:

—Creo que voy a tener que llevarme esas piernas a, mi apartamento de Nueva York, Ruth.

Ella dejó caer la falda, se la levantó de nuevo para arreglarse la otra media y entonces replicó:

—Lo malo es que para llevarse mis piernas, también tendría que cargar conmigo. Si no es así, no sé cómo se las iba a componer, pesquisa.

—Sencillamente, haciendo lo que usted dice, Ruth; llevándola conmigo.

Ella terminó de arreglarse las costuras y luego se irguió frente a él con los senos alentando.

Se acercó a la cama y le miró fijamente.

—Apuesto a que me está proponiendo que me case con usted, ¿no?

O'Hara,

sonrió.

—Si fuera así, ¿qué contestaría, Ruth?

Ella giró en redondo y fue a la ventana. Permaneció mirando a la calle por espacio de varios segundos y luego replicó sin volverse:

—Hablando en suposiciones, le contestaría que sí, Jim.

—¿Y en la realidad?

—Le contestaría que esperara unas cuantas horas.

—¿Por qué?

Ruth se volvió, encarándole.

—No lo sé —replicó secamente—. No lo sé, Jim. Pero si eso es cierto, puede contarme como su prometida a partir de este momento. Lo único que le pido, y ya ve que no le tuteo, es que olvide esto hasta el final de todo.

Se acercó a la cama.

—Deme un beso si lo desea, Jim. Y conste que no voy a romperle el tacón del zapato en la cabeza.

Se inclinó sobre él buscándole la boca con verdadera desesperación. Luego, sin respiración con el rostro arrebolado, Ruth se separó de sus brazos y fue a sentarse en uno de los sillones, frente a él, pero no cruzó las piernas, cosa que

O'Hara,

lamentó de veras.

Por espacio de más de un largo minuto, ambos se miraron a los ojos. Finalmente Ruth sonrió levemente y después dijo:

—Estoy esperando, querido.

—¿Esperando el qué, ricura?

—Sus preguntas. Sé que está deseando hacerme un montón de ellas, ¿no? ¿Por qué no empieza entonces?

—¿Va a ayudarme, Ruth?

—Sí —replicó ella en un tenue susurro.

—¿Por qué?

—¿Y lo pregunta?

—De acuerdo, monina. ¿Quiere decirme en qué consistió el negocio que su hermano Joe tenía con tu tío?

Mirándole fijamente a los ojos, Ruth replicó:

—Quisiera que me creyera, Jim, cuando le digo que no lo sé.

O'Hara,

la miró dubitativo.

Después replicó lentamente, y lo hizo con otra pregunta:

—Su hermano y su tío bebían juntos muchas veces, ¿no?

—Sí —replicó ella—. Empezaron a hacerlo, a pesar de la prohibición médica, desde el mismo día en que Joe vino del

extranjero.

—Sé que era *whisky* mezclado con agua, monina. ¿Qué clase de agua?

—Agua de seltz, Jim.

—¿Sabe el nombre del fabricante?

Ella arqueó una de sus bonitas y finas cejas.

—No, Jim. Eso no lo sé. En Yonkers hay varias casas que fabrican toda clase de aguas carbónicas y de seltz —hizo una pausa y preguntó—: ¿Es importante?

O'Hara,

se encogió de hombros.

—Confieso que aún no lo sé. Confieso también que no sé tampoco por qué le he hecho esa pregunta.

—¿Algo más? —preguntó ella sin aparentar sorpresa por las últimas palabras de

O'Hara,

.

—Una y nada más, ricura. ¿Dónde he pasado la noche? Ruth soltó una alegre carcajada que contrastaba notablemente con la seriedad de la conversación anterior. —En mi apartamento, querido. En el apartamento que tengo alquilado aquí, en Yonkers, para cuando vengo— le miró atentamente y añadió, al cabo de unos segundos de silencio. —Cuando quiera, podemos irnos, Jim—. Dentro de unos minutos, preciosa.

Ella se puso en pie y retrocedió hasta la puerta. Desde ella, con la mano en el tirador de la misma, la miró fijamente, y después dijo:

—No me gustaría tener que destrozar a Ally y a Diana. Pero si veo que la besa, Jim, lo haré.

O'Hara,

no replicó porque no pudo. Ruth, al terminar de hablar, dio media vuelta y abandonó definitiva mente la habitación.

O'Hara,

se puso en pie. Al abandonar la cama, le acometió un vahído e hizo inauditos esfuerzos por neutralizarlo, cosa que consiguió a duras penas.

Unos minutos más tarde, un poco mejor, fue a la ducha. El agua, a pesar de que el cuerpo le daba miles de dolorosas punzadas, contribuyó grandemente a que sus dolores y su malestar se

amortiguara un tanto.

Un cuarto de hora más tarde, ambos estaban desayunando frente a frente, y en el más completo silencio. Silencio que rompió Ruth para preguntar:

—¿Nos vamos, Jim?

O'Hara,

se puso en pie, rodeó la mesa y se detuvo frente a ella. El brillo de sus ojos era inusitado, y Ruth lo vio. Pero no retrocedió. No hizo nada que pudiera significar una repulsa para él.

Se limitó a ponerse en pie y ofrecerle los labios. —Aprovéchese, ladrón— dijo mientras

O'Hara,

se inclinaba sobre ella —ya que no podrá hacerlo durante el tiempo que estemos dentro de la vieja casona.

Después le ciñó el cuello con los brazos y se abalanzó a ellos por espacio de mucho tiempo. Tanto, que cuando se separó de él, Ruth comprendió que ya nunca más podría pensar en otro hombre como no fuera en Jim

O'Hara,

.

Y mientras se arreglaba la ropa y el alborotado pelo, pensó que tenía miedo, pero miedo de Jim

O'Hara,

.

—Vámonos, Jim. Estoy deseando llegar.

—¿Tiene miedo?

Ruth esbozó una triste sonrisa.

—Sí, Jim. Tengo miedo que le maten —hizo una pausa y añadió —: He visto lo ocurrido con los frenos de su coche, y tengo miedo de que a la próxima ese loco asesino no fracase.

O'Hara,

procuró sonreír.

—Vámonos, y no piense más en el asunto —replicó.

Ella le tomó del brazo y unos segundos después, frente al volante, mientras

O'Hara,

se acomodaba a su lado, Ruth replicó:

—Lo siento, pero no puedo desentenderme de él, Jim.

O'Hara,
no replicó. Entrecerró los ojos, se retrepó contra el respaldo del asiento, relajó los músculos y se dedicó a pensar.

Sabía, estaba seguro de que Joe Keisler, el hermano de Ruth, era el asesino. Si no de Madge, la doncella, sí del viejo M. Mac Person.

En una época no lejana, Joe Keisler había abandonado la vieja casona. Un negocio tan fuerte, que logró interesar al viejo dueño de la casona, tanto como para obligarlas a beber en compañía del hombre que despreciaba, o si no que despreciaba, por lo menos, al hombre que no quería a su lado por ninguno de los conceptos.

¿Qué clase de negocio era aquél?

O'Hara,
no tenía ni la más ligera idea de él, pero, conociendo la tacañería del viejo M. Mac Person, se daba cuenta de que éste, si no estaba fuera de la Ley, bordearía los límites de la misma.

Después, a los pocos meses, cerca de tres, M. Mac Person moría dejando su mayor fortuna a uno de sus sobrinos. Precisamente a uno al que, en unión de Joel Mac Person, su hijo, no había querido nunca.

Mis tarde moría la muchacha, Madge la doncella.

¿Por qué? ¿Por buscar un papel con una lista de venenos cada uno de los cuales era por sí solo capaz; de provocar un ataque al corazón al hombre más fuerte, incluso a él mismo?

Repentinamente, cuando sus conjeturas iban camino de convertirse en una certeza para él, Ruth preguntó:

—¿En qué piensa, Jim?

—En usted, preciosa. Sé que voy a besarla de nuevo tan pronto como lleguemos.

Ruth sonrió levemente y a continuación replicó:

—Si lo hace, procure que nadie nos vea. No me gustaría en modo alguno, Jim.

Y él se preguntó por qué.

CAPÍTULO XI

Al atardecer alcanzaron la casona.

Tal y como se había prometido,

O'Hara,

, apenas llegar al garaje, y antes de que Ruth abandonara el coche, la tomó en sus brazos y la besó.

Después, y mientras ella lo colocaba en su sitio de costumbre,

O'Hara,

retrocedió lentamente y alcanzó la puerta principal de la finca.

Entró.

Lo hizo, y en el acto se detuvo en el umbral, con los ojos clavados en Joel Mac Person, Joe Keisler, Eva y Diana Mac Person, y Ally, que con las magníficas, piernas al desnudo, se encontraba un tanto apartada del grupo principal.

Pero aquello no era todo. El sargento Morgan, de la Brigada de Homicidios, también estaba allí.

Arrellanado en uno de los sillones, con una fría mirada en sus ojos, que les abarcaba a todos por igual, y que se puso en pie apenas vio a

O'Hara,

.

Avanzó a su encuentro y, mirándole fijamente, le tomó del brazo.

—Quiero hablar con usted,

O'Hara,

—dijo, aún con más frialdad que había en sus ojos—. Y ahora mismo.

O'Hara,

no se inmutó a pesar de que se estaba preguntando a qué se debería

la actitud del sargento para con él.

—¿Dónde? —Fue lo que preguntó.

—En la biblioteca, si no le molesta —replicó Morgan.

Con aquel simple deseo,

O'Hara,

recordó muchas cosas, algunas de las cuales le hubiera gustado olvidar.

—Cuando usted quiera, sargento —replicó.

Fueron.

Ya frente a frente, sin que ninguno de los dos se hubiera sentado, Morgan espetó:

—Me ha hecho correr un ridículo espantoso, míster

O'Hara,

—Explíquese; ¿quiere? Nunca llegué a comprender los crucigramas.

Morgan maldijo entre dientes y acto seguido continuó:

—Desenterramos el cadáver del viejo M. Mac Person.

¿Aún no lo comprende?

—

O'Hara,

arrugó el entrecejo. A decir verdad, empezó a comprenderle desde el primer momento en que Morgan le enfrentó, pero no deseaba decirlo en modo al gimo.

Por lo tanto, replicó:

—Confieso que no, sargento.

¡Cuernos! ¡Pues es usted aún más imbécil de lo que creía, míster

O'Hara,

! Al viejo M. Mac Person, tal y como usted quería y bajo mi absoluta responsabilidad se le ha practicado la autopsia. ¿Sabe lo que hemos encontrado? ¡Nada! ¡Nada, míster

O'Hara,

! Y por su culpa. ¡No vea cómo se han puesto conmigo los del Departamento!

O'Hara,

achicó los ojos.

Pensaba velozmente, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que nada podía decir.

¡Nada!

Se le hacía dura la palabra. Demasiado dura. En ella había basado la mayoría de sus hipótesis, y ahora, con una simple palabra, el sargento Morgan venía a destrozarlas por completo.

Durante unos segundos no supo lo que decir. Por su imaginación pasaron las palabras que el viejo doctor le dijera no hacía muchas horas. No, Murray no conocía un solo veneno que no dejara más o menos huella en el organismo de la persona muerta.

El, un profano, se permitía dudar de ello. ¿Es que estaba loco?

—¿Está seguro, sargento? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Morgan soltó una tenue y corta carcajada.

—¡Claro que lo estoy! —replicó después y en tono seco—. No pretenderá usted saber más que nuestro forense, ¿verdad? —hizo una pausa y añadió—: Mire, «pesquisa», en este mundo, todos nos equivocamos. Usted es uno de los mejores investigadores privados que yo he llegado a conocer. También el más limpio. Por eso me duele lo ocurrido. Por eso lamento que haya fracasado ahora, O'Hara,

, pero alguna vez tenía que ser.

Sin replicar,

O'Hara,

extrajo del bolsillo la pitillera que a continuación ofreció al sargento.

Luego, cuando las volutas de humo empezaron a ir hacia el techo, replicó, y lo hizo con una pregunta. Con lo único que podía contestar:

—¿Qué sabe del asesinato de Madge, sargento?

El rostro del de la Brigada de Homicidios se nubló.

—Tanto como usted, a no ser que dentro de las veinticuatro horas haya podido averiguar algo más,

O'Hara,

.

No sonrió. Su rostro no se alteró tampoco cuando replicó, consciente de que el sargento Morgan le iba a tomar por loco:

—No he averiguado nada más, pero tengo la completa seguridad de que este asesinato tiene mucho que ver con la muerte del viejo M. Mac Person.

La respuesta de Morgan tardó un escaso segundo en producirse y fue precisamente la que él esperaba.

—Usted está loco,

O'Hara,

Sonrió.

Es lo único que podía hacer.

Era lo único que podía decir, ya que cualquier pregunta por parte del sargento Morgan no tenía respuesta posible.

¿Qué podía decir él? ¿Qué explicación podía dar? Ninguna. Nada, Lo mismo que minutos antes había dicho Morgan.

¡Nada!

Y se adelantó a cualquiera de ellas preguntando a continuación:

—¿Encontró mi automática, sargento?

El aludido hizo una mueca que nada quería decir y acto seguido replicó:

—No. Antes de que usted llegara, varios de mis hombres han registrado esta casona de cabo a rabo, pero no han conseguido otra cosa que ponerse en evidencia delante de los miembros de este clan, o de estos dos clanes, si es que quiero expresarme con entera corrección.

O'Hara,

, con el ceño fruncido, fumó en silencio mientras que su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

Finalmente tiró al suelo la punta del cigarrillo y preguntó:

—¿Ha averiguado la clase de negocio que tenía Joe Keisler y dónde, sargento?

La sonrisa de Morgan era sucia cuando replicó:

—Le he preguntado, pero no he podido sacar nada en claro,

O'Hara,

—¿Por qué? ¿Qué es lo que aduce míster Keisler?

—Muy poca cosa,

O'Hara,

. Keisler dice que inventó un cuento con ánimo de interesar a su tío, que le odiaba simplemente por el hecho de que él nunca se doblegó a sus exigencias.

—¿Y le ha creído usted?

—No, pero no tengo otra cosa. Por otra parte, Joe Keisler ha podido decir la verdad. Según él, pasó mucho tiempo en Nueva York trabajando en diferentes oficios hasta que un amigo le dijo cómo tenía que comportarse con su tío. Parece que este amigo le aconsejó que lo mejor que podía hacer con el viejo, ya que éste era tacaño en extremo, y ya que le gustaban los dólares sin pensar en el modo ni en la forma de ganarlos, era interesarle en un negocio. Y al parecer, salió tan bien, que M. Mac Person le legó la mayor parte de su fortuna, cuando, bien mirado, era su hija Diana, quien debía heredarla, ¿no?

Antes de que
O'Hara,
pudiera replicar a su larga parrafada, Morgan añadió:

—Pero dejemos esto,
O'Hara,
. Yo mismo no he querido ahondar en ello, ya que la muerte del viejo es completamente natural. —Hizo una nueva pausa al cabo de la cual preguntó—: ¿Alguna otra pregunta,
O'Hara,
?

Éste denegó con la cabeza, lo que motivó una sonrisa de suficiencia en Morgan, que

O'Hara,
, si bien calló, no dejó de ver, íntimamente mortificado.

—¿Qué me dice de la lista de venenos? —preguntó después.

La misma sonrisa de suficiencia brilló en la boca de Morgan. Luego replicó:

—¡Bala! Se trata de una simple casualidad,
O'Hara,

. Claro que esa lista existe, y cierto también que usted vio a una mujer entrar en la biblioteca, e incluso tocar los libros de una de las estanterías. Pero eso no dice nada. Cualquiera puede escribir una lista de venenos si así le place, si después no se descubre que una persona ha sido envenenada. Por otra parte, tal vez esa mujer, la de la biblioteca, se asustó al oírle entrar y por eso se marchó usando una puerta contraria a donde usted se encontraba. Una explicación lógica, ¿no,
O'Hara,

?

O'Hara,

permaneció pensativo irnos cuantos segundos, y después replicó:

—¿Usted lo cree así, sargento?

—¡Claro! ¿O es que usted tiene una nueva versión de los hechos?

O'Hara,

no hizo caso a la ironía del sargento y contestó con una pregunta.

—¿Quiere decirme entonces por qué mataron a la doncella?

Morgan entrecerró los ojos. Tragó saliva, soltó una maldición y finalmente dio la respuesta:

—Confieso que no lo sé, y que esto es lo único que me trae de cabera.

O'Hara,

replicó de nuevo, esta vez lleno de ironía:

—Ahora soy yo el que creía que usted tenía algo entre ceja y ceja respecto a ese asesinato. Lamento haberme equivocado.

—¿Se está burlando de mí?

La respuesta de

O'Hara,

sonó en tono convincente.

—Nada de eso, sargento. Simplemente quiero darle a entender que yo no soy de su opinión. Eso es todo.

Hizo ademán de ir hacia la puerta, pero: Morgan le atajó.

—Explíquese,

O'Hara,

—dijo—. ¿Qué significan sus palabras?

O'Hara,

sonrió.

—Aún no lo sé con exactitud, sargento. Se lo diré dentro de poco, si usted sigue mis indicaciones.

Morgan le miró pensativamente y acto seguido replicó:

—¿Qué es ello, si puede saberse?

Muy lentamente, como recreándose al hacerlo,

O'Hara,

le explicó el plan que se le acababa de ocurrir. Cuando terminó, Morgan hizo un extraño movimiento de cabeza.

Finalmente replicó:

—Eso es lo más descabellado que he oído,
O'Hara,

—Lo sé. Pero tenga en cuenta una cosa, sargento; tenemos que movernos o esto se convertirá en uno de esos casos sin solución. Usted, si lo desea, al cabo de cierto tiempo, puede dar el carpetazo al asunto, pero yo no lo haré. Por eso pido su ayuda.

—Pero eso... Comprenda usted que...

—Le repito que ya lo sé, sargento. Todo lo que usted pueda decir ya me lo he dicho yo. ¿De acuerdo?

Morgan sacudió la cabeza, le miró dubitativo durante unos segundos y a continuación replicó:

—Lo haremos,

O'Hara,

. Pero tenga en cuenta una cosa; que si sale mal, tal y como ha salido lo del difunto M. Mac Person, haré lo posible para que le quiten a usted su licencia profesional. ¿Comprende lo que quiero decir?

O'Hara,

asintió silenciosamente con un leve movimiento de cabeza y luego avanzó hacia la puerta.

Por lo menos ésta fue su intención, ya que fue interrumpido de nuevo, pero ahora el encargado de hacerlo no fue el sargento Morgan, sino los discretos golpes que sonaron en la puerta de la biblioteca.

Casi en el acto esta se abrió enmarcando en el umbral la deliciosa figura de Eva Mac Person, llevando unos *shorts* y una sencilla blusa.

Al mirarla,

O'Hara,

estuvo a punto de rascarse la cabeza, con ademán harto perplejo.

Ally y sus piernas. Diana y las suyas, Ruth, y ahora Eva.

Era demasiado, tres mujeres para un hombre solo.

Y ya no tuvo tiempo de pensar en nada más, ya que Eva avanzó hacia él llevando en sus deliciosos y gordezuelos labios una sonrisa prometedora.

La comida está hecha, y esperando, Jim —dijo sin darle tratamiento alguno mientras se prendía de su brazo ante la mirada

un tanto socarrona del sargento Morgan—. Vamos —miró a Morgan y añadió—. Le invito también a comer con nosotros, sargento. Pero, por favor, no hablemos de crímenes durante la misma.

Morgan fue a replicar algo, pero
O'Hara,
se adelantó a él.

—Creo que no habrá más remedio, Eva —dijo—. Ayer, cuando fui a Yonkers...

Ella le interrumpió con una brillante sonrisa en sus rojos labios.

—Por favor, Jim —replicó—. Sé todo eso. Ruth nos lo ha dicho mientras usted hablaba con el sargento. Y es horrible. Es como una tela de araña que nos envolviera, que nos esté envolviendo a todos para acabar con nosotros. —

O'Hara,
notó cómo se estremecía mientras continuaba, hablando—. Escuche, Jim; ¿no podemos dejar esto, por lo menos hasta después de comer? Podemos tomar el café aquí mismo, y entonces hablar. —Encaró al sargento y preguntó—: ¿No le parece a usted, míster Morgan?

El aludido miró a

O'Hara,
, después a ella, que no se soltaba del brazo del privado, y entonces replicó:

—Eso es míster

O'Hara,
quien debe decirlo. No olvide, *miss* Mac Person, que si vive es de milagro. Alguien, ya que la policía lo ha comprobado, anduvo con los frenos del coche de míster

O'Hara,
, sabiendo que tenía el noventa y nueve por ciento de probabilidades a su favor, de que se estrellara en esa maldita carretera.

El rostro de Eva se nubló.

—Lo sé, sargento —replicó—, pero mi deseo sería éste. Quisiera que la comida transcurriera en...

—No se preocupe, Eva —interrumpió

O'Hara,
—. Por mí parte, será como usted quiere.

Mía tiró de él hacia la puerta. Atravesaban el umbral, cuando

pudo deslizarse a su oído, sin que el sargento Morgan la oyera:

—Deseo hablar con usted, Jim, Procure verme esta noche.

O'Hara,

no replicó. ¿Para qué? Pero se estaba diciendo que Ally también había expresado aquel deseo para aquí mismo día. Para aquella noche.

«En el jardín o en mi dormitorio» fue lo que dijo.

CAPÍTULO XII

O'Hara,
paladeó lentamente su taza de café mientras miraba a los reunidos: Joel Mac Person, Joe Keisler, Eva, Ruth, Ally, Diana y el sargento Morgan.

Encendió un cigarrillo y entrecerró los ojos. No sabía cómo comenzar. Es decir, sí que lo sabía. De lo que no estaba seguro era de si enfocaría bien la cuestión.

Antes de decidirse a hablar pensó en Eva y en las miradas que tanto Ally, Diana y Ruth le lanzaron cuando la vieron del brazo, de la muchacha.

Recordó también la comida en el transcurso de la cual apenas si habían pronunciado palabra, y pensó en el hombre al que había telefonado pidiendo datos de los dos primos, durante la estancia de éstos en Nueva York.

O'Hara,
no sabía para lo que serviría aquello. No tenía ni la más ligera idea, pero comprendía que tal vez, por una rara casualidad, averiguara algo que le orientara entre el caos que había en su cerebro.

Sin dejar de pensar,
O'Hara,
miró a los dos primos. Estaban sentados muy juntos, bebiendo el café a pequeños sorbos y sin pronunciar una sola palabra.

Por su parte las cuatro muchachas, que con los *shorts* competían calladamente a ver cuál de ellas mostraba mejores piernas y con más profusión, también se mantenían calladas, pero con la vista fija en él.

Finalmente
O'Hara,

se decidió a romper el silencio, sabiéndose respaldado por el sargento Morgan.

—Quisiera hacerle una pregunta, míster Keisler —dijo fríamente.

Keisler levantó la mirada del fondo de la taza de café y le miró. Luego clavó la vista en los demás, y de nuevo la fijó en O'Hara.

Entonces replicó:

—¿Una nada más, míster

O'Hara,

?

—Por ahora sí, aunque eso dependerá de usted.

—¿Qué quiere decir?

Sin hacer caso de aquella pregunta,

O'Hara,

formuló la suya.

—¿Qué clase de negocio tenía usted con su tío, míster Keisler?

Éste miró a Morgan, y sin apartar los ojos del sargento, replicó fríamente:

—Mi tío ha muerto ya, míster

O'Hara,

. Por lo tanto nada tengo que decir a nadie sobre mis negocios, ya que éste fue en extremo legal. Si no es así, creo que en su momento ya le di una explicación al sargento.

—¿Se refiere a que usted engañó a su tío con objeto de que éste testara más a su favor que a persona alguna de su familia?

Casi en el acto, Joel Mac Person se puso en pie encarando a su primo. Antes de que éste pudiera continuar con alguna cosa, u

O'Hara,

añadir algo más, espetó.

—¡Perro bastardo! Conque hiciste eso, ¿no?

Joe Keisler ni se inmutó siquiera. Desde el sillón que ocupaba miró a su primo y replicó con absoluta tranquilidad:

—Tu padre siempre fue un tacaño, Joel, y tú lo sabes tan bien como yo. Por lo tanto, ¿de qué te asombra?

Joel dio un paso hacia él, pero Diana se puso en pie colocándose acto seguido entre los dos.

—Por favor, Joel...

Éste la atajó con un gesto, enfrentó a
O'Hara,
y pidió secamente:

—Continúe, «pesquisa». Creo que va a ser interesante esta conversación.

Pero se sorprendió cuando
O'Hara,
le preguntó a bocajarro:

—Desearía que me dijera qué relaciones le unía a Madge, míster Mac Person.

Éste se puso instantáneamente en guardia, cosa que no pasó inadvertida para Morgan.

—No creo que le importe mucho, Mi vida privada me pertenece a mí por entero. Por otra parte, usted no es nadie para interrogarme. El único que tiene poderes para ello es el sargento Morgan, y ya lo ha hecho.

O'Hara,
fue a replicar, pero se adelantó Ally después de descruzar sus hermosas y desnudas piernas.

—Creo que estás en un error, querido primo —dijo—. Míster O'Hara,
ha sido contratado por mí para que descubra al asesino o a la asesina de la pobre Madge.

Durante unos segundos, Mac Person no supo qué decir. Después miró alternativamente a Ally y a

O'Hara,
, y luego replicó:

—Eso tampoco cambia las cosas, Ally. Si mistar O'Hara,
tiene algo contra mí que lo diga y lo sostenga frente a un tribunal. Si no es así...

Eva le interrumpió con una risita y él se volvió hacia ella con el semblante ceñudo.

Pero no logró hacerla callar, si es que verdaderamente ésa era su intención, ya que ella dijo:

—Pero, querido, ¿por qué no le dices a míster O'Hara,
que Madge, entre otras cosas, también era tu amante?

Joel Mac Person soltó una maldición, dio media vuelta y se sentó en el sillón que ocupara anteriormente. Después replicó con voz ronca:

—Eso es algo que a ti no te importa ni poco ni mucho, hermanita. En cuanto a Ally, no me sorprende que haya contratado a un privado de la fama de míster

O'Hara,

. Sé que ella es la asesina. Por eso paga un precio, por protegerse ella...

Ally se puso en pie de un salto y lo enfrentó.

—Eres un perro bastardo, Joel Mac Person. Eres lo mismo que era el cerdo de tu padre. ¿Quién nos dice que no has sido tú el que le has matado? Me odias, ¿verdad? ¿Por eso dice que fui yo? ¡Eres... un...!

La risotada de Joel Mac Person la interrumpió. Luego fueron sus venenosas palabras.

—¿Acaso no digo la verdad, Ally? Sé, porque Eva te vio, que el otro día, la otra noche, mistar

O'Hara,

salió de tu habitación. ¿Qué hacía en ella? ¿Contarte un cuento de miedo?

Ally dio un paso al frente sin replicar. Movié el brazo, y la bofetada estalló en el interior de la biblioteca con el mismo ímpetu que un disparo.

O'Hara,

no se movió. Ni siquiera lo hizo cuando lo demás se levantaron para anteponerse entre Ally y Joe.

Filosóficamente, esperó a que pasara el tumulto, sólo entonces, cuando la calma renació de nuevo, hábil lentamente, dejando caer una a una las palabras.

Y al hacerlo, todos, y sobre todo Ruth, se dieron cuenta que tuteaba a Ally.

—¿Quieres responderme a una pregunta, Ally? —preguntó.

Ella, sentada ahora, descruzó la maravilla de sus desnudas piernas y replicó:

—¿Por qué no, querido? Joel dice que tú y yo somos...

Se interrumpió cuando

O'Hara,

hizo un perentorio movimiento con la mano.

—Presta atención, Ally. Aquí, hasta ahora, hemos estado hablando de Madge, vuestra doncella. Sin embargo, tú parece entender que el viejo M. Mac Person fue asesinado. ¿Por qué?

Ally se encogió de hombros. Después replicó con la misma lentitud que

O'Hara,

empleaba para hacer su pregunta:

—¿Te extrañas de ello? Pues yo no, querido. De nada de lo que ocurra en esta casa me extraña. Todos nos odiamos, amor. Todos. Incluso Joel tiene celos de lo que pueda haber entre tú y yo, el muy cerdo. Para que lo sepas, te diré la verdad. M. Mac Person era un cerdo. Un sucio tacaño. Siempre había tratado a sus hijos con la punta del pie. Mucho peor que trataba a los criados de la casa, los cuales tuvieron que irse poco a poco. La única que quedó en la casa fue Madge y porque se entendía con Joel. Y luego, éste me acusa a mí. —Hizo una pausa, mirándonos a todos, de uno en uno, y acto seguido agregó—: Uno de nosotros le mató. Y para descubrir al que lo hizo, estoy dispuesta a pagarle a míster

O'Hara,

cincuenta mil dólares.

Joel Mac Person rió de nuevo interrumpiendo a Morgan cuando se disponía a replicar. Después, y también sin darle tiempo a ello, preguntó burlonamente:

—¿Vas incluida tú misma en esos cincuenta mil dólares, Ally?

—¿Y por qué no, Joel? —replicó ella sin descomponerse. Quiero a Jim, aunque tú y los demás penséis todo lo contrario.

Fue Diana, con los ojos brillantes, la que intervino ahora.

—¿No será que tú le mataste, Ally, tanto a mí padre como a Madge, y ahora quieres seducir a míster

O'Hara,

con tus encantos y tus dólares para que no vea más allá de tus narices?

Ally no replicó de momento.

Tanto

O'Hara,

como Morgan se daban cuenta de que estaba pensando en la respuesta que debía dar, y que dio mucho antes que ninguno

pudiera darse cuenta de su vacilación.

—Puede que lleves razón, Diana —replicó—. Pero eso, ni tú, ni nadie, ni el propio sargento Morgan puede decir nada, ya que nadie lo sabe con seguridad. Por eso, para que lo descubra, pago un montón de dólares a míster

O'Hara,

, como tú le llamas, querida. En cuanto a mí, Jim sabe que no tiene nada más que buscarme.

Dio media vuelta y sin mirar a nadie, se alejó rápidamente.

Fue entonces cuando

O'Hara,

rompió a hablar, mirándoles a todos, pero encarando finalmente a Eva:

—¿Cómo saben ustedes que M. Mac Person fue asesinado?

La réplica la dio Joe Keisler poniéndose violentamente en pie.

—Escuche, míster

O'Hara

—dijo fríamente—; míster M. Mac Person murió de un ataque al corazón. ¿Comprende? Por lo tanto, ninguno de nosotros vamos a hacer caso a los histerismos de una mujer como Ally. Si está loca, que la encierren.

O'Hara,

le enfrentó abiertamente, mientras que el sargento Morgan volvía el rostro hacia otro lado como si no deseara oír lo que éste iba a decir.

—Creo, míster Keisler, que Ally no está loca, ¿me entiende usted?

Su tío fue asesinado. Murió envenenada Madge lo sabía y por eso la mataron también —desvió los ojos hacia Joel Mac Person, que se había levantado impulsivamente, y añadid—: Cualquiera de ustedes pudo hacerlo. Digo cualquiera para no acusar al asesino. Sé quién lo hizo, pero no puedo acusarle abiertamente, ya que carezco de pruebas. Eso es todo.

Se levantó del asiento que ocupaba, encaró al sargento Morgan y agregó:

—Vamos fuera, sargento. Aquí hace bastante calor.

Abandonaron la biblioteca sin esperar la réplica de ninguno de ellos, y ya en el pasillo, Morgan le encaró:

—¿Quiere decirme qué ha conseguido con esa burda mentira,

O'Hara,

?

Éste no replicó de momento. Se limitó a sacar la pitillera, que pasó al sargento. Después tomó un cigarrillo de la misma, y lo encendió, mientras Eva abandonaba a su vez la biblioteca, pasando por su lado sin decir palabra, pero moviendo de forma diabólica sus espléndidas piernas.

Luego, cuando ya el humo estuvo en el aire y mis ojos se apartaron de las piernas desnudas de Eva,

O'Hara,

replicó:

—Fue una finta como ya le expliqué. Por lo tanto, toda pregunta...

—¡Lo sé,

O'Hara,

! Como también sé que ahora le matarán.

El rió levemente, yendo ya hacia la puerta de la casona.

Pero antes de llegar, Eva corrió hacia él moviéndose como una ninfa o una bailarina, sobre las punteras de sus diminutos pies, carentes de medias.

—Le llaman al teléfono, míster

O'Hara,

.

Se detuvo para mirarla. Acto seguido preguntó:

—¿Quién es, monina?

Eva frunció el ceño. Posiblemente, habiendo oído lo de Ally, no le gustaba el piropo en boca de

O'Hara,

. Pero replicó:

—No lo sé, Tampoco me Importa, míster

O'Hara,

Ahora bien, es una voz de hombre, y me ha dicho que es importante. Está esperando.

O'Hara,

miró al sargento Morgan, éste se encogió de hombros, en vista de lo cual optó por seguir detrás de Eva hasta donde estaba instalado el teléfono.

La miró, mientras tomaba el auricular, pero el rostro de la

muchacha estaba completamente impasible.

—¿

O'Hara,

...?

Reconoció la voz al segundo.

—Sí. Yo mismo. ¿Qué hay de nuevo?

Calló mientras Eva le miraba silenciosamente, con los senos alentando a causa de la contenida respiración, pero poco pudo averiguar, ya que

O'Hara,

se limitó a escuchar por espacio de varios minutos.

Luego ella le oyó preguntar:

—¿Estás seguro?

Y a continuación vio como el rostro de

O'Hara,

se iluminaba en una sonrisa.

—De acuerdo, muchacho.

Colgó y acto seguido la encaró:

—Esto marcha, *miss* Mac Person —dijo—. Creo que dentro de poco habré terminado con esta pesadilla que consume a todos.

La muchacha no replicó. Se limitó a seguirle hasta donde estaba el sargento Morgan, que no se había movido de su sitio.

—¿Algo nuevo,

O'Hara,

? —preguntó apenas verle.

—No. Era una amiga —mintió con todo cinismo—. Me olvidé de una cita y no tengo más remedio que acudir a ella. ¿Puede llevarme a Yonkers?

Morgan se dio cuenta de que anteriormente Eva había dicho que era un hombre el que preguntó por él, y ahora

O'Hara,

decía que era una mujer, pero calló.

—Claro que sí —fue la respuesta que dio después de hacerse interiormente esta reflexión—. ¿Nos vamos?

O'Hara,

asintió en silencio y ambos, sin despedirse de Eva, cruzaron el *hall* y alcanzaron la puerta de la calle. La cruzaron.

Fuera, en la escalinata, junto al coche del sargento, se

encontraba Ruth. Una Ruth con los ojos centelleantes y los pujantes senos alentando trabajosamente.

O'Hara,

, nada más verla, comprendió que estaba furiosa. Entonces recordó a Diana y a Ally. Ruth tenía razón. Pero no lo dijo.

Como si tal cosa, como si no la hubiera visto, avanzó en pos del sargento Morgan. Éste se detuvo al lado de su coche, extrajo del bolsillo las llaves y abrió la portezuela.

Fue entonces cuando Ruth preguntó, a espaldas de los dos:

—Si tiene que volver, míster

O'Hara,

, puedo prestarle mi coche.

Se volvió para mirarla.

Durante unos segundos los ojos de los dos chocaron como dos puñales. Después ella los desvió y entonces

O'Hara,

dijo secamente:

—Si tengo que volver, *miss* Keisler, lo haré en mi taxi.

Casi al instante, Ruth dio media vuelta y caminó apresuradamente hacia la puerta de la casona.



—¿Quieren ayudarme a llevarle al coche?

O'Hara, no quiso mirarla mucho, ya que mareaba. Desde los pies a la cabeza, pasando por sus magnífica y desnudas piernas.

Por lo tanto, optó por entrar en el coche-patrulla sin volver la vista atrás.

Unos cuantos minutos después, en el más completo silencio,

ambos rodaban hacia Yonkers a buena velocidad.

Y no hablaron hasta estar dentro de la ciudad, y fue O'Hara,

quien rompió el silencio reinante entre los dos.

—¿Puede dejarme allí? —preguntó.

Extendió el brazo señalando uno de los muchos letreros luminosos que había en la calle.

Sin replicar, Morgan ladeó el volante y el coche, obedeciendo su mandato, se arrimó al bordillo de la acera.

O'Hara,

descendió de él, cruzó la acera después de despedirse del sargento, y entró en el *snack bar*. Pero no tomó nada. Se dirigió a la barra, pero fue para preguntar dónde estaban los lavabos.

El barman se lo indicó, pero

O'Hara,

tampoco entre en ellos. Se limitó a pasar frente a la puerta, buscando la salida posterior del establecimiento.

Tres minutos más tarde, alcanzaba la calle trasera pensando que frente a la puerta del *snack bar*, él sargento Morgan esperaba vanamente a que él abandonar el establecimiento.

Buscó un taxi, que no tardó en encontrar. Una vez dentro de él, O'Hara,

dio la dirección y acto seguido se retrepó contra el respaldo del asiento.

Cerró los ojos.

Estaba pensando en lo que le dijo por teléfono el hombre al que contrató no hacía muchas horas, y en presencia de Ruth.

Una contrata, que a pesar de ser cara, había dado un fruto que no esperaba, aunque muy bien podía estar equivocado en sus apreciaciones.

Pero si no era así, ya sabía quién era el asesino.

Sonrió suavemente mientras el taxi continuaba rodando sobre el asfalto.

CAPÍTULO XIII

Tres cuartos de lora después, O Tiara abandonó el taxi media cuadra antes de llegar al lugar donde se proponía.

Pagó, dando una buena propina, y después caminó lentamente por la cera. Pensaba.

Lo hacía en dos hombres. En el detective privado que contrató por teléfono para que siguiera en Nueva York las huellas de los dos primos.

Como había pensado muchas veces, éstos habían abandonado al viejo Mac Per son durante una larga temporada, y luego, con intervalos de meses, ambos habían regresado al seno de la familia.

¿Por qué?

O'Hara,

no lo sabía. Tampoco podía creer que el viejo hubiera sido asesinado, ya que el sargento Morgan le había desengañado de ello, Pero quedaba Madge.

Una preciosa doncella, con todo lo que una doncella debe tener y mucho más. Tanto como para no tenerle envidia a Ally ni a las otras tres, ya que le sobraba.

¿Por qué había muerto?

O'Hara,

creía saberlo. Estaba seguro de que la lista de venenos había tenido mucho que ver en ello.

Ahora, según sus nuevas sospechas e ideas,

O'Hara,

creía que Madge había intervenido en el intento de eliminar al viejo. Esto no se había llevado a efecto, bien porque no hubo lugar a ello ya que Mac Person murió antes. También por miedo u otra cosa análoga, pero que había redundado en perjuicio de la doncella.

Ésta, tal vez, había intentado después hacer chantaje a su amante o al hombre, o mujer que concibió la idea del asesinato.

Ella era la única que sabía dónde se encontraba la lista de venenos escrita por la mano del asesino. Su llegada a la casona había precipitado las cosas, ya que todos sabían que él era un detective privado.

Temerosa, cuando supo su llegada, fue a buscarla. No pudo hacerse con ella, y a que el la sorprendió en el intento. Claro es que su cómplice en el intento de asesinato al viejo no sabía esto, y por eso la mató. Porque la creía en posesión de aquel papel, que, según las leyes vigentes, no servía para nada, ya que el asesinato no se había consumado.

Existía, sí, el pensamiento de hacerlo. Pero por un pensamiento más o menos canallesco, nadie iba a la cámara de gas o a la silla eléctrica. Esto era una equivocación del asesino, que ahora sí que le iba a costar sentarse en la tostadera, y por haber asesinado a Madge.

Irónicamente, y mientras continuaban avanzando por la acera, O'Hara, se dijo que para ser un asesino, o un aspirante a asesino, se debían estudiar las leyes vigentes.

Había cometido un acto que si posteriormente no tenía consecuencia alguna, ahora sí que la iba a tener.

Dos nombres palpitaban en su cerebro mientras continuaba avanzando.

El de un hombre y el de una mujer.

Ambos, unidos a las cuatro mujeres que había dejado atrás, convertían sus pensamientos en algo de apocalíptico.

Finalmente se detuvo.

Levantó la vista y miró el número que había encima del portal.

El 5490.

Allí estaba.

O'Hara, miró la cancela de hierro. Una cancela que jamás se cerraba. Por lo tanto, la empujó. Entró en el portal después de entornarla a su espalda y buscó el interruptor de la luz.

La encendió.

Hecho esto, caminó hacia el ascensor. Se introdujo en él y pulsó

el botón correspondiente al tercer piso.

El pasillo. La puerta trece.

Miró el botón del zumbador y vaciló unos cuantos segundos. Los que tardó en encender un cigarrillo y consultar su reloj de pulsera.

Las once de la noche. Posiblemente Magda aún no había salido a la calle en busca de cualquier amor pasajero.

Y, a Marta Lorraine no le hacía falta.

O'Hara,

lo sabía, como sabía muchas cosas de ella. Magda Lorraine era la dueña absoluta de aquel edificio de apartamentos.

Magda Lorraine era una buscona entre otras cosas, pero a él no le decía nada aquella palabra más o menos altisonante. De ella, sólo le interesaba una cosa. La llave del apartamento de Larry Stephen, el hombre que había tenido un negocio en común con Joe Keisler, cosa que era un decir.

Pulsó el botón con el oído pegado a la madera de la puerta.

Oyó sus tenues pisadas. Algo así como un murmullo de pies descalzos. Y no se equivocó. Magda Lorraine estaba descalza y era rubia.

Un portento de mujer, de irnos treinta años de edad, o tal vez un par menos.

Pero eso no hacía al caso. Debía de haberse levantado de la cama y estaba... Bueno, según los pensamientos de

O'Hara,

, mareaba tanto como si Ally, Eva, Diana y Ruth juntas se hubieran fundido en una sola persona.

Ojos verdes brillantes como los del diablo, opulentos senos, erectos y desafiantes, y con unas extremidades que le hicieron pensar en muchas cosas.

Ella fue la primera en hablar después de arquear levemente una de sus finas y bien cuidadas cejas.

—¿Desea un apartamento?

O'Hara,

pensó rápidamente. Conocía sobradamente aquel tipo «standard» de rubia y replicó:

—Claro, monina; y más si se tiene en cuenta que usted es la dueña.

Como esperaba, se apartó de la puerta para dejarle pasar. Lo

hizo rozándola y su sangre se encendió como la pólvora.

Magda cerró a su espalda, luego ES volvió para mirarle y dijo a continuación:

—Venga conmigo. Hablaremos cómodamente.

Llevaba razón. Se estaba cómodo, y no por los sillones que había en el *living*, sino por ella misma. Ella, que hablaba de comodidades y otras cosas más.

—Siéntese, ¿quiere?

Antes de que

O'Hara,

pudiera hacerlo, lo hizo ella en uno de los sillones y acto seguido se retrepó en él. Levantó, las piernas, la especie de mosquitera que llevaba puesta se abrió a ambos lados de su cuerpo;

O'Hara,

cerró los ojos al instante.

Pero cuando los abrió, el espectáculo continuaba, por lo que optó por clavar los ojos en la ventana que ella tenía detrás.

Magda sonrió al darse cuenta de ello, y continuó sonriendo cuando preguntó:

—¿Muy grande el apartamento, míster...?

O'Hara,

Vaciló unos segundos antes de replicar. Pero cuando lo hizo, aun sabiendo a lo que se exponía, dijo la verdad de su nombre.

—

O'Hara,

, preciosa. Jim

O'Hara,

.

Magda quedó pensativa unos momentos, y luego, con el ceño fruncido preguntó, mirándole a los ojos:

—¿Dónde he oído yo ese nombre?

O'Hara,

se encogió de hombros mientras ella sonreís.

Luego, y ante su estupor, sin perder la sonrisa, Magda replicó:

—Es usted un tipo listo. Y no viene en busca de habitación, sino de cualquier información que yo puedo darle. ¿No es verdad?

—¿Cómo lo sabe?

Ella rió quedamente.

—Las desventajas de la fama, míster

O'Hara,

—replicó—. Usted... Bueno, usted es un privado, ¿no?, ¿a qué ha venido a mí casa y a estas horas de la noche? A buscar habitación, no. ¿Qué es ello?

O'Hara,

se retrepó contra el respaldo del sillón. Sonrió a su vez, extrajo la pitillera y encendió dos cigarrillos. Acto seguido le dio uno, procurando no mirarla mucho, y después replicó:

—Deseo hablar de un hombre llamado Larry Stephen. Sé que se hospeda aquí, ¿no?

—Sí, en el piso de arriba, habitación catorce, letra A. Pero ahora no está, míster

O'Hara,

Frunció el ceño mirándola fijamente, pero la expresión da ella no cambió.

—Explíqueme eso, ¿quiere?

—Es muy sencillo. Míster Stephen se marchó hace unos cuantos meses, pero dejó pagado su hospedaje por un año. Pago adelantado, y por lo tanto yo no tengo más remedio que guardarle su apartamento.

O'Hara,

fumó en silencio durante más de un largo minuto, mientras su mente trabajaba a marchas forzadas.

Después replicó:

—¿A dónde fue, monina?

Magda sonrió.

—¿Qué quiere que le diga? Stephen se marchó, pero no dijo a dónde iba. Por otra parte, yo tampoco le pregunté.

—¿Puedo ver su apartamento?

Después de la pregunta de

O'Hara,

, un extraño y largo silencio se extendió entre los dos. Finalmente Magda lo rompió con una pregunta:

—¿Qué gano yo en esto, míster

O'Hara,

?

Él sonrió un tanto fríamente. Después replicó:

—Usted sólo vive por y para los dólares, ¿no?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Lo mismo que usted, Jim —dijo con perfecta tranquilidad—. Lo mismo que todo el mundo.

—Bien, ¿qué le parecen cien dólares?

—Muy poco, Jim. Tendrá que aumentar la tarifa.

O'Hara,

hizo una mueca y luego replicó:

—¿Qué ocurriría si yo telefoneara a la policía, preciosa? Seguramente que el sargento Morgan de la Brigada de Homicidios no le regalaría nada. ¿Vamos?

Ella se puso en pie enfrentándole y en el acto la mosquitera recobró su posición normal, con lo que

O'Hara,

respiró más satisfecho.

Pero se equivocó, ya que Magda, sin perder la sonrisa, murmuró:

—Por cien dólares sólo puedo enseñarle una cosa «pesquisa».

—¿Qué es ello?

Magda Lorraine amplió aún más su sonrisa.

—Muy poca cosa, pero creo que lo vale. ¿Quiere verlo?

O'Hara,

asintió en silencio, y entonces ella añadió:

—Tendrá que darme los cien dólares, «pesquisa».

O'Hara,

hizo una mueca. Sacó la cartera y de ella un billete de cien dólares que le entregó a continuación. En el acto, Magda dio media vuelta y se alejó, dejándolo solo.

Cuando regresó tres o cuatro minutos más tarde, llevaba en la mano un largo y amarillo papel que le mostro inmediatamente después de encontrarse a su lado.

O'Hara,

lo examinó.

Luego la miró atentamente y preguntó:

—¿Cómo es posible esto, ricura? ¿Cómo es posible que un hombre sólo gaste tanta electricidad en un mes?

Magda se encogió levemente de hombros.

—Confieso que no lo sé, Jim. —Replicó después—. Por otra

parte, tampoco es de mí incumbencia. Míster Stephen la pagó antes de irse, y yo no tengo por qué meterme en ello, aunque resulte de todo punto chocante.

O'Hara,

calló durante unos segundos, y luego, sin abandonar el recibo de la luz, preguntó:

—Creí que era usted la que lo pagaba, preciosa.

—¿Yo? No. Cada uno de los vecinos que tengo tiene su contador aparte, Jim. Por lo tanto, si gastan poca como mucha, eso es cosa que sólo les perjudica a ellos. Evito disgustos de este modo, ¿verdad?

—Sí. Indudablemente es así...

Calló unos segundos y acto seguido preguntó por algo que ella ya estaba esperando.

—¿Puedo ver su apartamento? Te prometo que no tocaré nada.

—Eso valdrá para ti quinientos dólares, Jim.

Sin replicar,

O'Hara,

miró en torno. Luego dio unos pasos al frente y ella, nada más verle, supo que se enea minaba hacia el teléfono. Le vio tomar el auricular y entonces le atajó con una pregunta:

—¿Qué intenta, Jim?

Con una mueca en su rostro de halcón,

O'Hara,

replicó.

—Llamar a la policía, monina.

Durante un largo minuto ninguno de los dos se movió. Finalmente lo hizo

O'Hara,

, que empezó a discar, Pero Magda le atajó de nuevo.

—¡Espere! Le enseñaré lo que desea. Vamos, venga conmigo y deje en paz a la policía.

Sin replicar,

O'Hara,

fue detrás hasta el piso superior. Allí, frente a la puerta, después de abrirla, Magda se echó a un lado para dejarle pasar.

Durante más de media hora estuvo registrando el apartamento sin encontrar nada de extraño en él. Sin poder averiguar tampoco

cuál era el motivo por el cual Larry Stephen gastaba tanto fluido eléctrico.

Hasta que llegó a la cocina, que examinó con el mismo detenimiento que el resto del apartamento. Fue entonces cuando O'Hara,

la encaró, señalando a uno de los lados donde había empotrado en la pared uno de esos grandes armarios que sirven para todo.

—¿Qué hay ahí dentro, menina? —preguntó.

—¿Por qué no lo abre y mira?

—Porque está cerrado y yo no tengo la llave. ¿La tiene usted?

Ella denegó con la cabeza y

O'Hara,

añadió:

—Entonces no tendré más remedio que forzar la puerta, si a usted no le molesta.

Magda no replicó de momento.

Pensaba en las palabras de

O'Hara,

. Sabía que podía negarse a ello y que él no intentaría abrirla. Pero esto sería por poco tiempo. Lo que tardara en presentarse la policía llevando un mandamiento judicial.

CAPÍTULO XIV

—Ábrala usted, Jim —dijo finalmente.

O'Hara,
introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un manojito de llaves y algunas ganzúas, acercó a la cerrada puerta y empegó a manipular en ella mientras Magda le miraba conteniendo la respiración, al parecer bastante interesada por su trabajo.

Tres minutos más tarde, la puerta se abrió. Magda soltó una exclamación de sorpresa, pero

O'Hara,
no hizo caso de ella, ya que lo que se presentó ante sus ojos acaparaba por completo su atención.

No entendía mucho de lo que estaba viendo. Tampoco sabía mucho de física o Química, o cómo diablos se llamara, pero ante sus ojos tenía algo muy parecido a un tosco aparato para destilar licores.

Durante más de diez largos minutos,
O'Hara,
no se movió, sino que continuó contemplando todo aquel aparato, con su serpentín adjunto, y el cuadro de manejo eléctricos que había adosado a uno de los lados del mismo.

Fue entonces cuando comprendió por qué, Larry Stephen consumía tanto fluido eléctrico, aunque todavía no llegaba a comprender la finalidad de aquel aparato.

Finalmente se movió, pero fue para inclinarse hacia el interior del armario, en cuyo fondo había una especie de pequeño arcón.

O'Hara,
introdujo la mano por el hueco que había entre el aparato y la madera del arma rió y tiró de la tapa.

En contra de lo que esperaba, ésta se abrió al primer intento.

Estaba oscuro. Por lo tanto, tanteó con las manos. Después se enderezó, encarando a Magda.

—¿Tiene una luz, encanto? —preguntó.

Ella asintió con un mudo gesto de cabeza, incapaz aún de pronunciar palabra. Entonces

O'Hara,
añadió:

—Pues vamos a buscarla, ¿quiere?

Sin replicar, Magda abandonó el apartamento y le dejó solo.

Pero no tardó en regresar llevando una lamparilla eléctrica, que tendió a

O'Hara,

Éste la tomó y acto seguido alumbró el interior.

Como ya sabía, eran botellas. Unas llenas y las más vacías, pero todas llevando en ellas una etiqueta de una conocida marca de agua de seltz.

O'Hara,

tomó una de las llenas y la sacó.

Mientras la examinaba, su cabeza trabajaba a marchas forzadas. Al fin pareció encontrar la luz que le faltaba, la que se volvió en redondo hasta mirar a Magda.

—¿Sabía que Larry Stephen tenía aquí todo esto, monina?

—Oiga, «pesquisa» —se sulfuró ella—, yo no me meto en las cosas de mis clientes, ¿comprende? Ellos alquilan un apartamento, y yo me limito a cobrar el alquiler. Pagando por adelantado, llevando el pago al corriente, lo demás me importa un pito.

—De acuerdo en eso, preciosa —replicó

O'Hara,

fríamente—. Por lo tanto, para evitarle males mayores, voy a quedarme con la llave de este apartamento, hasta que venga la policía.

—¿Qué diablos quie...?

O'Hara,

la atajó con un gesto.

—Nada, gatita —dijo después—. Pero la policía querrá saber para qué sirve este aparato, al parecer uno de esos cacharros que los

químicos estiman tanto para destilar agua, licores y mil y una cosas más, y el empleo que a él le ha dado Larry Stephen. —Hizo una pausa sin que ella le interrumpiera y acto seguido disparó la pregunta—: ¿Quiere decirme dónde se encuentra ahora?

—¡Le he dicho que no lo sé! Él se marchó hace unos cuantos meses dejando pagado el apartamento. Desde entonces no sé qué ha sido de él, ni me importa. Si cuando termine el plazo no ha vuelto, sacaré a la calle todos esos cacharros y lo alquilaré de nuevo —le miro de pies a cabeza y terminó con una burlona sonrisa en sus rojos labios—. Procuraré que el tipo se le parezca a usted, «pesquisa».

—Gracias, ricura —replicó

O'Hara,

—. ¿Me da esa llave?

Ella se la dio,

O'Hara,

cerró de nuevo la puerta del apartamento después de hacerlo con la del armario, lentamente, llevando una de las botellas llenas en la manos, empezó a bajar la escalera.

Frente a la puerta de su apartamento, Magda entre cerró los ojos para mirarle.

—¿Se hospeda en un hotel, «pesquisa»?

—No. ¿Por qué?

—Porque si no tiene dónde ir esta noche, puede que darse aquí —sonrió prometedora y añadió—: No voy a llevarle caro, «pesquisa». Ni siquiera medio dólar.

O'Hara,

sonrió.

—Lo siento, ricura —dijo—. Otro día será. Ahora tengo una prisa endiablada.

Y empezó a bajar la escalera seguido por la mirada brillante de ella.

Ya en la calle,

O'Hara,

buscó un taxi y, en contra de lo que le había dicho a Magda Lorraine, buscó un hotel donde pasó la noche.

Al día siguiente se movió aprisa, pero no llamó a la policía hasta muchas horas más tarde, cuando ya lo tenía todo completamente

solucionado. Todo, menos la identidad del asesino de la casona.

Lo primero que hizo después de abandonar el hotel fue buscar un químico. Después deambuló de un lado para otro haciendo infinidad de pesquisas, y finalmente en contra de su voluntad, fue a casa del doctor Murray.

El viejo médico le recibió fríamente, pero la frialdad desapareció como el humo cuando

O'Hara,

le expuso claramente cuál era el motivo de su visita.

La entrevista duró un par de horas, al cabo de las cuales, un tanto satisfecho,

O'Hara,

abandonó la casa y de nuevo deambuló de un lado para otro hasta que se decidió a entrar en un bar donde pidió un *whisky*.

Consultó el reloj. Las seis de la tarde.

Pensó en Ruth. En Ally, en Eva y en Diana. Pensó en cuál de las tres se iría con él cuando acabara con todo aquello. Ninguna. La una por la otra harían la del humo, como vulgarmente se dice.

O'Hara,

lo comprendía. A nadie le gusta que venga otro de la calle y saque a relucir todos los trapos sucios de la familia.

A nadie. Ni a él tampoco, si estuviera en el caso de aquellas dos familias.

Pidió otro *whisky* y lo fue apurando lentamente.

Continuó pensando. Le gustaba Ruth. Recordaba sus palabras. Recordaba también a Ally, y no por los cincuenta mil dólares que había ofrecido. Recordaba las acusaciones que, se habían hecho los unos a los otros.

Pero sobre todo,

O'Hara,

recordaba las palabras del sargento Morgan, y recordándolas, sonrió.

Apuró el resto del *whisky* y pidió otro más. Un tercero. Deseaba emborracharse a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Bebió un poco y nuevamente consultó el reloj.

Las siete.

Abandonó la barra y fue a la cabina telefónica. Se encerró por dentro y discó un número. Unos segundos después oyó la voz del

otro lado que preguntaba quién llamaba.

—Jim

O'Hara,

—replicó secamente—. ¿Está eso listo?

—Sí.

—¿Y bien...?

La respuesta que recibió le hizo dar un respingo. Luego tragó saliva y acto seguido replicó:

—De acuerdo. Ahora guarde esa botella. La policía la necesitará como prueba ¿comprende?

El químico se apresuró a tranquilizarle y
O'Hara,

colgó el auricular con el ceño fruncido violentamente.

Regresó a la barra y bebió su cuarto *whisky*. Hecho esto pagó y salió a la calle, pensando ahora en su cura de reposo. En su cansancio físico y otras zarandajas por el estilo.

Rumiando sobre el informe que le había dado el químico. Fue entonces cuando de nuevo buscó una cabina telefónica. Se Introdujo dentro y unos segundos más tarde estaba nuevamente al habla con el doctor Murray.

Fue una conversación en extremo interesante. Con aquello,
O'Hara,
acababa de anudar el penúltimo hilo de la tela de araña que se había abatido sobre todo los habitantes de la casona.

Si último se lo tenía que dar Magda Lorraine.

Sin abandonar la cabina,
O'Hara,
buscó su número telefónico en la guía y unos minutos después estaba al habla con ella.

—Soy Jim

O'Hara,

—dijo apenas ella preguntó de quién se trataba.

—Caramba, Jim. Yo pensé que ya no oiría más su voz. Pero ¿qué quiere? ¿Qué le reciba esta noche en mi apartamento?

O'Hara,

soltó una corta risita al ver la desfachatez de ella, y luego replicó:

—Por ahora no, preciosa. Sigo teniendo la misma prisa que anoche.

—¿Entonces...?

—Quiero hacerle unas preguntas.

—¡Ya decía yo! ¿Y por qué no viene y me las haces aquí, «pesquisa»?

—Porque no puedo, monina.

—De acuerdo. Desembuche pronto, y luego váyase al cuerno.

—Ese Larry Stephen, ¿recibía visitas?

A la pregunta de

O'Hara,

siguieron unos cuantos segundos de silencio. Después ella replicó:

—Algunas, pero nunca mujeres. ¿Por qué?

—Luego se lo diré. Recibía hombres, ¿no?

—Sí. Algunas veces... —vaciló unos segundos y finalmente dijo —: Ahora que me acuerdo, «pesquisa», había uno que venía más a menudo que los demás. Un tipo bastante bien parecido, ¿sabe? Se encerraba con él durante horas. Tanto es así, que cuando estaban juntos dentro del apartamento, Stephen ya no recibía más visitas. Ni a mí misma.

—¿Por qué no me lo dijo antes, Magda?

—Porque usted no me preguntó, «pesquisa». ¿Algo más?

—Una sola pregunta, monina; ¿reconocería al tipo si lo viera de nuevo?

Magda vaciló unos cuantos segundos, pero finalmente replicó:

—Seguro que sí, «pesquisa».

—Gracias, querida —replicó

O'Hara,

—. Eso es lo único que me faltaba por averiguar.

—Por lo visto le he dado la clave, ¿no?

—Sí, querida. Al parecer, así ha sido.

Hizo ademán de colgar cuando ella habló de nuevo.

—¿De qué se trata, Jim?

—Te lo explicaré otro día.

—¡Oye, «pesquisa»! ¡La policía aún no ha venido!

—No te preocupes por eso, Magda. Lo harán dentro de un par de horas.

Colgó sin esperar respuesta, y de nuevo en la calle, consultó el reloj.

Mera rutina. Ya, lo que quedaba por hacer no era en Yonkers,

sino dentro de la enorme casona.

Ahora sólo había una cosa que quedaba suelta. La desarticulación de la tela de araña.

¿Podría?

Ésa era otra de las cosas que

O'Hara,

no sabía.

Detuvo un taxi y dio las señas de la finca. El taxista le miró atentamente. Tal vez le parecía demasiado lejano el destino de aquel hombre que acababa de retrepase contra el asiento posterior del coche, y que ahora mantenía los ojos cerrados.

Puso el motor en marcha y embragó.

O'Hara,

no se movió ni cambió de postura cuando el taxi buscó rápidamente la salida de Yonkers, y continuó sin hacerlo cuando éste alcanzó la carretera y empezó a deslizarse rápidamente por la ancha y asfaltada autopista.

CAPÍTULO XV

Eran las doce de la noche cuando dejaba el taxi media milla antes de llegar a la casona.

Pagó, dio propina, y luego avanzó lentamente, al parecer tranquilo, pero llevando en el bolsillo de la chaqueta la automática que le diera el sargento Morgan.

Finalmente dio vista a la misma, completamente a oscuras, y O'Hara, comprendió que se habían acostado Con aquello sí que no contaba. Por lo tanto, no iba a tener más remedio que aporrear la puerta de la finca para que le abrieran.

Pero no hizo falta. Estaba abierta. O'Hara, entró.

Pulsó el interruptor de la luz del *hall* y esta quedo Iluminado profusamente.

Miró en torno. Hada. Estaba vacío, silencioso, como carente de vida. Lo mismo que el resto de la casa.

O'Hara, avanzó ahora hacia la escalera que conducía al piso superior, Encendió la luz y regresó al *hall* para apagar la de allí. Hecho esto empezó a subir, silenciosamente, notando un extraño malestar en torno a él.

Pensó ahora en aquella araña, que según palabras da Ally, estaba tejiendo su poderosa tela sobre todos ellos, e involuntariamente se estremeció mientras introducía la mano en el bolsillo donde reposaba la automática.

Sin contratiempo alguno alcanzó el pasillo. Entonces encendió la luz del mismo y apagó la de la escalera.

Miró a lo largo del mismo.

Silencio. Lo mismo que el *hall*. Lo mismo que el resto de la casa, como ya pensara con anterioridad.

Las puertas estaban cerradas a lo largo del mismo; O'Hara, avanzó hacia su habitación, pero no llegó a ella, un súbito rumor, viniendo del piso de arriba se lo impidió.

Prestó atención. Ahora no se oía nada. Tan sólo el silencio. O'Hara, retrocedió hacia el interruptor de la luz llevando la automática en la mano.

Lo alcanzaba cuando el rumor se repitió.

Era precisamente como si una persona o una animal estuviera andando por encima de su cabeza. Como si, el que fuera, hombre o bestia, intentara atraerlo hacia allí.

Por lo menos ésta fue la impresión que recibió O'Hara,

Apagó la luz.

Después se quitó los zapatos y empezó a subir la escalera con todos los nervios en tensión. Luego, en el primer rellano, O'Hara, se dijo que debía de estar volviéndose loco.

Ciertamente había alguien arriba. Eso era obvio para él. Le estaba oyendo andar. Ese alguien era de la familia. Por lo tanto, tenía derecho a estar allí, como en cualquier otro lugar de la casa.

O'Hara, vaciló unos segundos. ¿Qué le importaba a él? Luego pensó, repentinamente, que muy bien pudiera ser uno de los primos. Joel o Joe. Sabía, estaba seguro que uno de los dos era un asesino, y él había vuelto precisamente para desenmascararle.

Continuó subiendo.

Tanto la escalera como el pasillo estaban a oscuras. O'Hara, se detuvo en uno de los últimos peldaños. Escuchó. El silencio era espeso.

Acabó de subirlos notando aquella extraña sensación. La misma sensación de la cual le hablara Ally en cierta ocasión.

Le parecía que la tela de araña se iba cerrando en torno de él. Sentía el ahogo que le producía.

Empezó a sudar.

Después pisó el pasillo. Sentía húmedas las palmas de las manos, y temía que de un momento a otro se le escapara la automática.

O'Hara,

sacudió la cabeza y después lanzó una tenue maldición.

—¿Es que era un cobarde?

O'Hara,

se formuló la pregunta en alta voz, y fue entonces cuando frente a él, viniendo de lo hondo del pasillo, vio el fogonazo, aunque no oyó la detonación.

Se encogió instintivamente al oír el silbido del proyectil, pero no disparó.

Luego saltó hacia una de las paredes y se pegó a él mientras dos nuevos balazos golpeaban sordamente pared a escasas pulgadas de donde se encontraba.

Se lanzó al suelo antes de que el cuarto disparo alcanzara y entonces disparó a su vez tirando contra fogonazo. La detonación de la automática que le diera sargento Morgan repercutió hasta en los cimientos de la casa, ensordeciéndole en la estrechez del pasillo.

La réplica fue instantánea.

O'Hara,

oyó claramente como el proyectil golpeaba las baldosas del suelo y luego se perdía en lo hondo del pasillo. Disparó por segunda vez, y maldijo cuando se dio cuenta que de nuevo había fallado.

Después, mientras el eco se perdía rebotando entre los muros de la vieja casona,

O'Hara,

oyó unos rápidos pasos que se alejaban. Se puso en pie y corrió a su vez.

Alcanzó el final del pasillo, y se detuvo al pie mismo de una escalera con el tiempo justo para no rodar por ella. Luego se movió en aquella dirección, tanteando la pared, buscando un problemático interruptor de la luz. Casi en el acto, una bala de gran calibre se aplastó junto a su mano.

O'Hara,

se encogió de nuevo y disparó por dos veces.

Un nuevo disparo fue la contestación, y de nuevo oyó los rápidos y descalzos pasos corriendo escaleras arriba.

Fue detrás.

Bajando las escaleras con infinitas precauciones y alcanzó el primer rellano. Fue entonces cuando vio de una forma fugaz la borrosa silueta de una persona.

Levantó el arma cuando la figura se detenía para encararle a continuación, y ambos dispararon a un mismo tiempo.

Netamente ahora,

O'Hara,

oyó una ahogada exclamación, y después vio bambolearse a la figura, mi tras que la bala pasaba rozándole la cabeza.

Acto seguido oyó el choque de un cuerpo al caer al suelo, y después cómo éste rodaba escaleras abajo hasta el fondo.

Con el dorso de la mano,

O'Hara,

se secó el sudor de la frente. Luego, sin abandonar la automática, empegó a descender, oyendo ya, a su espalda, el murmullo de los demás habitantes de la casona.

Alguien, desde arriba, encendió la luz del pasillo. Después la de la escalera, y ésta quedó brillantemente iluminada. Fue entonces cuando

O'Hara,

corrió hacia la caída figura, y se inclinó sobre ella.

—Me acertó bien, «pesquisa».

Esto fue todo lo que oyó. Después alargó la mano y cerró aquellos hermosos y rasgados ojos. Luego se volvió lentamente para enfrentar al resto de la familia, que en aquel entonces estaban casi al final del último tramo de la escalera.

Encaró a Diana.

—Avisé a la policía, Diana —dijo fríamente.

Ella giró en redondo mostrando sus desnudas piernas en toda su profusión y se alejó sin volver la cabeza, con una frialdad aterradora.

Cuando empezó a subir la escalera, Joe Keisler avanzó unos cuantos pasos hacia él; Pero no le miró. Sus ojos fueron detrás de él, miraron el caído cuerpo de mujer que había en el suelo.

Casi en el acto soltó una exclamación nada académica y acto

seguido se lanzó contra
O'Hara,

—¡Cerdo! —masculló entre dientes—. ¡Asesino!
Disparó el puño.

O'Hara,
fintó con la derecha y luego disparó la izquierda. Keisler recibió el golpe en un lado de la cara. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y se vino al suelo como un saco mientras las mujeres se cubrían el rostro con las manos.

Rodó por el mismo, se detuvo enfrentando a
O'Hara,
y en menos de un segundo llevó la mano a la axila.

—¡Será mejor que no haga eso, míster Keisler! No lo haga, ya que con un cadáver en la casa hay suficiente por hoy.

Con la automática a medio extraer, Keisler miró el cañón del arma que empuñaba

O'Hara,
, que le apuntaba rectamente al corazón.

—Sentiría matarle, Keisler —añadió—, ya que espero que se siente en la silla eléctrica.

—¡Qué cuernos...!

—Será mejor que se ponga en pie y calle, Keisler —replicó
O'Hara,

Luego hizo un movimiento con la automática, que les abarcó a todos por completo, y añadió fríamente:

—Les ruego que me acompañen a la biblioteca. Ally cómodamente, esperaremos la llegada del sargento Morgan, de la Brigada de Homicidios.

Ninguno replicó. En el más completo silencio atravesaron casi toda la casona, llevando a
O'Hara,
sien pre detrás.

Ya en la biblioteca, les enfrentó.

Ally, Eva y Diana que acababa de entrar, Joel Mac Person y Joe Keisler, ambos con claras intenciones de lanzarse sobre él. Pero
O'Hara,

no soltó la automática ni se descuidó un solo segundo.

Estaba en presencia de un asesino, aunque acababa de matar a Ruth en defensa propia. Ruth Keisler, que había intentado: matarle a él.

O'Hara,

sabía por qué. Por lo menos, creía adivinarlo. Y mientras se hacía estas reflexiones, Diana habló interrumpiéndolas.

—He telefoneado a la policía, Jim —dijo.

Él no replicó. Tenía los ojos fijos en los dos primos y pareció como si no la hubiera oído. Por lo menos ésta fue la impresión que causó en Diana cuando le oyó decir encarando a Joe Keisler:

—A su debido tiempo, míster Keisler, sabrá usted, porqué acabo de matar a su hermana Ruth. Es, como se puede comprobar, un caso de legítima defensa, ya que ella intentó eliminarme antes. Por otra parte, ha sido mejor así, porque Ruth le hubiera acompañado a usted a la silla eléctrica.

Keisler soltó una maldición, y luego dio un paso al frente.

O'Hara,

le encañonó directamente al pecho.

—Creo que lo más sensato para usted será que se esté quieto, míster Keisler —dijo fríamente.

Éste tragó saliva mientras las venas de su cuello se hinchaban de manera alarmante.

—Está usted loco,

O'Hara,

—dijo entre dientes—. Ya son dos veces que me amenaza con lo mismo. ¿Por qué?

O'Hara,

se permitió una seca sonrisa. Luego replicó:

—Por el asesinato de su tío. M. Mac Person no murió de un ataque al corazón como su médico certificó. Cierto que fue por eso mismo, pero cierto también que éste fue provocado.

—Sigo creyendo que está usted loco,

O'Hara,

—Déjeme terminar y le demostraré lo contrario. Usted, míster Keisler, tenía un negocio. Con ayuda de otro hombre tan desaprensivo como usted, falsificó varias botellas de una conocida

marca de agua de seltz. Era el agua que su tío mezclaba con el *whisky*. Un agua que, poco a poco, y más rápidamente después, aceleró su fin, produciéndole al final un ataque fulminante al corazón, cosa nada extraña dado su precario estado de salud. En fin, mister Keisler, un agua que no deja huella alguna en el cuerpo humano. Usted estudió los efectos de varios venenos sobre el corazón, y supo, ¿cómo no? Que todos ellos dejaban huella más o menos clara. Para ello bastaba una ligera sospecha, la cual daría lugar a la autopsia, y eso no le convenía en modo alguno. Por lo tanto, tenía que buscar algo análogo, pero algo que sin ser veneno propiamente dicho, causara el mismo efecto, a la corta o a la larga, pero que no dejara huella. Un químico, o un aspirante a químico se lo proporcionó. Por eso regresó a esta quinta. Por eso interesó en un falso negocio a su tío, y, finalmente, por eso se encerraba con él, hablándole del mismo, interesándole en él, mientras que, poco a poco, mezclado con *whisky*, le iba administrando el veneno...

—¡Infiernos que no,

O'Hara,

! ¡Está mintiendo! —Miró la pistola mientras las venas de su cuello aumentaban de tamaño, y añadió con la voz ronca—. ¡Maldito bastardo! Entonces, ¿por qué mató a mí hermana?

Sin esperar respuesta, Keisler se lanzó contra él.

O'Hara,

dio un paso de costado y luego metió una de sus piernas por entre las de Keisler, que se vino abajo como un saco.

Casi en el acto, Joel repitió la operación de su primo. Pero

O'Hara,

no le dejó llegar. Apretó el gatillo y la bala arañó la mejilla, de Mac Person.

—Será mejor que usted y su primo se estén quietos de una vez. Si no lo hacen así, la próxima irá a la cabeza.

Ninguno de los dos se movió. Es decir, lo hizo Joe, para ponerse en pie, mirándole venenosamente.

Habló girando ya hacia uno de los sillones, donde se dejó caer:

—Por lo visto, de nada sirve que le diga que eso del negocio sólo existió en mi imaginación, ¿verdad?

—No. Creo que no, mister Keisler. —Hizo una pausa y añadió—: Y le diré por qué. Hay una mujer llamada Magda Lorraine que jura

que le reconocerá tan pronto como lo vea. ¿Qué hizo de su socio? ¿Le mató también?

Ante el estupor de todos los demás, Joe Keisler sólo una tenue risita.

—Tío Mac Person bebía el *whisky* mezclado con agua. Yo lo hacía sin mezcla alguna. Si sólo por eso me va a cargar con el asesinato, debo decirle que no lo conseguirá.

—¿Por qué?

—Porque esa tal Magda a la que usted alude, no la he visto en mi vida, ni yo a ella.

O'Hara,

les miró a los dos, y, finalmente, clavó sus ojos en Joel Mac Person. Después pronunció lentamente:

—Magda Lorraine me describió al tipo, míster Mac Pearson. ¿No le dice a usted nada todo esto?

Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse dentro de la biblioteca. Después, Mac Person saltó hacia Ally, y antes de que O'Hara,

pudiera evitarlo se escudó detrás de ella, mientras Eva y Diana lanzaban un terrible gritito de terror.

—¡Quédese dónde está,

O'Hara,

! —dijo—. Si se mueve, mato a Ally.

Era verdad, Joel Mac Person tenía una poderosa automática en la mano, cuyo cañón parecía cubrirles a todos. Una automática que O'Hara, reconoció en el acto como suya.

Empezó a retroceder. Joe Keisler hizo un movimiento, y casi en el acto sonó de nuevo la voz de Mac Person.

—Quédate dónde estás, querido primo. No quiero que se mueva nadie.

Muda, incapaz de reaccionar, con los ojos muy abiertos fijos en O'Hara,

, Ally se sentía llevada hacia la puerta.

CAPÍTULO XVI

Llegaban ya a ella cuando
O'Hara,
intervino de nuevo:

—No sea terco y entréguese, Mac Person. No logrará escapar.

La risotada de éste le interrumpió.

—No sea idiota, detective. Mucho antes que llegue la policía me habré largado de aquí. Por otra parte, aunque así sea, no me cogerán vivo, Ni a Ally tampoco.

—¿Por qué ella precisamente?

—Ally es la... Bueno, Ally le quiere a usted, y voy a quitársela,
O'Hara,

. Es una venganza muy pobre, pero mientras que esté conmigo será mi salvoconducto. Después, cuando no la necesite...

Calló, dando otro par de pasos atrás,

O'Hara,
sabía que debía ganar tiempo. Miró a Eva, a Joe y a Diana. Los cuatro permanecían inmóviles, incapaces de moverse. Alelados por el horror que sentían.

Miró de nuevo a Mac Person y preguntó:

—¿Por qué mató a su padre?

Joel rió de nuevo, pero se detuvo, qué era lo que
O'Hara,
quería.

—Merecía morir. Era un... Bueno, ya lo sabe usted. Nosotros, todos, deseábamos su dinero, sus dólares. Mientras que él, cuando estaba bueno se divertía con unas y otras gastando lo que quería, nosotros estábamos en la más completa miseria. —Miró a Keisler y añadió—: Mi primo, al inventar un falso negocio, me dio una idea.

Yo también podía crear otro e interesar a mí padre en él. Fui a verle y le propuse una idea que ahora no viene al caso. Se rió de mí, y me dijo que con su sobrino tenía bastante. Intenté convencerle de que éste se burlaba de él, y me echó da su lado. Fue entonces cuando tomé uno de los libros de la biblioteca. Uno que trata de venenos. Y como antes dijo bien, todos dejan huellas. En fin, no quiero cansarle,

O'Hara,

. Sólo le diré que las botellas que traían para mí padre, me dieron la idea. Una idea que puse en práctica con ayuda de un tal Larry Stephen. Stephen había estudiado Física durante algunos años. No terminó la carrera porque lo echaron, como lo echaron también de varios Sitios más dada su conducta escandalosa y desordenada. Larry me ayudó mediante una fuerte suma. El creaba un agua, y yo la envasaba en las botellas vacías. De esa manera fuimos empeorando a...

—¿Dónde está Larry Stephen, Mac Person?

—Lo maté yo, cuando me citó para cobrar. Era un testigo demasiado molesto. Pero no conté con esa mala pécora de Magda, ni con que un hombre como usted descubriera aquella lista de venenos.

—¿La confeccionó usted?

—No,

O'Hara,

, y creo que usted sabe que le digo la verdad —rió quedamente, haciéndoles estremecer a todos, y acto seguido agregó—: Alguien de esta casa tuvo la misma idea que yo. La de envenenar a mí padre. Pero llegó tarde. De haberlo sabido, ahora estaría libre, ya que otro me hubiera evitado a mí la molestia.

—¿Fue usted quien mató a Madge?

—Usted sabe que no...

Fue entonces cuando sonó el estridente aullido de la sirena policial. Ally, que permanecía quieta entre los brazos de Joel, se movió ahora. Mac Person soltó una exclamación y volvió el cañón del «Colt» hacia ella, pero no llegó a tiempo, ya que Keisler saltó contra él.

Diana y Eva gritaron de nuevo, mientras Joel Mac Person disparaba. Casi al instante, Ally se lanzó al suelo, en tanto que

Keisler, alcanzado en un hombro, daba media vuelta sobre sí mismo para acto seguido caer al suelo.

Mac Person no disparó más. Dio media vuelta e intentó cruzar el umbral, pero

O'Hara,

disparó primero, por dos veces.

El «Colt» se escapó de la mano de Mac Person, mientras él se tambaleaba. Luego, las rodillas se le doblaron y, finalmente, quedó cruzado, en el umbral justo en el momento en que el sargento Morgan, acompañado de cinco policías más, todos de paisano, hacían su entrada en la biblioteca.

Se inclinaron en torno a Mac Person, mientras que

O'Hara,

y las tres mujeres lo hacían sobre Keisler.

Y fue

O'Hara,

el que le tomó entre los brazos hasta depositarlo encima de uno de los sillones. Luego se apartó mientras un extraño sentimiento se iba apoderando de él, y ellas le quitaban la chaqueta para acto seguido dejar al descubierto la herida del hombro.

Un sentimiento nada agradable. No le gustaba ni poco ni mucho estar en presencia del hombre cuya hermana acababa de matar. Retrocedió un paso, pero entonces Keisler le llamó.

Se acercó a él mirándole fijamente, esperando la pregunta que éste no tardaría en hacerle, pregunta que ya sabía de antemano.

—¿Por qué murió mi hermana,

O'Hara,

?

Hizo una mueca y desvió los ojos.

—Ella mató a Madge, y luego intentó eliminarme a mí también.

—¿Por qué?

—El verdadero motivo no lo sabremos nunca, míster Keisler, aunque adivino que Ruth tuvo la misma idea que Joel Mac Person, de asesinar al viejo. Ella fue la que tomó las notas de los venenos sacándolas del libro que hay en la biblioteca. Madge la vio o se enteró por un conducto u otro, y la amenazó con rebelarlo si no le daba cualquier cantidad. Ruth, poco sabedora de las leyes, se asustó, y decidió quitarla de en medio. Lo hizo cuando yo expliqué

que vi a una mujer dentro de la biblioteca, y que me chocaba aquello. Esto la aterrorizó Por eso estropeó los frenos de mi coche negándose a venir conmigo hasta Yonkers, pero haciéndolo ella delante en su coche, a poca velocidad, sabiendo que yo no tardaría en adelantarla en aquella cuesta abajo.

Luego, siempre atenta a lo que se pudiera sospechar de ella, cuando vio que no me había matado cuando me estrellé, me ayudó haciéndome creer que gracias a ella había salvado la vida —quedó pensativo unos cuantos segundos, y añadió más para él que para nadie—: Ruth me hizo creer muchas cosas... Sí, muchas cosas. Luego, esta misma noche, estoy por asegurar que me siguió en Yonkers. Esto tal vez la asustó aún más, y decidió matarme de un tiro, pero fracasó. —

O'Hara,

hizo una nueva pausa y después preguntó—: ¿Salió ayer de la finca?

Keisler entrecerró los ojos.

—Sí —musitó quedamente—. Y regresó un poco antes de que usted lo hiciera.

O'Hara,

no replicó. Retrocedió un paso y entonces se enfrentó con el sargento Morgan.

—Una buena faena,

O'Hara,

—dijo fríamente.

O'Hara,

frunció el ceño, y después hizo una mueca. No replicó a aquello. ¿Para qué? ¿Para discutir? No merecía la pena. Al sargento Morgan podía o no gustarle matar a una mujer, pero a él, decididamente no.

Preguntó:

—Joel Mac Person está vivo, ¿no?

—Sí. Fueron dos balazos con suerte.

O'Hara,

se permitió una sonrisa. Leve, pero sonrisa al fin. Él no había querido matarle, y no le mató.

—¿Qué hizo con el cadáver de Larry Stephen, sargento?

—Lo enterró entre los acantilados. Espero que cuando esté curado, antes que le tuesten, nos diga el sitio con entera exactitud.

Salieron de la biblioteca. Fuera ya de la misma, Morgan le miró

fijamente.

—¿Quiere explicármelo todo,

O'Hara,

?

Éste hizo un gesto de cansancio y acto seguido se sentó en uno de los sillones del vestíbulo.

—Escuche... —empezó.

Dos horas más tarde, el sargento Morgan se despidió de él, con la cabeza hecha un caos, pero consciente, de que aquél, aun a costa de toda la policía de Yonkers, había sido uno de los mejores casos de la carrera de Jim

O'Hara,

.

Apenas se vio solo,

O'Hara,

abandonó el vestíbulo y subió a su habitación sin ver a nadie en su camino.

Tomó su maleta y la abrió. Lentamente empezó a meter la ropa dentro. Después la cerró con llave, y llevándola del asa bajó nuevamente al vestíbulo.

Mientras lo bacía, pensaba en muchas cosas. Sobre todo, en el silencio que reinaba en toda la casona. Silencio, sí, pero bien diferente al de los primeros días. Al de aquella noche que ya estaba acabando.

Sin volver la vista atrás alcanzó la puerta de salida, dispuesto a llegar andando hasta la carretera principal, y practicar el *auto stop* hasta Yonkers.

Pero no le hizo falta.

Frente a la puerta de la casona había un magnífico «Ferrari» de carreras, pintado de rojo brillante.

El cigarrillo estaba dentro y humeaba. Un cigarrillo turco de penetrante olor. Un cigarrillo, unos cortísimos «*shorts*», una blusa, y eso era todo.

Sólo que debajo de aquel sencillo, pero interesante traje se encontraba Ally.

Ally, que alargó la mano apenas verle y abrió la portezuela.

—Vamos, sube —dijo—. Te llevaré.

O'Hara,

subió y se acomodó a su lado. El «Ferrari» rojo se puso en marcha.

Durante unos cuantos minutos ninguno de, los dos habló. Finalmente lo hizo

O'Hara,

con una pregunta:

—¿Cómo es que usas el apellido Keisler sin ser el tuyo, Ally?

Sin desviar la vista de la carretera, la muchacha sonrió, y luego dio la respuesta:

—Míster M. Mac Person perdió a su esposa cuando los hijos de éste eran muy pequeños. Por lo tanto, volvió a casarse de nuevo, con la que era mi madre. Pero tanto los Keisler como los Mac Person nunca me perdonaron que yo llegara con mi madre a la casa, y mucho menos de que fuera una de las herederas de mí padrastro.

Se estremeció mientras callaba. Así permaneció unos cuantos minutos y luego, repentinamente preguntó:

—¿Qué clase de agua le dieron a mí padrastro, Jim? Si mal no recuerdo, no lo dijiste, ¿verdad?

—Agua pesada, monina —replicó él lentamente—. Agua pesada. Eso es todo.

Callaron.

Ahora el silencio duró bastante más. Duró hasta que alcanzaron la carretera general de Yonkers.

—Déjame en la estación, Ally —dijo él.

—¿Por qué?

—Es lógico, ¿no? Tengo que ir a. Nueva York, y como ahora no tengo coche creo que el tren es el mejor medio para llegar allá.

Ella no replicó de momento.

—Creo que eres tonto, Jim —dijo después.

—¿Por qué?

Ally sonrió.

—Voy a llevarte a un sitio donde puedas descansar durante unos cuantos meses, y donde no haya una biblioteca ni libros de venenos.

—Hizo una ligera pausa y añadió antes de que

O'Hara,

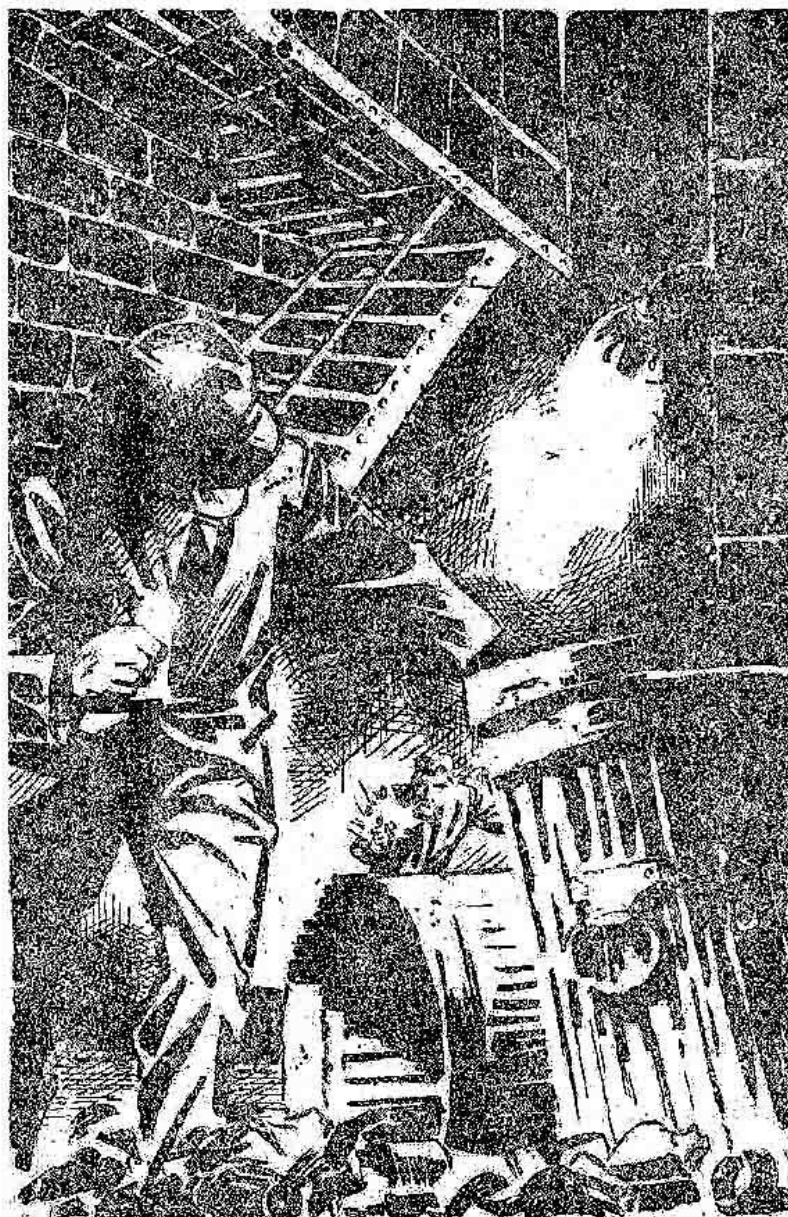
pudiera decir nada—: Dentro del equipaje van los cincuenta mil dólares que te prometí, y aquí, al lado tuyo estoy yo. Creo que es bastante, ¿no?

O'Hara,

rió replicó.

Cerró los ojos, y sonrió.

FIN



veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain